

JAMES BOND

007⁵

**El espía que
me amó**



Ian Fleming

Lectulandia

El espía que me amó es la décima novela de la saga de James Bond de Ian Fleming, publicada por Glidrose Publications el 16 de abril de 1962. Es la más corta y más sexualmente explícita de las novelas de Fleming, así como una salida clara de novelas anteriores Bond en que la historia es contada en primera persona por una joven canadiense, Vivienne Michel. El propio Bond no aparece hasta dos tercios a través del libro. Fleming escribió un prólogo a la novela dando crédito a Michel como co-autora.

La novela narra la vida de Vivienne Michel, una muchacha canadiense, quien ha tenido dos decepciones amorosas. Una con un joven que la dejó porque sus padres lo comprometieron con otra mujer. Y otra con un compañero de trabajo, quien la dejó porque se mudó a otra ciudad.

Después se va con su tía a Canadá, donde en su motocicleta Vespa se va hacia los Estados Unidos, hospedándose en un pequeño hotel en la carretera. Los administradores, un matrimonio, se portan muy amables con ella, y le ofrecen un empleo, diciéndole que tendrá que quedarse sola por un tiempo en lo que llega gente del dueño. Pero cercano el tiempo en que se tienen que ir, se empiezan a portar de mala manera con ella.

Tiempo después, llegan dos hombres, que la maltratan. Pero llega James Bond, quien con su ayuda luchará contra esos hombres y los matará. Bond llega a la conclusión de que esos hombres llegaron con el encargo de destruir el hotel, a fin de que al dueño cobrase el seguro.

Vivienne se enamora de Bond, pero éste tiene que partir, no sin antes dar un informe a la policía de lo que sucedió. El comandante de la policía le recomienda a Vivienne que olvide a Bond, ya que le dice que no hay diferencia entre él y los hombres que la maltrataron. Pero ella concluye que nunca lo olvidará.

Lectulandia

Ian Fleming

El espía que me amó

James Bond - 10

ePub r1.0

IbnKhalidun 23.04.14

Título original: *The spy who loved me*

Ian Fleming, 1962

Traducción: Anna Jené

Editor digital: IbnKhalidun

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com



ANIVERSARIO
EDICIÓN CONMEMORATIVA



Primera parte

Yo

Capítulo 1

Una miedica

Yo huía. Huía de Inglaterra, de mi infancia, del invierno, de la sucesión de aventuras amorosas confusas y tristes, de los cuatro muebles y del surtido de vestidos demasiado usados que se habían ido amontonando en mi vida londinense; huía de la monotonía, la ranciedad, el esnobismo, la claustrofobia de los horizontes cerrados y de mi propia incapacidad, a pesar de ser una corredora bastante atractiva, de avanzar en la carrera desenfrenada por el triunfo. De hecho, huía de casi todo menos de la ley.

Y, ciertamente, había huido bastante lejos; exagerando un poco, casi había recorrido medio mundo. De hecho, había recorrido todo el camino desde Londres al Motel Pinos Soñadores que está a diez kilómetros al oeste del lago George, la famosa zona turística americana en los Adirondacks: la enorme extensión de montañas, lagos y bosques de pinos que forma la mayor parte del territorio del norte del estado de Nueva York. Empecé el viaje el uno de septiembre y ya era viernes trece de octubre. Cuando me marché, la pequeña y mugrienta hilera de arces plantados en mi plaza todavía eran de color verde o tan verde como pueden llegar a estar en Londres en agosto. Ahora, entre el poderoso ejército de millones de pinos que se extendían hacia el norte, hasta la frontera canadiense, los auténticos arces salvajes llameaban aquí y allí como explosiones de metralla. Y sentía que yo, o en cualquier caso mi piel, había cambiado en la misma medida: del amarillo mugriento que había sido el emblema de mi vida londinense a la energía, el color y el brillo de la vida al aire libre, de acostarse pronto y de todas las demás cosas aburridas y queridas para mí que habían formado parte de mi vida en Quebec, antes de que se decidiera que debía irme a Inglaterra para aprender a ser una «dama». Desde luego, aquel aspecto de fruta madura, de fortaleza y alegría no estaba de moda, incluso había dejado de usar lápiz de labios y esmalte de uñas, pero para mí había sido como deshacerme de una piel prestada y volver a la mía y me sentía feliz como una niña y contenta conmigo misma cada vez que me miraba al espejo y no sentía la necesidad de pintar otra cara encima de la mía. No es que quiera presumir; sólo huía de la persona que había sido durante los últimos cinco años. Tampoco es que estuviera especialmente satisfecha de quien era ahora, pero había odiado y despreciado a la que era antes y me alegraba de librarme de su rostro.

La Emisora WOKO (¡podrían haberse inventado una sigla más impactante!) de Albany, la capital del estado de Nueva York, a unos cincuenta kilómetros de donde yo estaba, anunció que eran las seis de la tarde. El parte meteorológico a continuación

incluía un aviso de temporal con vientos muy fuertes que bajaba desde el norte y llegaría a Albany hacia las ocho de la tarde. Eso quería decir que tendría una noche ruidosa. No me importaba; las tormentas no me asustan y aunque el ser humano más próximo, que yo supiera, vivía a diez kilómetros por una carretera secundaria no muy buena que llegaba al lago George, la idea de los pinos que pronto empezarían a agitarse en el exterior, los rayos y los truenos y la lluvia me hacía sentir cómoda, calentita y protegida por adelantado. ¡Y sola! ¡Sobre todo sola! «La soledad puede convertirse en un amante o en un pecado que nos es querido.» ¿Dónde lo había leído? ¿Quién lo había escrito? Era exactamente tal como me sentía, tal como me había sentido siempre de niña hasta que me había obligado a mí misma a «ponerme al día», a «ser una más»: una tía enrollada, a la última, moderna. ¡Y qué mal había llevado las «relaciones»! Me sacudí de encima el recuerdo de mi fracaso. No todo el mundo tiene que vivir con la multitud: los pintores, escritores y músicos son gente solitaria y los hombres de Estado, los almirantes y los generales, también. Claro que, para ser justos, también hay que añadir a la lista a los criminales y a los lunáticos. Siendo modestos, digamos que los individuos auténticos son solitarios. No es una virtud, sino casi lo contrario. Uno debería compartir y comunicarse, si quiere ser un miembro útil de la tribu, y el hecho de que yo fuera mucho más feliz cuando estaba sola, seguramente era un signo de un carácter lleno de defectos y neurótico. Me lo había repetido tantas veces en los últimos cinco años que, aquella noche, me limité a encogerme de hombros y, aferrada a mi soledad, crucé el amplio vestíbulo hasta la puerta y salí para echar un último vistazo a la noche.

Odio los pinos. Son oscuros y se están muy quietos, y no puedes ni refugiarte ni encaramarte a ellos. Siempre están sucios, con una suciedad negra y poco propia de un árbol, y si ésta se mezcla con la resina, te sientes realmente asquerosa. Sus formas dentadas me parecen vagamente hostiles y la manera como se apiñan uno encima de otro me hace pensar en un ejército de lanceros impidiéndome el paso. Lo único que tienen de bueno es su olor, y por eso, cuando la encuentro, utilizo esencia de pino en el baño. En los Adirondacks, el interminable paisaje de pinos era realmente repugnante. Allí cubren cada metro cuadrado de tierra en los valles y suben hasta las cimas de todas las montañas, dando la impresión de ser una alfombra llena de pinchos que se extiende hasta el horizonte; un interminable paisaje de pirámides verdes de aspecto estúpido que esperan ser taladas para convertirse en cerillas, percheros o ejemplares del *New York Times*.

Habían talado unos cinco acres de estos árboles estúpidos para construir el motel, el nombre que en realidad correspondía a aquel lugar. La palabra «motel» ya no se usa. Ahora es más elegante decir «hotel» o «aparhotel», especialmente desde que los moteles se asocian a la prostitución, a delincuentes y asesinos, para los que el anonimato y la falta de supervisión es una ventaja. El paraje, en la jerga del oficio, es

muy adecuado «para el turista»; está cerca de una carretera secundaria con muchas curvas que atraviesa el bosque, una agradable ruta alternativa entre el lago George y Glens Falls hacia el sur, y, a mitad de camino, hay un pequeño lago, con el bonito nombre de Aguas Soñadoras, que es un lugar muy frecuentado por los excursionistas. El hotel se construyó en la orilla norte de este lago, con el edificio de la recepción delante de la carretera y las habitaciones detrás dispuestas en semicírculo. Había cuarenta habitaciones con cocina, ducha y servicio y todas con vistas al lago emplazado detrás de ellas. Tanto la construcción como el diseño del edificio estaban a la última moda: fachadas de pino de brea acristaladas y bonitos tejados de madera sobre armazones metálicos, aire acondicionado, televisión en todas las habitaciones, parque infantil, piscina, campo de golf frente al lago con bolas que flotaban (cincuenta bolas a un dólar)... todas las comodidades. ¿Y la comida? Una cafetería en el edificio de recepción y dos entregas diarias de comestibles y bebidas alcohólicas desde el lago George. Todo esto por diez dólares la habitación individual y dieciséis la doble. No es de extrañar que, con una inversión de capital de doscientos mil dólares y una temporada que iba sólo del 1 de julio a principios de octubre o, en lo que al cartel de «Completo» se refiere, del 14 de julio a principios de septiembre, los propietarios vieran negro su futuro. Al menos, eso me habían dicho esos espantosos Phancey cuando me emplearon como recepcionista por sólo treinta dólares a la semana más manutención. ¡Gracias a Dios, ya los había perdido de vista! ¿Si mi corazón cantaba de alegría? Mejor sería decir que parecía todo un coro gregoriano cuando, aquella mañana a las seis, su reluciente coche familiar enfiló la carretera en dirección a Glens Falls para llegar a Troy, de donde eran aquellos monstruos. El señor Phancey me había metido mano por última vez y yo no había sido lo bastante rápida. La mano que tenía libre había recorrido mi cuerpo como una lagartija antes de que yo tuviera tiempo de aplastarle el empeine con mi tacón. Sólo entonces me soltó.

—Vale, conejita —dijo en voz baja cuando su rostro crispado se relajó—. Tú cuida bien del campamento hasta que venga el jefe a buscar las llaves mañana al mediodía. Que tengas felices sueños esta noche. Y entonces había esbozado una sonrisa que yo no entendí y se había dirigido al coche, desde donde su mujer contemplaba la escena, sentada en el asiento del conductor.

—Venga, Jed —había dicho ella con brusquedad—. Ya aliviarás tus necesidades esta noche en la calle West. —Metió una marcha y me dijo con voz meliflua—: Adiós, monada. Escribenos todos los días.

Después borró de su cara su sinuosa sonrisa y, cuando el coche giró para meterse en la carretera, vi por última vez su marchito y afilado perfil. ¡Uf! ¡Vaya par! Parecían sacados de un libro... ¡y de qué libro! ¡Querido Diario! Bueno, el resto del mundo no podía ser peor y por fin se habían ido. A partir de ahora, el resto de la raza humana que encontrara en mis viajes ¡*por fuerza* tenía que ser mejor!

Yo permanecí allí de pie, mirando el camino por el que se habían ido los Phancey, recordándolos. Después di media vuelta y miré hacia el norte para ver qué tiempo se avecinaba. Había hecho muy buen día, despejado y caluroso para ser de mediados de octubre, pero en el cielo empezaban a apiñarse unas nubes inquietantes, negras y con un irregular fleco rosado que reflejaba el sol del atardecer. Pequeñas ráfagas de viento zigzagueaban entre las copas de los árboles y, de vez en cuando, sacudían la única lámpara amarilla de la desierta gasolinera situada carretera abajo, al final del lago. Cuando una ráfaga un poco más fuerte me alcanzó, fría y violenta, trajo consigo el chirrido metálico de la luz oscilante y yo me estremecí plácidamente al oír por primera vez aquel suave sonido fantasmal. A orillas del lago, más allá de la última cabaña, unas olas endebles lamían las piedras mientras la superficie gris oscuro se rizaba de repente y mostraba flecos de espuma. Sin embargo, entre ráfagas furiosas, el aire permanecía quieto y los árboles guardianes del otro lado de la carretera y de detrás del motel parecía que quisieran acercarse para acurrucarse junto al edificio iluminado a mi espalda, como si fuera un fuego de campamento.

De pronto, tuve ganas de ir al baño y me sonreí. Se parecía a la intensa excitación que sienten los niños que juegan al «escondite» cuando, desde el armario de debajo de las escaleras, oyes el suave crujido del suelo y el murmullo cada vez más próximo de los que te buscan. En ese momento, te encoges lleno de emoción y angustia y aprietas las piernas contra tu pecho y esperas el maravilloso momento del descubrimiento, el haz de luz procedente de la puerta al abrirse y, entonces, llega el punto culminante y con apremio susurras: «¡Chis! ¡Métete aquí conmigo!». La puerta se cierra silenciosamente y otro cuerpo cálido y alegre se aprieta contra el tuyo.

Allí de pie, ahora que ya era «mayor», rememoré esa escena y reconocí aquella comezón sensual provocada por un temor efímero: el escalofrío que baja por tu espalda, la piel de gallina intuitiva que tiene su origen en las primitivas señales de alarma de nuestros antepasados animales. Este pensamiento me hizo gracia y me aferré a ese momento. Pronto las nubes estallarían y yo me apartaría del estruendo y el caos de la tormenta para entrar en mi cueva cómoda y bien iluminada, me prepararía una copa, escucharía la radio y me sentiría segura y arropada.

Empezaba a oscurecer. Aquella noche no habría coro nocturno de pájaros porque hacía ya tiempo que habían interpretado las señales y se habían metido en sus propios nidos en el bosque, al igual que las ardillas y los ciervos. En aquella inmensa zona salvaje, no sólo yo disfrutaba del aire libre. Respiré hondo por última vez aquel aire húmedo y suave. La humedad había reavivado el aroma a pino y musgo y éste se había mezclado con un fuerte olor a tierra; era como si el bosque estuviera sudando a causa de la misma emoción placentera que yo sentía. En algún lugar, muy cerca, un búho nervioso exclamó: «Uhu», y después todo quedó en silencio. Me alejé unos pasos de la entrada iluminada y me quedé de pie en medio de la carretera polvorienta,

mirando hacia el norte. Una fuerte ráfaga de viento me golpeó y apartó mi cabello hacia atrás, y un rayo iluminó brevemente el horizonte con su mano azul y blanca. Unos segundos más tarde, un trueno rugió en la lejanía como un perro guardián que acaba de despertarse; entonces, empezó a soplar el viento de verdad y las copas de los árboles comenzaron a bailar y a agitarse, mientras la lámpara amarilla de la gasolinera se balanceaba y parpadeaba como si quisiera advertirme. Me *estaba* advirtiéndome. De pronto, la lluvia empañó la oscilante lámpara y su luz se vio nublada por el avance de una cortina gris de agua. Sentí la fuerza de las primeras gotas sobre mí, di media vuelta y eché a correr.

Cerré la puerta con fuerza detrás de mí, giré la llave y puse la cadena. Justo a tiempo porque, en aquel momento, una avalancha cayó sobre el lugar y dio paso al estruendo regular de la lluvia, cuyos ritmos variaban desde el tamborileo sobre la madera inclinada del tejado hasta el tintineo más agudo y preciso de las gotas golpeando el cristal de las ventanas. En un instante, a estos sonidos se les unió la ajetreada virulencia de las cañerías de desagüe y así se creó el ruidoso fondo musical de la tormenta.

Yo todavía estaba allí, escuchando cómodamente, cuando un trueno, que se había acercado en silencio a mis espaldas, me tendió una emboscada. Un rayo repentino invadió la habitación y, en ese mismo instante, un estruendo ensordecedor hizo temblar el edificio y vibrar el aire como la cuerda de una guitarra. Fue una sola explosión colosal que bien podría haber sido una bomba que hubiera estallado a pocos metros. Con un brusco tintineo, un trozo de cristal se desprendió de la ventana y cayó al suelo y la lluvia repiqueteó en el linóleo del piso.

Yo no me moví. No podía. Me quedé allí parada, encogida, tapándome los oídos con las manos. ¡No pretendía que las cosas fueran así! El silencio, que había sido ensordecedor, se transformó otra vez en el bramido de la lluvia, aquel bramido que me había parecido tan reconfortante, pero que ahora parecía decir: «No podías imaginar que fuera tan horrible. En realidad, este pequeño refugio tuyo es bastante endeble. ¿Qué te parece si para empezar se va la luz? ¿Y qué tal si los rayos y truenos se estrellan contra tu tejadito de palillos? Y después, para rematar la cosa, ¿y si un rayo pega fuego al edificio... o quizá te electrocuta? ¿O sólo te asusta tanto que sales corriendo bajo la lluvia e intentas recorrer los dieciséis kilómetros que hay hasta el lago George? Te gusta estar sola, ¿verdad? ¡Pues veamos si esto también es de tu agrado!»

De nuevo, una luz azul y blanca iluminó la habitación y, sobre mi cabeza, se oyó el estallido atronador de una explosión, pero esta vez el estallido retumbó e invadió todos los rincones con un furioso cañonazo que hizo que los vasos y las tazas del bar tintineasen y la madera crujiera bajo el empuje de sus ondas sonoras.

Sentí que me fallaban las piernas y me acerqué vacilante a la silla más próxima

para sentarme con la cabeza entre las manos. ¿Cómo podía haber sido tan tonta, tan... tan imprudente? Ojalá viniera alguien, que me hiciera compañía, que me dijera que sólo era una tormenta. ¡Pero no era sólo eso! ¡Era una catástrofe, el fin del mundo! ¡Y me amenazaba a *mí*! ¡Ahora! ¡Podía volver en cualquier momento! ¡Debía hacer algo, conseguir ayuda! Pero los Phancey habían pagado la última factura a la compañía telefónica y el servicio había sido desconectado. ¡Sólo me quedaba una esperanza! Me levanté y corrí hasta la puerta para accionar el gran interruptor que iluminaba el letrero de neón rojo de «Completo/Habitaciones libres» situado encima del umbral. Si encendía el de «Habitaciones libres», quizá alguien que pasara conduciendo lo vería; alguien que estuviera contento de encontrar un refugio. Pero al accionar el interruptor, el rayo, que había estado vigilándome, chisporroteó despiadadamente en la habitación y, mientras estallaba el trueno, una mano gigante me agarró y me lanzó al suelo.

Capítulo 2

Aquellos queridos días muertos

Cuando recobré el conocimiento, enseguida recordé dónde estaba y lo que había pasado y me pegué más al suelo, a la espera de un nuevo golpe. Permanecí así durante unos diez minutos, escuchando el rugido de la lluvia y preguntándome si la descarga eléctrica me habría causado algún daño, como una quemadura interna, dejándome incapaz de tener hijos, o si mi pelo se habría vuelto blanco. ¡Tal vez me había quemado el cabello! Me pasé la mano por la cabeza; parecía que todo estaba bien, aunque tenía un chichón en la parte posterior. Con mucho tiento, me moví; no tenía nada roto. No me había hecho nada. La nevera General Electric del rincón volvió a la vida con su vibrante y alegre zumbido y me di cuenta que el mundo seguía girando y que el trueno se había extinguido. Me levanté con dificultad y miré a mi alrededor, esperando ver una escena de caos y destrucción, pero todo estaba igual, tal como lo había «dejado»: el imponente mostrador de recepción, el revistero metálico lleno de libros y revistas, la larga barra de la cafetería, la docena de mesas bien dispuestas con manteles de plástico chillones, de todos los colores, y sus incómodas sillitas metálicas, el recipiente de agua helada y la reluciente cafetera; todo seguía en su sitio, como si tal cosa. Sólo un agujero en la ventana y un charco cada vez más grande de agua en el suelo delataban el holocausto por el que la habitación y yo acabábamos de pasar. ¿Holocausto? ¿De qué estaba hablando? ¡Allí el único holocausto estaba dentro de mi cabeza! En la tormenta, habían caído rayos y truenos y el estampido me había aterrorizado como a una chiquilla. Era una estúpida; había tocado un interruptor eléctrico y ni siquiera pude esperar a que se produjera una pausa entre relámpago y relámpago, sino que escogí el momento en que caía otro rayo y éste me había dejado sin conocimiento. Como castigo tenía un chichón en la cabeza. ¡Lo tenía merecido por ser una miedica tonta e ignorante! ¡Pero un momento! ¡A lo mejor sí que se me había vuelto blanco el cabello! Crucé la habitación con premura para coger mi bolso del mostrador, me metí detrás de la barra de la cafetería y me incliné para mirarme en el alargado espejo situado bajo los estantes. Primero inspeccioné mis ojos, que me devolvieron la mirada, azul, clara e inquisitiva. Las pestañas permanecían en su sitio; las cejas, castañas, todavía seguían al principio de mi frente arrugada y después, sí, ahí estaba la raíz bien definida de mi cabello castaño oscuro, tan normal y tan corriente, que caía para curvarse a derecha e izquierda formando dos grandes ondas.

¡Bien! Saqué el cepillo, me lo pasé por el cabello con brusquedad e impaciencia,

volví a guardarlo en el bolso y lo cerré con fuerza.

Según mi reloj, eran casi las siete. Encendí la radio y, con un trozo de cartón sujeto con cinta adhesiva, tapé el cristal roto de la ventana y sequé el charco que se había formado en el suelo con una bayeta y un cubo, mientras oía cómo la WOKO asustaba a sus oyentes con la tormenta: cables del tendido eléctrico que habían caído, el nivel del río Hudson que subía peligrosamente en Glens Falls, un olmo abatido que bloqueaba la carretera 9 en Saratoga Springs y una inundación que amenazaba Mechanicville. Después crucé corriendo el porche que llegaba a las habitaciones de detrás y entré en la mía, la número 9, que estaba situada a la derecha en dirección al lago, y me quité la ropa para darme una ducha fría. Al caer, se me había manchado la camisa de tergal; así que la lavé y la tendí para que se secase.

Ya no me acordaba del castigo que me había infligido la tormenta y del hecho de haberme portado como una mentecata, y mi corazón volvía a cantar de alegría ante la perspectiva de pasar una velada solitaria y de hacer lo que me viniera en gana al día siguiente. Siguiendo un impulso, me puse la mejor ropa de mi exiguo vestuario: mis pantalones ceñidos de terciopelo negro que tenían una cremallera dorada bastante indecente en el trasero, ya de por sí apretado de manera indecorosa, y sin ni siquiera preocuparme en ponerme un sujetador, me enfundé mi jersey Camelot de hilo dorado con un cuello vuelto y amplio. Me contemplé en el espejo, decidí arremangarme las mangas por encima del codo, deslicé los pies en unas sandalias doradas Ferragamo y emprendí una carrera rápida hasta el edificio de recepción. Con lo que quedaba, después de dos semanas, de mi botella de bourbon de litro Virginia Gentleman sólo podía servirme una copa, así que llené de cubitos uno de los mejores vasos de cristal tallado y los regué con el bourbon, sacudiendo la botella para extraer hasta la última gota. Después arrastré el sillón más cómodo de la recepción hasta situarlo al lado de la radio, puse el transistor, encendí uno de los últimos cinco Parliament que quedaban en la pitillera, bebí un buen trago de bourbon y me acurruqué en el sillón.

En la radio, un anuncio canturreaba algo sobre gatos y sobre cuánto les gustaba comer Pussyfoot Prime Liver Meal por encima del fragor regular de la lluvia, cuyo tono se alteraba cuando una ráfaga de viento particularmente fuerte lanzaba el agua como si fuera metralla contra las ventanas y sacudía levemente el edificio. En su interior, todo era tal como lo había imaginado: impermeable, acogedor, alegre y reluciente gracias a las lámparas y el cromo. La WOKO anunció cuarenta minutos de «Música para besarse» y de repente empezaron a sonar los Ink Spots con *Someone's Rockin my Dream Boat*, y me encontré nuevamente en el río Támesis, como cinco años atrás, mientras nos deslizábamos en una batea y pasábamos por delante de Kings Eyot, del castillo de Windsor a lo lejos, y Derek remaba con la pértiga mientras yo me encargaba del tocadiscos portátil. Sólo teníamos diez discos, pero, cada vez que ponía el LP de los Ink Spots y el disco llegaba a *Dream Boat*, Derek siempre me

pedía: «Ponlo otra vez, Viv», y yo me arrodillaba para encontrar el punto con la aguja.

Mis ojos se llenaron de lágrimas, no a causa de Derek, sino por el dulce dolor de un chico y una chica, por el sol, el primer amor con sus melodías, por sus imágenes y sus cartas «Selladas con un beso». Eran lágrimas de sentimiento por la infancia perdida, de autocompasión por el dolor que le sirvió de mortaja, y dejé que dos lágrimas resbalaran por mis mejillas antes de secármelas y decidir que celebraría una pequeña orgía de recuerdos.

Me llamo Vivienne Michel y, en la época en que me encontraba sentada en el Motel Pinos Soñadores recordando, tenía veintitrés años. Mido un metro sesenta y cinco y siempre había pensado que tenía un buen tipo hasta que las chicas inglesas del Astor House me dijeron que mi trasero sobresalía demasiado y que tenía que llevar un sujetador más apretado. Como ya he dicho, tengo los ojos azules y el pelo castaño oscuro y ondulado, y mi ambición es darle algún día un aspecto leonino que me haga parecer más mayor y más atrevida. Me gustan bastante mis pómulos altos, aunque las mismas chicas decían que me daban aspecto de «extranjera», pero tengo la nariz demasiado pequeña y una boca excesivamente grande, que a menudo parece sexy a pesar de que yo no quiera. Tengo un carácter optimista, aunque me gusta creer que también incluye un romántico toque de melancolía, pero soy imprevisible e independiente hasta tal punto que las monjas del convento estaban preocupadas y la señorita Threadgold de Astor House se desesperaba. («Las mujeres deben ser como juncos, Vivienne. Son los hombres los que deben ser como robles y fresnos.»)

Soy francocanadiense. Nací al lado de Quebec, en un lugar pequeño llamado Sainte Famille, en la costa norte de la ile d'Orléans, una gran isla situada como un gran barco hundido en medio del río St. Lawrence a su paso por el estrecho de Quebec. Crecí rodeada por este gran río y, en consecuencia, mis principales aficiones son nadar, pescar, hacer acampada y todo tipo de actividades al aire libre. No recuerdo gran cosa de mis padres —excepto que amaba a mi padre y me llevaba mal con mi madre— porque, cuando tenía ocho años, ambos murieron en un accidente aéreo durante la guerra, cuando se dirigían a Montreal para asistir a una boda. Los tribunales me pusieron bajo la tutela de mi tía viuda, Florence Toussaint, quien se trasladó a nuestra casita y me educó. Nos llevábamos bastante bien y, actualmente, casi puedo decir que la quiero, pero ella era protestante mientras que a mí me habían educado como católica, así que me convertí en víctima de la encarnizada lucha religiosa que era la cruz de un Quebec dominado por los sacerdotes y dividido casi exactamente por la mitad por las dos religiones. Los católicos ganaron la batalla de mi bienestar espiritual y me eduqué en el convento de las ursulinas hasta los quince años. Las monjas eran estrictas y ponían mucho énfasis en la devoción y, en consecuencia, aprendí mucho sobre historia religiosa y su intrincado dogma, aunque

yo lo habría cambiado por otras asignaturas que me facultaran para ser algo más que enfermera o monja, y cuando finalmente el ambiente se hizo tan sofocante para mi espíritu que supliqué que me sacaran de allí, mi tía me rescató con mucho gusto de «los papistas» y se decidió que, a los dieciséis años, debería ir a Inglaterra para «pulirme». Esto levantó una gran revuelo local. Las ursulinas no sólo son el centro de la tradición católica en Quebec —el convento era el orgulloso propietario de la calavera de Montcalm y durante dos siglos nunca había habido menos de nueve hermanas arrodilladas rezando, día y noche, ante el altar de la capilla—. Por otra parte, mi familia había representado el bastión más irreductible de los francocanadienses y el hecho de que su hija abandonara dos de sus más preciadas tradiciones de una vez provocó una pequeña conmoción, un escándalo.

Los verdaderos hijos e hijas de Quebec forman una sociedad, casi una sociedad secreta, que debe de ser tan poderosa como la camarilla calvinista de Ginebra, y sus iniciados se refieren a ellos mismos con orgullo, hombres y mujeres, como *canadiennes*. Debajo, muy por debajo de ellos en la escala, están los *canadiens*, los canadienses protestantes; después vienen *les ungiáis*, término que abarca a todos los inmigrantes de Inglaterra más o menos recientes, y, por último, *les américains*, un término despectivo. Los *canadiennes* se sienten muy orgullosos del francés que hablan, aunque en realidad no sea más que un dialecto espúreo, repleto de palabras de más de doscientos años de antigüedad, que los propios franceses ya no entienden y adornado con vocablos ingleses afrancesados; se parece, creo, a la relación del *afrikaans* con el holandés. El esnobismo y la exclusividad de esta camarilla de Quebec afecta incluso a los franceses que viven en Francia. ¡Los *canadiennes* se refieren a los habitantes de la madre patria como *étrangers*! Me he extendido sobre el tema para explicar hasta qué punto el abandono de la fe por parte de una Michel de Sainte Famille era casi un crimen tan execrable como abominar, si eso era posible, de la Mafia en Sicilia, y me dejaron muy claro que, si me iba de las ursulinas y de Quebec, podía decirse que quemaría mis naves en lo concerniente a mis guardianes espirituales y a mi ciudad natal.

Muy sensatamente, mi tía quitó importancia a mis temores ante el subsiguiente ostracismo social —a la mayoría de mis amigos les prohibieron toda relación conmigo—, pero aun así llegué a Inglaterra con el lastre de un sentimiento de culpa y de «diferencia» que, añadido a mi «colonialismo», eran una terrible carga psicológica con que tenía que enfrentarme a un elegante colegio privado para señoritas.

Como la mayoría de establecimientos ingleses de estas características, el Astor House de la señorita Threadgold estaba en la zona de Sunningdale; era un gran edificio victoriano propio de zona rica, cuyos pisos superiores habían sido divididos con paredes de cartón piedra para albergar los dormitorios de veinticinco pares de chicas. Como era una «extranjera», me emparejaron con la otra forastera, una

millonaria libanesa con enormes matas de pelo de color cola de ratón en las axilas y una pasión igual de grande por el chocolate y una estrella de cine egipcia llamada Ben Saí'd, cuya deslumbrante fotografía (cabello, ojos, bigote y dentadura destellante) pronto fue a parar al inodoro después que la rompieran las tres chicas más antiguas del Dormitorio Rosa al que estábamos asignadas. De hecho, la muchacha libanesa me salvó, porque era tan horrible, gruñona, apestosa y estaba tan obsesionada por su dinero, que la mayoría de las chicas del colegio se apiadaron de mí y se esforzaron en ser amables. Pero también hubo algunas que me fueron adversas y tuve que sufrir grandes tormentos a causa de mi acento, mis modales en la mesa, que eran considerados groseros, por mi total falta de *savoir-faire* y, en general, por ser canadiense. Ahora me doy cuenta de que en esa época era demasiado susceptible y tenía el genio muy vivo. Sencillamente no podía aceptar ni la intimidación ni las bromas y, después de dar una paliza a dos o tres de mis torturadoras, otras se les unieron y se lanzaron sobre mí una noche cuando estaba en mi cama y me golpearon, me pellizcaron y me rociaron con agua hasta que me eché a llorar y prometí que nunca más volvería a «luchar como un gato panza arriba». Después de aquello, me fui calmando, establecí una tregua con aquel lugar y, sin muchas ganas, me dispuse a aprender cómo ser una «dama».

Mi gran compensación eran las vacaciones. Me hice amiga de una chica escocesa, Susan Duff, a quien le gustaban las mismas actividades al aire libre que a mí. También era hija única y sus padres estaban encantados de tenerme a mí para que le hiciera compañía, así que pasaba el verano en Escocia y en invierno y primavera, iba a esquiar por toda Europa (Suiza, Austria e Italia). Las dos permanecemos muy unidas durante nuestra estancia en el colegio y celebramos nuestra «puesta de largo» juntas, ocasión para la que la tía Florence mandó quinientas libras a modo de contribución por mi parte a una estúpida fiesta conjunta en el Hotel Hyde Park. También pasamos a formar parte de la misma «lista» y fuimos a la misma sucesión de fiestas igual de absurdas en que los jóvenes, llenos de granos, me parecían groseros y muy poco masculinos, comparados con los canadienses que había conocido. (Aunque puede que estuviera equivocada, porque el que tenía más granos de todos corrió el Grand National aquel año y ¡acabó la carrera!)

Y entonces conocí a Derek.

En aquella época tenía diecisiete años y medio y Susan y yo vivíamos en un pisito de tres habitaciones en Old Church Street, al lado de King's Road. Era finales de junio y ya no quedaba gran cosa por hacer de nuestra famosa «temporada», así que decidimos celebrar por nuestra cuenta una fiesta para las pocas personas que habíamos conocido y nos habían gustado. La familia que vivía al otro lado del rellano se iba al extranjero de vacaciones y nos dijo que podíamos disponer de su piso a cambio de vigilarlo en su ausencia. Las dos estábamos sin blanca a fuerza de querer

«seguir el ritmo de los demás» en todas aquellas fiestas, de manera que cablegrafié a la tía Florence y le saqué cien libras, y como Susan, a su vez, consiguió cincuenta, ambas decidimos hacerlo bien. Invitaríamos a unas treinta personas y pensábamos que sólo vendrían unas veinte. Compramos dieciocho botellas de champán —rosado, porque nos parecía más atrevido—, una lata de caviar de diez libras, dos latas de *foie gras* bastante baratas, que tenían buen aspecto una vez cortado en láminas, y una serie de cosas sazonadas con ajo en el Soho. Preparamos muchos bocadillos de pan integral con mantequilla de berro y salmón ahumado, añadimos una especie de pasteles y bombones de Navidad —lo que resultó una idea estúpida porque nadie se los comió—, y una vez expuesto todo sobre la puerta desmontada y cubierta con un reluciente mantel para darle aspecto de bufé, parecía una fiesta de adultos de verdad.

La fiesta tuvo mucho éxito, casi demasiado. Vinieron los treinta y algunos de ellos se trajeron a más gente, de manera que estábamos todos apretujados y había invitados sentados en las escaleras e incluso un hombre en el servicio con una chica en las rodillas. El ruido y el calor resultaban espantosos. Quizá no éramos tan carrozas como pensábamos o a lo mejor a la gente le gustaba los carrozas siempre que no intentaran disimular que lo eran. En cualquier caso, nos pasó lo peor que nos podía suceder: ¡nos quedamos sin bebidas! Yo estaba al lado de la mesa cuando algún gracioso se terminó la última botella de champán y gritó con voz ahogada:

—¡Agua! ¡Agua! ¡Nunca volveremos a ver Inglaterra!

—Qué quieres que te diga, no queda nada —dije, sintiéndome bastante estúpida.

—Pues claro que sí —dijo entonces un chico alto que estaba apoyado en la pared—. Te olvidas de la bodega. —Y agarrándome por el brazo, me sacó de la habitación y bajamos las escaleras—. Venga —añadió—. No estropees una gran fiesta. Compraremos más en el bar.

Así que bajamos al bar y compramos dos botellas de ginebra y un montón de refrescos de limón, y puesto que él insistió en pagar la ginebra, yo pagué las limonadas. Estaba un poco achispado, pero no resultaba desagradable, y me contó que había estado en otra fiesta antes de asistir a la nuestra y que lo había traído una pareja llamada Norman, amiga de Susan. Me dijo que se llamaba Derek Mallaby, pero no le hice mucho caso porque estaba ansiosa por volver a la fiesta con las bebidas. Cuando subíamos las escaleras nos recibieron con vítores, pero, en realidad, la fiesta ya había superado su punto culminante y, a partir de ese momento, la gente empezó a irse hasta que no quedó nadie más que el grupito consabido de amigos íntimos e individuos que no tenían ningún sitio adonde ir a cenar. También éstos terminaron por marcharse, incluidos los Norman, que parecían muy amables y le dijeron a Derek que dejarían la llave bajo el felpudo, y Susan sugirió que podíamos ir al Popotte de enfrente, un sitio que no me gustaba mucho; pero cuando Derek Mallaby se acercó, me levantó el mechón de pelo que cubría mi oído y me susurró

con voz ronca si quería ir a dar una vuelta con él, yo dije que sí, sobre todo porque era alto y se había hecho cargo de la situación cuando me encontraba en un aprieto.

Así que salimos al aire cálido y nocturno de la calle, dejando atrás el espantoso campo de batalla posterior a la fiesta, y, mientras Susan y sus amigos se alejaban, nosotros cogimos un taxi en King's Road. Derek me hizo cruzar Londres hasta un restaurante italiano llamado El Bambú, cerca de Tottenham Court Road, donde comimos espaguetis a la boloñesa y bebimos una botella de Beaujolais instantáneo, tal como él lo llamaba, que mandó traer. Fue él quien bebió la mayor parte del Beaujolais y me contó que vivía cerca de Windsor, que tenía casi dieciocho años, que estaba estudiando el último trimestre del curso, que formaba parte del equipo de críquet y que le habían concedido un permiso de veinticuatro horas en Londres para que fuera a ver a los abogados de una tía suya que había muerto y le había dejado algún dinero. Sus padres habían pasado el día con él y habían ido a ver al MCC jugar contra el Kent en Lords. Después ellos regresaron a Windsor y le dejaron con los Norman. Se suponía que él iría al teatro y luego a casa a dormir, pero se celebraba aquella otra fiesta y después la mía, y que qué me parecía ir al 400.

Naturalmente, estaba encantada. El 400 es el club nocturno más de moda en Londres y yo nunca había pasado de las tabernas de Chelsea. Le conté algo sobre mí e hice que Astor House pareciera divertido y resultó que era muy fácil hablar con él, y cuando nos trajeron la cuenta, él sabía perfectamente cuánta propina tenía que dejar y me pareció que era muy adulto para estar todavía en el colegio, pero, claro, se supone que las escuelas privadas inglesas hacen que la gente crezca muy deprisa y les enseñan a comportarse. En el taxi me cogió la mano, y me figuré que estaba bien. Parecía que ya lo conocían en el 400, sumido en una oscuridad deliciosa; pidió dos gin-tonics y nos dejaron media botella de ginebra en la mesa que, aparentemente, era suya, de la última vez que había estado allí. El conjunto de Maurice Smart sonaba con la suavidad de la vaselina y, cuando nos pusimos a bailar, nos amoldamos a la perfección y sus pasos se ajustaban a los míos; me estaba divirtiendo de verdad. Empecé a ser consciente de la manera en que su cabello negro le cubría las sienes y cómo sonreía, no sólo con la boca, sino con los ojos. Nos quedamos allí hasta las cuatro de la madrugada, y cuando nos terminamos la ginebra y salimos a la calle, tuve que agarrarme a él. Llamó un taxi y me pareció normal que me tomara en sus brazos y que me besara y que yo respondiera a su beso. Después de quitar su mano de mi pecho dos veces, me pareció que hacerlo una tercera vez era de mojigata, pero cuando bajó la mano y quiso meterla bajo mi falda, no se lo permití, y cuando cogió mi mano para que yo lo tocara, tampoco me presté a ello, aunque todo mi cuerpo ardía por el deseo de hacerlo. Entonces, gracias a Dios, nos encontramos delante de mi casa, él salió del taxi y me acompañó hasta la puerta y me dijo que volveríamos a vernos y que me escribiría. Cuando nos besamos para despedirnos, él deslizó su mano

por mi espalda y me apretó el trasero con fuerza; cuando su taxi desapareció por la esquina, todavía podía sentir su mano allí. Al deslizarme en la cama, me miré en el espejo del lavabo y vi que mi cara y mis ojos estaban radiantes, como si una luz los iluminara desde dentro, aunque probablemente la mayor parte de ese brillo tenía su origen en la ginebra.

«¡Oh, Dios mío! —pensé—. ¡Estoy enamorada!»

Capítulo 3

El despertar de la primavera

Se tarda mucho tiempo en escribir todas estas cosas, pero sólo unos minutos en recordarlas, así que, cuando desperté de mi estado de ensoñación en el sillón del hotel, la WOKO seguía radiando «Música para besarse» y alguien que podía ser Don Shirley improvisaba sobre *Ain't She Sweet*. El hielo de mi vaso se había fundido. Me levanté, me serví algunos cubitos más y regresé para acurrucarme en el sillón y beber pensativa un buen trago de bourbon y encender otro cigarrillo; inmediatamente, volví a encontrarme en aquel interminable verano.

Cuando el último trimestre de Derek finalizó, habíamos intercambiado cuatro cartas. Su primera carta empezaba con un «Queridísima» y acababa «con amor y besos», mientras que yo me había limitado a un «Querido» y «con amor». Las suyas me referían principalmente cuántos puntos había conseguido, y las mías le hablaban de las fiestas a las que había asistido y de las películas y las obras de teatro que había visto. Él iba a pasar el verano en casa y estaba muy ilusionado con un MG de segunda mano que sus padres pensaban regalarle y me preguntaba si querría montar en él. Susan se sorprendió cuando le dije que no iría con ella a Escocia y que me quedaría en el piso, al menos de momento. No le había contado la verdad sobre Derek, y puesto que siempre me levantaba antes que ella, no sabía nada sobre sus cartas. No era propio de mí andarme con secretos, pero guardaba mi «historia de amor» —tal como yo la llamaba— como oro en paño y me parecía tan frágil y, probablemente, tan llena de desilusiones que pensaba que incluso hablar de ella podía traer mala suerte. Por lo que yo sabía, era posible que sólo fuera una más en la extensa lista de las chicas de Derek. Era tan atractivo y magnífico, por lo menos en el colegio, que creía que tenía una larga cola de muchachas de Mayfair, todas vestidas de organdí y con título, a su disposición. Así que simplemente dije que quería buscar un trabajo y que quizá me iría más tarde. Llegado el momento, Susan se marchó al norte. Entonces llegó una quinta carta de Derek en la que me preguntaba si podía ir a Windsor en el tren que salía a las doce de Paddington para encontrarme con él en la estación.

Así empezó nuestra regular y deliciosa rutina. El primer día me esperó en el andén. Los dos nos mostramos bastante tímidos, pero él estaba tan ilusionado con su coche, que enseguida me metió prisa para que corriera a verlo. Era estupendo: negro con una tapicería roja, embellecedores rojos y todo tipo de accesorios propios de coches de carreras, como una correa en el capó, un depósito de gasolina con un

enorme tapón y el distintivo del BRDC. Subimos al coche, yo me puse el pañuelo de seda de colores de Derek en la cabeza y el tubo de escape soltó un ruido deliciosamente sexy cuando cruzamos a toda velocidad el semáforo de High Street y giramos por el río. Aquel día llegamos hasta Bray, para presumir de coche, recorrimos los caminos pisando el acelerador a fondo mientras Derek hacía cambios de marcha innecesarios, como si estuviera en una carrera, en las curvas menos pronunciadas. Sentada tan cerca del suelo, incluso yendo a cincuenta, me sentía como si fuera como mínimo a cien por hora; así que al principio me agarré con fuerza al asidero de seguridad del salpicadero y deseé que todo fuera bien. Pero Derek era un buen conductor y empecé a confiar en él y a controlar mis temblores. Me llevó a un lugar increíblemente elegante, el Hotel de París, donde tomamos salmón ahumado, por el que pagó un extra, pollo asado y helado y, después, alquilamos una canoa eléctrica en el embarcadero de al lado. Subimos por el río traqueteando relajadamente y pasamos bajo el puente de Maidenhead hasta encontrar un pequeño estanque, a este lado de Cookham Lock, adonde Derek guió la canoa hasta situarla bajo los árboles. Había traído un gramófono portátil y yo me acerqué tambaleándome hasta su lado de la canoa. Primero nos sentamos y luego nos tumbamos, uno junto al otro, para escuchar los discos y observar a un pajarito que saltaba de aquí para allá en el entramado de ramas que nos cobijaba. Fue una tarde hermosa y soñolienta en que nos besamos, pero no fuimos más lejos, y yo me tranquilicé al ver que Derek no pensaba que yo era una «chica fácil». Al cabo de un rato, nos vimos acosados por los mosquitos y casi volcamos la canoa en nuestro intento de salir del estanque hacia atrás. La corriente nos empujó rápidamente río abajo, donde había muchas más barcas con parejas y familias, pero yo estaba segura de que éramos los que parecíamos más felices y más atractivos. Volvimos con el coche y nos dirigimos a Eton, donde comimos unos huevos revueltos y café en un lugar llamado La Casa de Paja, que Derek ya conocía, y después sugirió que podríamos ir al cine.

El Cine Royalty estaba en Farquhar Street, una de las callejuelas que bajan desde el Castillo hasta la carretera de Ascot. Era un sitio de aspecto ruinoso donde proyectaban dos películas del Oeste, dibujos animados y una especie de noticiario que consistía en mostrar lo realizado por la reina hacía un mes. Me di cuenta inmediatamente de por qué Derek escogió precisamente ese cine cuando pagó doce chelines por un palco. Había uno a cada lado de la sala de proyección, de unos dos metros cuadrados, oscuro y con dos sillas, y, tan pronto nos instalamos, Derek acercó su silla a la mía y empezó a besarme y a tocarme. De entrada pensé: «¡Oh, Dios mío! ¿Es aquí donde las trae?». Pero, transcurridos unos minutos, se puede decir que empecé a derretirme. Sus manos comenzaron a explorarme con demora y ternura, con experiencia, y, de repente, se posaron «ahí». Yo escondí la cara en su hombro y me mordí el labio al sentir aquel delicioso estremecimiento. Después, todo terminó y me

sentí inundada por la tristeza, me brotaron las lágrimas de los ojos y mojaron el cuello de su camisa.

Me besó con delicadeza, me susurró que me amaba y que era la chica más maravillosa del mundo. Me enderecé para apartarme de él, me enjuagué las lágrimas, intenté ver la película y pensé que había perdido la virginidad, al menos un cierto tipo de virginidad, y que él ya no me respetaría nunca más. Pero llegó el descanso y me compró un helado; puso su brazo en el respaldo de mi asiento y me murmuró que aquél había sido el día más feliz de su vida y que debíamos repetirlo una y otra vez. Me dije que no debía ser tonta, que sólo había sido un toqueteo. Todo el mundo lo hacía y, en cualquier caso, había estado muy bien; por eso no me iba a quedar embarazada. Además, los chicos querían manosear, y si yo no lo hacía, él encontraría otra chica que estuviera dispuesta. Así que, cuando se apagaron las luces de nuevo y sus manos volvieron a tocarme, me pareció normal que se posaran en mis pechos y me sentí excitada. Su respiración se volvió jadeante en mi cuello:

—¡Oh, nena! —dijo con una especie de suspiro prolongado.

Sentí una punzada de emoción; una especie de barrera había desaparecido entre nosotros. Despertaba en mí un sentimiento maternal. Desde aquel momento, nos convertimos en algo más que amigos.

Me llevó en coche a la estación para coger el último tren a Londres y acordamos encontrarnos a la misma hora el sábado siguiente. Él se quedó allí de pie, diciéndome adiós con la mano, hasta que lo perdí de vista bajo las luces amarillas de aquella pequeña y querida estación, y así empezó nuestra verdadera historia de amor. Siempre era igual, sólo cambiaban a veces los lugares adonde íbamos a comer y a merendar: el río, el gramófono, el pequeño palco en el cine, pero a todo eso se le añadía ahora la emoción adicional del contacto físico, y siempre, en la barca, en el coche, en el cine, nuestras manos recorrían el cuerpo del otro con más detenimiento, con más experiencia, mientras aquel verano interminable llegaba a su fin.

En mis recuerdos de aquellos días, el sol siempre brilla y los sauces se hunden en el agua azul. Los cisnes se deslizan bajo las sombras de álamos, se dan chapuzones y vuelan rozando el agua mientras el Támesis corre desde Queens Eyot, pasando por Boveney Lock y Coooco Weir, donde acostumbábamos a bañarnos, y seguía un buen trecho entre los prados de Brocas hacia el puente de Windsor. Seguramente llovió, debía de haber nubes en nuestros cielos privados, pero si existieron no las recuerdo. Las semanas transcurrieron como el río, chispeantes, luminosas, llenas de encanto.

Y finalmente llegó el último sábado de septiembre. Aunque hasta entonces habíamos ignorado aposta aquel hecho, comenzaba un nuevo capítulo. Susan volvía al piso el lunes, yo tenía la oportunidad de tener un trabajo, y Derek se iba a Oxford. Fingimos que todo seguiría igual. Se lo contaría todo a Susan y algunos fines de semana iría a Oxford o Derek vendría a Londres. No hablamos sobre nuestra

relación; era evidente que continuaría. Derek había sugerido vagamente presentarme a sus padres, pero nunca había insistido y, durante nuestros sábados, siempre había cosas mejores que hacer.

Quizá me parecía un poco extraño que Derek no tuviera tiempo para mí durante la semana, pero jugaba mucho al criquet y al tenis y tenía montones de amigos que, según él, eran muy aburridos. No quería involucrarme en aquella parcela de su vida, al menos por el momento. Me sentía feliz de tenerlo sólo para mí durante nuestro día de la semana. No quería compartirlo con un montón de gente que, seguro, me harían sentir intimidada. Así que dejamos muchas cosas en el aire y yo me limité a no pensar en nada más allá del siguiente sábado.

Aquel día, Derek estuvo especialmente cariñoso y, por la tarde, me llevó al Hotel Bridge y nos tomamos tres gin-tonics cada uno, a pesar de que normalmente no bebíamos alcohol. Después insistió en que tomáramos champán con la cena y, cuando llegamos a nuestro cine, los dos estábamos bastante achispados. Yo estaba contenta porque así podía olvidar que, a la mañana siguiente, debía pasar una nueva página y romper con nuestra querida rutina. Pero cuando entramos en nuestro pequeño palco, Derek parecía malhumorado; no me tomó en sus brazos como siempre hacía, sino que se sentó un poco alejado de mí y se puso a fumar y a ver la película. Yo me acerqué a él y le cogí la mano, pero él siguió sentado, sin apartar la mirada de la pantalla. Le pregunté qué le ocurría.

—Quiero hacerlo contigo —dijo, transcurridos unos segundos, con terquedad—. Hasta el final.

Me sentí irritada por la dureza de su tono. Habíamos hablado del tema, claro, pero siempre llegábamos más o menos al acuerdo de que eso llegaría «más tarde». Usé de nuevo los mismos viejos argumentos, pero estaba nerviosa y disgustada. ¿Por qué tenía que estropear nuestra última velada? Contraatacó con furia. Me comportaba como una virgen y una estrecha. Me portaba mal con él. Al fin y al cabo, éramos amantes, así que, ¿por qué no representar bien nuestro papel? Le dije que me daba miedo quedarme embarazada. Él me respondió que no, que tomaría precauciones. Pero ¿por qué ahora?, le pregunté. No podíamos hacerlo allí. Pues claro que sí. Teníamos mucho sitio. Y, además, él quería hacerlo antes de marcharse a Oxford. Sería como... como casarnos.

Pensé en ello atemorizada. Quizá tenía razón. Sería como sellar nuestro amor. Pero tenía miedo. Con voz vacilante le pregunté si tenía una de esas «cosas». Respondió que no, pero que allí cerca había una farmacia que abría toda la noche y que compraría uno. Me besó, se levantó rápidamente y salió del palco.

Yo me quedé allí sentada con la mirada fija en la pantalla. ¡No podía rechazarle ahora! Él regresaría y todo sería precipitado y horrible en aquel mugriento palco de aquel desastrado cine de barrio, me dolería y él me despreciaría después por haber

accedido. Sentí el impulso de levantarme y salir corriendo hacia la estación para tomar el siguiente tren de vuelta a Londres, pero eso lo pondría furioso, lastimaría su vanidad. Yo dejaría de ser una «tía enrollada» y la naturaleza de nuestra relación, basada en que los dos nos «divertiéramos», se echaría a perder. Y, al fin y al cabo, ¿era justo impedirle que lo hiciera? Tal vez era cierto que resultaba malo para él no poder hacerlo hasta el final. Y, después de todo, alguna vez tenía que ocurrir. Una no podía escoger el momento perfecto para hacer eso. Por lo visto, ninguna chica disfrutaba en la primera relación. Quizá era mejor terminar de una vez por todas. ¡Cualquier cosa menos verlo enfadado! ¡Cualquier cosa menos echar a perder nuestro amor!

Al abrirse la puerta, un breve rayo de luz penetró desde el vestíbulo y, de repente, él estaba a mi lado, sin aliento y entusiasmado.

—Lo tengo —murmuró—. Una de esas cosas para no tener niños, ya sabes. La farmacéutica se ha quedado tan campante y se ha limitado a pedirme qué tipo quería. Le he dicho que el mejor, claro, y por un momento pensé que iba a preguntarme: «¿Qué talla?». —Rió y me abrazó con fuerza. Yo solté una risita no muy convencida. ¡Tenía que ser una «tía enrollada»! ¡No debía hacer un drama de todo aquello! Ya nadie lo hacía, y si yo me obstinaba, sería todo mucho más embarazoso, especialmente para él.

Fue tan brusco en los preliminares que casi me hizo llorar. Después empujó su silla hasta el fondo del palco y se quitó la chaqueta para tenderla en el suelo de madera. Me tumbé cuando él me lo dijo y se arrodilló a mi lado. Me pidió que apoyara los pies en la barandilla del palco y lo hice, pero estaba tan incómoda y tensa que le dije:

—¡No, Derek! ¡Por favor! ¡Aquí no!

Pero de alguna manera se situó encima de mí, abrazándome con extremada torpeza. Instintivamente, hice todo lo que pude para ayudarlo a fin de que, al menos él, obtuviera placer de todo aquello y no se enfadara conmigo después.

¡Y entonces el mundo se hundió encima de nosotros!

—¿Qué narices estáis haciendo en mi cine? ¡Levantaos, marranos! —dijo una voz a nuestras espaldas, mientras un súbito haz de luz amarilla nos iluminaba.

No sé cómo no me desmayé. Derek estaba de pie, blanco como el papel. Me levanté con torpeza, golpeándome con la pared del palco, y me quedé allí quieta, pensando que iba a matarme, que iba a pegarme un tiro.

La negra silueta de la puerta señaló mi bolso, que estaba en el suelo, al lado de mis bragas, tiradas de cualquier manera.

—Recoge eso.

Me incliné rápidamente como si me hubieran golpeado e hice una bola con las bragas para ocultarlas en mi mano.

—¡Y ahora fuera de aquí! —El hombre se quedó allí, casi bloqueando el paso,

mientras pasábamos ante él arrastrando los pies, completamente destrozados.

El encargado cerró la puerta del palco con un golpe y se puso delante de nosotros pensando, me imagino, que trataríamos de escapar. Dos o tres personas de las filas de atrás habían salido al vestíbulo. (Todo el público debió de oír la voz del encargado. ¿Lo habrían escuchado las personas sentadas debajo de nosotros, la discusión, la pausa y las instrucciones que me dio Derek? Me estremecí.) La taquillera había salido de la taquilla y dos o tres transeúntes, que estaban mirando el programa, atisbaron el interior debajo de las birriosas luces de colores de la entrada.

El encargado era un hombre rollizo y moreno vestido con un traje estrecho y llevaba una flor en el ojal. Tenía la cara congestionada de rabia y nos miraba de arriba abajo.

—¡Sois unos marranos! —Se dirigió a mí—. Ya te había visto por aquí antes. Eres peor que una vulgar prostituta. A lo mejor llamo a la policía. Por exhibicionismo y escándalo público. —Esas palabras imponentes salían con facilidad de su boca. Seguro que las había usado con anterioridad y a menudo en aquel antro de mala muerte y de oscura intimidad—. Nombres, por favor.

Sacó una libreta del bolsillo y chupó la mina del lápiz.

—Umm, James Grant (Cary Grant era el protagonista de la película) —dijo Derek tartamudeando—. Esto... Acacia Road, 24, Nettlebed.

El encargado levantó la vista.

—No hay ninguna Acacia Road en Nettlebed. Sólo la de Henley-Oxford.

—Sí la hay —dijo Derek obstinadamente—. Hacia el final. —Y añadió con un hilo de voz—: Es muy pequeña.

—¿Y tú? —Se volvió hacia mí con suspicacia.

Yo tenía la boca seca. Tragué saliva.

—Señorita Thompson. Audrey Thompson. Thomas —¡estuve a punto de volver a decir Thompson!— Road, 24 (me di cuenta que era el mismo número que había dicho Derek, pero no se me ocurría ningún otro), Londres.

—¿Distrito?

No entendía lo que me decía y le miré desesperada.

—Distrito postal —dijo él con impaciencia.

Me acordé de Chelsea.

—S.W.6 —dije con voz débil.

El encargado cerró la libreta con brusquedad.

—De acuerdo. Fuera de aquí los dos. —Señaló la calle y nos alejamos con nerviosismo, pero él nos siguió, apuntado hacia la salida con su índice—. ¡Y no volváis nunca más a mi local! ¡Os conozco! Si aparecéis de nuevo por aquí, ¡llamaré a la policía!

Su mirada burlona y acusadora nos siguió. Cogí el brazo de Derek (¿por qué no

cogió él el mío?) y salimos por debajo de aquellas horribles luces brillantes y nos fuimos instintivamente hacia la derecha y cuesta abajo para poder andar más deprisa. No nos detuvimos hasta que llegamos a una calle lateral y, lentamente, emprendimos el camino de vuelta al coche, que estaba aparcado más arriba del cine.

Derek no dijo ni una palabra hasta que estuvimos cerca del automóvil.

—No quiero que vean la matrícula —dijo entonces en tono pragmático—. Voy a buscarlo y te recojo delante de Fullers, en Windsor Hill, dentro de unos diez minutos. —Se soltó de mi brazo y se alejó por la calle.

Yo me quedé allí y, mientras se alejaba, observé su figura alta y elegante que volvía a ser orgullosa y erguida. Después di media vuelta y regresé a la calle que subía paralela a Farquhar Street hacia el Castillo.

De repente me di cuenta que todavía llevaba las bragas arrugadas en la mano y las metí en el bolso. Al abrirlo, pensé en el aspecto que debía de tener. Me paré bajo una farola y saqué un espejito. Mostraba un aspecto horrible. Mi rostro estaba tan pálido que casi parecía verdoso y mi mirada era la de un animal acorralado. Tenía los cabellos de punta por atrás, tras haberme despeinado cuando estaba en el suelo, y se me había corrido el carmín por los besos de Derek. Sentí un escalofrío. «¡Marranos!» ¡Qué gran verdad! Me sentía toda sucia, degradada, pecaminosa. ¿Qué nos ocurriría? Sin duda alguien nos recordaría de aquel día o de otros sábados. Alguien recordaría el número de matrícula de Derek, algún niño que coleccionara matrículas de coche. Siempre había algún entrometido en la escena del delito. ¿Delito? Sí, claro que lo era, uno de los peores en la puritana Inglaterra: sexo, desnudez, exhibicionismo. Me imaginé lo que el encargado había visto cuando Derek se apartó de mí. ¡Uf! Me estremecí de asco. Pero Derek debía de estar esperándome. Con un gesto automático, mis manos adecentaron mi rostro y le eché un último vistazo. Era todo lo que podía hacer. Subí por la calle corriendo y giré en Windsor Hill, sin separarme de la pared, pensando que la gente se giraría y me señalaría.

—¡Mírala! ¡Es ella! ¡Marrana!

Capítulo 4

Querida Viv

Aquella noche veraniega todavía no había terminado conmigo. Delante de Fullers, había un policía al lado del coche de Derek y discutía con él. Derek se volvió y me vio.

—Ahí está, agente. Ya le dije que no tardaría nada. Tenía que ir a..., a empolvase la nariz, ¿verdad, cariño?

¡Más problemas! ¡Más mentiras! Respondí que sí, sin aliento, y me senté en el coche junto a Derek.

—De acuerdo, señor —dijo el policía a Derek mientras me sonreía tímidamente—. Pero para otra vez recuerde que no se puede aparcar en Hill. Incluso en un caso de emergencia como éste. —Se acarició el bigote con los dedos.

Derek puso la primera, dio las gracias al policía, le guiñó el ojo como si compartieran algún tipo de broma obscena y, finalmente, nos fuimos.

Derek no pronunció palabra alguna hasta que giramos a la derecha en el semáforo al final de la calle. Pensé que iba a dejarme en la estación, pero siguió recto por la carretera de Datchet.

—¡Uf! —Soltó el aire de sus pulmones en señal de alivio—. ¡Nos salvamos por los pelos! Pensé que nos la cargábamos. Imagínate a mis padres leyendo la noticia en el periódico de la mañana, y en Oxford. Me hubiera caído encima una buena.

—Fue horrible.

Lo dije con un tono de voz tan apesadumbrado, que me miró de reojo.

—Bueno. El camino del verdadero amor y todo eso.

Su timbre era ligero y relajado; ya se había recuperado. ¿Y yo, cuándo me recuperaría?

—La verdad es que ha sido una pena —siguió él despreocupadamente—. Justo cuando lo teníamos todo preparado. —Imprimió un deje de entusiasmo en su voz para arrastrarme con él—. Te diré lo que haremos. Todavía falta una hora para tu tren. ¿Por qué no subimos por el río? Hay un sitio muy conocido por las parejas de Windsor. Muy íntimo. Es una pena no aprovechar el tiempo y todo eso, ahora que ya estábamos decididos.

Con «todo eso», pensé, se refería a «aquello» que había comprado. Me quedé horrorizada.

—¡No puedo, Derek! ¡De verdad que no puedo! —dije con insistencia—. Ni te imaginas lo mal que me siento después de lo que ha pasado.

—¿Qué quieres decir con «mal»? —Me dirigió una mirada rápida—. ¿No te encuentras bien?

—No, no es eso. Sólo que..., que fue tan horrible, tan violento.

—¡Ah, eso! —Su tono era despectivo—. No nos ha pasado nada, ¿verdad? ¡Venga! ¡No seas aguafiestas!

¡Otra vez! La verdad es que quería que me consolara, sentir sus brazos estrechándome, estar segura de que todavía me amaba, aunque todo le hubiera salido tan mal. Pero empezaron a temblarme las piernas al pensar en que debía pasar por todo aquello de nuevo. Me agarré las rodillas con las manos para que dejaran de moverse.

—Bueno... —dije con voz débil.

—¡Ésta es mi chica!

Fuimos hasta el puente y Derek dejó el coche a un lado. Me ayudó a saltar la valla y me rodeó con un brazo para guiarme por un camino de sirga que pasaba delante de algunas casas flotantes amarradas bajo los sauces.

—Ojalá tuviéramos alguna de éstas —dijo—. ¿Y si entramos en una? Una estupenda cama doble y seguramente bebida en el aparador.

—¡Oh no, Derek! ¡Por Dios! Ya hemos tenido bastantes problemas.

Me imaginaba oír la voz que nos gritaba: «¿Quién está ahí? ¿Son ustedes los propietarios de la embarcación? Salgan para que les eche un vistazo».

—Quizá tengas razón. —Derek rió—. De todas formas, la hierba es igual de blanda. ¿No estás emocionada? Ya verás. Será maravilloso: amantes de verdad.

—¡Oh sí, Derek! Pero serás delicado, ¿verdad? No lo haré muy bien siendo la primera vez.

—No te preocupes. Yo te enseñaré. —Derek me apretó contra él con vehemencia.

Me sentía mejor, más fuerte; era estupendo andar con él bajo la luz de la luna. Más adelante había una arboleda que contemplé con temor. Sabía que era allí donde pasaría. «¡Tengo que hacérselo fácil y agradable, debo hacerlo! ¡No puedo comportarme como una estúpida! ¡Ni llorar!»

El camino atravesaba la arboleda y, efectivamente, se percibía un pequeño claro. Existían evidentes indicios de que alguien más conocía el lugar. Había un paquete de cigarrillos y una botella de Coca-Cola. El musgo y las hojas estaban aplastados. Tuve la sensación de que me encontraba en la cama de un burdel en la que centenares, quizá miles, de amantes se habían abrazado y forcejeado. Pero ya resultaba imposible la vuelta atrás. Al menos, debía de ser un buen lugar para hacerlo si tanta gente lo había utilizado.

Derek estaba ansioso, impaciente. Extendió su abrigo para que me tendiera sobre él y, sin perder tiempo, sus manos empezaron a palparme, casi febrilmente. Yo intenté relajarme, pero mi cuerpo todavía estaba tenso a causa de los nervios y tenía los

brazos y las piernas entumecidos. Deseé que dijera algo dulce y cariñoso, pero él estaba absorto y decidido, tratándome casi con brutalidad, como si fuera una muñeca grande y torpe. «Sólo una muñeca de papel, que sea mía.» ¡Otra vez los Ink Spots! Podía oír el bajo poderoso de *Hoppy* Jones y el dulce contrapunto soprano de Bill Kenny, tan dulce que rompía las cuerdas del corazón. Y, por debajo, el rítmico sonido de la guitarra de Charlie Fuqua. Las lágrimas se agolparon en mis ojos. ¡Dios mío! ¿Qué me estaba pasando? Y entonces, aquel dolor agudo y el grito breve que rápidamente reprimí, y él encima de mí, su pecho alzándose y su corazón latiendo con fuerza sobre el mío. Lo rodeé con mis brazos y sentí el tacto húmedo de su camisa en mis manos.

Nos quedamos así durante algunos minutos que se hicieron muy largos. Contemplé la luz de la luna, que se filtraba entre las ramas, e intenté ahogar mis lágrimas. ¡Así que era eso! El gran momento. Un instante que jamás volvería a vivir. ¡Me había convertido en una mujer y nunca volvería a ser una niña! No había sentido ningún placer, sólo el dolor del que todas hablaban. Pero quedaba algo: aquel hombre en mis brazos. Lo apreté con fuerza contra mí. Ahora era suya, suya del todo, y él era mío. Él me cuidaría. Nos pertenecíamos el uno al otro. Ya nunca volvería a estar sola. Éramos dos.

Derek besó mi húmeda mejilla y se levantó con torpeza. Me tendió una mano, yo me bajé la falda y me ayudó a levantarme. Me miró a la cara; su media sonrisa reflejaba cierta turbación.

—Espero no haberte hecho mucho daño.

—No. ¿Te ha gustado?

—¡Oh, sí, mucho!

Se inclinó a recoger su chaqueta y miró el reloj.

—¡Caray! Sólo falta un cuarto de hora para que salga el tren. Será mejor que nos vayamos.

Recorrimos atropelladamente el camino y, mientras andábamos, yo me pasé el cepillo por el cabello y sacudí mi falda. Derek caminaba a mi lado en silencio. La expresión de su rostro a la luz de la luna era hermética, y cuando pasé mi brazo por el suyo, no obtuve presión alguna como respuesta. Deseé que fuera cariñoso, que hablara de nuestro próximo encuentro, pero de pronto lo sentí retraído, frío. No sabía cómo se comportaban los hombres después de hacerlo. Me sentí culpable. No lo había hecho suficientemente bien. Y además, me puse a llorar. Lo había estropeado todo.

Llegamos al coche y nos dirigimos en silencio a la estación. Hice que se parara en la entrada. Bajo aquella luz amarilla, su rostro estaba tenso y preocupado y sus ojos evitaron encontrarse directamente con los míos.

—No vengas hasta el tren, cariño —dije yo—. Ya sé cómo ir. ¿Qué hacemos el

próximo sábado? Yo podría ir a Oxford o ¿prefieres a que espere a que esté bien instalado?

—Hay un problema, Viv —dijo a la defensiva—. Las cosas serán distintas en Oxford. Tendré que verlo y ya te escribiré.

Intenté leer en su rostro. Aquella despedida era tan distinta de las habituales... Quizá estaba cansado; ¡yo, desde luego, lo estaba y cómo!

—Sí, claro —dije—. Pero escíbeme enseguida, cariño. Me gustará saber cómo te va.

Me incliné y lo besé en los labios, que casi no reaccionaron.

Hizo un gesto de despedida con la cabeza.

—Bueno, hasta pronto, Viv.

Y con una especie de sonrisa crispada, dio media vuelta y se alejó con el coche.

No fue hasta dos semanas más tarde cuando recibí la carta. Yo le había escrito dos veces, sin obtener respuesta. Desesperada, traté incluso de llamarle, pero el hombre que contestó al otro lado de la línea, y que fue a buscarlo, dijo finalmente que el señor Mallaby no estaba.

La carta empezaba diciendo: «Querida Viv: Ésta va ser una carta difícil de escribir». Cuando llegué a esta frase, me fui a mi habitación, cerré la puerta con llave, me senté en la cama y me armé de valor. La carta continuaba diciendo que había sido un verano maravilloso y que nunca me olvidaría, pero que ahora su vida había cambiado y que tendría mucho trabajo y no dispondría de tiempo para dedicárselo a las «chicas». Les había contado a sus padres su «historia» conmigo, pero ellos la desaprobaban. Dijeron que no les parecía justo que saliera con una chica si no iba a casarse con ella. «Son muy británicos, me temo, y tienen ideas ridículas sobre los “forasteros”, aunque Dios sabe que yo te trato como cualquier otra chica inglesa y sabes que me encanta tu acento.» Ellos querían que se casara con la hija de un vecino del lugar. «Nunca te lo había contado y me temo que estuvo mal de mi parte, pero de hecho estamos medio prometidos. Pasamos un tiempo tan maravilloso juntos y tú eras tan enrollada que no quería estropearlo todo.» Decía que esperaba que algún día nos encontráramos en algún sitio y que, entre tanto, había pedido a Fortnum que me mandara una docena de botellas de champán rosado «del mejor» para recordarme la primera vez que nos vimos. «Y espero que esta carta no te cause un gran trastorno, Viv, porque de verdad creo que eres la chica más maravillosa del mundo, demasiado para alguien como yo. Con mucho amor y recuerdos felices, Derek.»

Bueno, diez minutos bastaron para romperme el corazón y necesité unos seis meses para arreglarlo. Las historias sobre el dolor y la pena de los demás no resultan interesantes porque se parecen demasiado entre sí; no entraré, pues, en detalles. Ni siquiera se lo conté a Susan. Tal como yo lo veía entonces, me había comportado como una fulana desde el primer día y como tal me habían tratado. En la rigurosa y

pequeña Inglaterra, yo era canadiense y, por tanto, una extranjera, una forastera, un blanco fácil. El hecho de que no lo hubiera visto venir había sido peor para mí. ¡Fui una ingenua! Sería mejor que espabilara o volverían a hacerme daño. Pero debajo de esta racionalización sincera y orgullosa, la niña que había en mí gimoteaba y se humillaba; durante un tiempo, lloré cada noche y me arrodillé ante la Virgen que había olvidado y le rogué que me devolviera a Derek. Pero, claro, no lo hizo y mi orgullo me impidió suplicar ante él o hacer nada más que contestar con una breve nota a su carta y devolver el champán a Fortnum. Aquel verano interminable había finalizado. Todo lo que quedaba de él eran unos pocos recuerdos dolorosos de Ink Spots y la huella de la pesadilla en el cine de Windsor, cuyas secuelas sabía que arrastraría toda mi vida.

Tuve suerte. Me dieron el trabajo que había solicitado. Fue a través del típico amigo-de-un-amigo y era en el *Chelsea Clarion*, una revista local con pretensiones que empezó publicando pequeños anuncios y que se había convertido en una especie de agencia para la gente que buscaba piso, una habitación o personal de servicio en el sudoeste de Londres. Con el tiempo añadieron artículos editoriales que trataban sólo de problemas locales —los horribles nuevos modelos de farola, la poca frecuencia de los autobuses de la ruta 11, el robo de las botellas de leche—, cosas que afectaban realmente a las amas de casa locales, y también toda una página de cotilleos locales, la mayoría de Chelsea, que «todo el mundo» leía y, de algún modo, conseguía evitar los pleitos por difamación. Asimismo, incluía un impactante editorial en la línea leal al Imperio que encajaba perfectamente con la ideología del barrio y que, además, cada semana (era un semanario) era redactada con estilo por un hombre llamado Harling, que era un hacha para sacarle el mejor partido a los anticuados tipos de letra de los que disponía nuestra vetusta imprenta de Pimlico. En realidad, era una publicación bastante buena y al personal le gustaba tanto que trabajaban por una miseria, e incluso por nada, cuando no teníamos anuncios en épocas como agosto y en vacaciones. Yo ganaba cinco libras a la semana (no teníamos convenio sindical; no éramos lo bastante importantes), más la comisión por los anuncios que pudiera agenciarme.

Así que, poco a poco, metí los fragmentos de mi corazón en algún lugar debajo de las costillas y decidí seguir sin él en el futuro. A partir de ahora, me fiaría de mi cerebro, mis agallas y de las suelas de mis zapatos para demostrar a aquellos puñeteros esnobs ingleses que si no podía llegar a nada con ellos, al menos podía ganarme la vida a costa de ellos. Así que empecé a ir a trabajar de día y a llorar de noche y me convertí en la mula más trabajadora del periódico. Preparaba té para los empleados, asistía a los funerales y obtenía las listas correctas de asistentes, escribía agudos artículos para la página de cotilleos, llevaba la columna de deportes e incluso comprobaba las claves del crucigrama antes de que fuera a la imprenta. Entretanto,

iba de un lado a otro del barrio agenciándome anuncios con mi encanto en los restaurantes, hoteles y tiendas más ariscos y arrancando mis veinte por ciento de la inflexible escocesa que se encargaba de la contabilidad. Pronto empecé a ganar bastante, de doce a veinte libras a la semana, y el editor pensó que ahorraría más dinero aumentándome el sueldo fijo a quince libras; así que me instaló en el cuchitril de al lado y me convertí en la adjunta al editor, cargo que aparentemente conllevaba el privilegio de acostarme con él. Pero al primer pellizco en el trasero, le dije que estaba prometida con un canadiense, y lo miré con tal furia en los ojos que se dio por enterado y me dejó en paz. El hombre me gustaba, así que, a partir de aquel momento, nos llevamos la mar de bien. Era un ex reportero de Beaverbrook llamado Len Holbrook, que había heredado una cantidad de dinero y había decidido introducirse en el negocio por su cuenta. Era galés y, como todos ellos, un poco idealista. Había decidido que si no podía cambiar el mundo, al menos podía intentarlo con Chelsea y compró el decrépito *Clarion* y empezó a arremeter a diestro y siniestro. Recibió un soplo del Consejo municipal y otro de la organización local del Partido Laborista y empezó con muy buen pie al revelar que un constructor chapucero había obtenido el contrato para la construcción de un nuevo bloque de pisos del Ayuntamiento y que no seguía la normativa; no ponía suficiente acero en el hormigón o algo así. Los periódicos nacionales recogieron la historia con pinzas porque olía a difamación, y la suerte quiso que empezaran a aparecer grietas en las vigas y se pudieran hacer fotografías. Hubo una investigación, el constructor perdió el contrato y su licencia y el *Clarion* consiguió una medalla para su cabecera. Hubo otras campañas como las que he mencionado antes y, de pronto, la gente empezó a leer aquella pequeña publicación, que tuvo que añadir más páginas y alcanzó una distribución de cuarenta mil ejemplares, mientras los periódicos nacionales empezaban a robarle las historias, ofreciéndole a cambio alguna alabanza de vez en cuando.

Me instalé en mi nuevo trabajo como «Adjunta al Editor» y me dieron más artículos que escribir y menos trabajo de calle, y al cabo de un tiempo, cuando ya llevaba un año trabajando, pude firmar los artículos y «Vivienne Michel» se convirtió en un personaje público y mi sueldo aumentó a veinte guineas. A Len le gustaba la manera como trataba los temas y el hecho de que no tuviera miedo de la gente, y me enseñó muchas cosas sobre redacción: trucos para enganchar al lector desde el primer párrafo, usando frases cortas, evitando el inglés «ortodoxo» y, sobre todo, a escribir sobre las *personas*. Él lo había aprendido en el *Express* y siempre me lo estaba echando en cara. Por ejemplo, tenía una manía especial a los autobuses 11 y 22 y siempre los acosaba. Yo empecé una de mis muchas historias sobre ellos: «Los conductores del número 11 se quejan de tener que hacer unos horarios tan duros en las horas punta». Len lo tachó.

—¡Personas, personas, personas! Así es como debería ser: «Frank Donaldson, un despierto joven de veintisiete años, tiene mujer, Gracie, y dos hijos: Bill, de seis años, y Emily, de cinco. Y formula una queja: “No he visto a mis hijos por la noche desde las vacaciones de verano”, me dijo en el pulcro saloncito del número 36 de Bolton Lane. “Cuando vuelvo a casa, ya están en la cama. Verá usted, soy conductor de autobús, del 11, y desde que salieron los nuevos horarios, llevamos una hora de retraso por norma”.» —Len hizo una pausa—. ¿Ves lo que quiero decir? Son las personas las que conducen esos autobuses y son más interesantes que ellos. Ahora sal, encuentra un Frank Donaldson y dale un poco de vida a tu historia.

Supongo que era demagogia barata, un enfoque sensiblero, pero eso es el periodismo y yo estaba en el oficio. Hice lo que me había dicho y mi sección empezó a recibir cartas: de los Donaldson del barrio y de sus mujeres y colegas. Y a los editores les encanta recibir cartas porque hacen que un periódico parezca dinámico y leído.

Me quedé en el *Clarion* dos años más, hasta que cumplí los veintiuno y empecé a recibir ofertas de los periódicos nacionales, del *Express* y el *Mail*, y me pareció que ya era el momento de dejar el barrio y salir al mundo. Todavía vivía con Susan. Ella había conseguido un trabajo en el Foreign Office, en un departamento llamado «Comunicaciones» sobre el que se mostraba muy reservada, y tenía un novio del mismo departamento. Yo sabía que no tardarían mucho en comprometerse y que ella querría todo el piso para ella. Mi propia vida privada era inexistente: una sucesión de amistades sin rumbo y semiaventuras de las que siempre huía. Corría el riesgo de convertirme en una mujer de carrera, insensible aunque con éxito profesional, que fumaba demasiados cigarrillos, bebía demasiados vodkas con tónica y comía sola comida enlatada. Mis dioses, o mejor dicho, mis diosas (Katherine Whitehorn y Penelope Gilliatt estaban fuera de mi alcance), eran Drusilla Beyfus, Verónica Papworth, Jean Campbell, Shirley Lord, Barbara Griggs y Anne Sharpley, las mejores mujeres periodistas, y lo único que deseaba en este mundo era ser tan buena como ellas y nada más.

Y entonces, en una sesión para la prensa del Festival Barroco de Munich, conocí a Kurt Rainer, de la VWZ.

Capítulo 5

Un pájaro con un ala rota

La lluvia seguía cayendo con fuerza, su virulencia no había disminuido. Las noticias de las ocho, como siempre, relataban caos y desastres: un choque múltiple en la carretera 9, vías inundadas en Schenectady, tráfico colapsado en Troy, previsión de lluvias intensas durante varias horas. Las tormentas, la nieve y los huracanes trastornan absolutamente la vida en Norteamérica. Cuando los coches estadounidenses no pueden circular, la vida se detiene y, si no pueden cumplir sus famosos horarios, cunde el pánico y la gente sufre una especie de ataque de frustración que la lleva a asediar las estaciones de ferrocarril, a colapsar los hilos del telégrafo y a tener los transistores permanentemente encendidos en busca de unas migajas de consuelo. Podía imaginar perfectamente el caos en las carreteras y ciudades y me aferré a mi cómoda soledad.

Mi bebida estaba casi muerta. La mantuve medio viva añadiéndole más hielo, encendí otro cigarrillo y volví a instalarme en mi sillón mientras el locutor anunciaba media hora de jazz Dixieland.

A Kurt no le gustaba el jazz, decía que era decadente. También consiguió que dejara de fumar, de beber, de pintarme los labios y la vida se convirtió en un asunto serio lleno de galerías de arte, conciertos y salas de conferencias. En contraste con mi vida vacía y sin sentido, fue un cambio agradable y me atrevo a decir que el régimen teutónico atraía a la grave seriedad que subyace bajo el carácter canadiense.

La VWZ, Verband Westdeutscher Zeitungen, era una agencia de noticias independiente financiada por una cooperativa de periódicos de la Alemania Occidental que estaba bastante en la línea de Reuters. Kurt Rainer era su primer representante en Londres y, cuando lo conocí, estaba buscando un segundo de a bordo inglés que leyera los periódicos y semanarios en busca de temas de interés para los alemanes, mientras él se dedicaba a las tareas de alta diplomacia y cubría los encargos externos. Aquella noche me llevó a cenar a Schmitdts, en Charlotte Street, y se mostró encantadoramente serio en cuanto a la importancia de su trabajo y lo mucho que significaba para las relaciones angloalemanas. Tenía una constitución fuerte, del tipo de hombre joven acostumbrado a la vida al aire libre, y un pelo rubio y brillante, y unos ojos azules que le hacían parecer más joven de los treinta años que tenía. Me dijo que era de Augsburg, cerca de Munich, hijo único de unos padres, médicos ambos, que habían sido rescatados de un campo de concentración por los norteamericanos. A causa de una delación, fueron arrestados por escuchar la radio

aliada y por impedir al joven Kurt unirse a las Juventudes Hitlerianas. Él había estudiado en el Instituto de Munich y en la Universidad; después se dedicó al periodismo y trabajó para el *Die Welt*, el periódico más importante de la Alemania Occidental, y allí fue escogido para este trabajo en Londres por su buen dominio del inglés. Me preguntó a qué me dedicaba yo, y al día siguiente fui a su oficina de dos habitaciones en Chancery Lane y le mostré algo de mi trabajo. Con su típica minuciosidad, él ya se había informado sobre mí a través de amigos del Club de Prensa y, una semana más tarde, me encontré instalada en la habitación de al lado con los teletipos del *Exchange Telegraph* y el PA/Reuter repiqueteando junto a mi mesa. Mi sueldo era fantástico, treinta libras a la semana, y pronto empezó a gustarme el trabajo, especialmente manejar el télex con nuestra *Zentrale* en Hamburgo, y las dos carreras diarias para llegar al cierre de la edición matutina y vespertina de los periódicos alemanes. El hecho de que yo no hablara alemán no era un gran problema, puesto que, aparte del material de Kurt que él mismo pasaba por teléfono, todo mi material pasaba por el télex en inglés y se traducía allí, y los operadores de télex de Hamburgo hablaban el inglés suficiente para charlar conmigo cuando estaba a cargo de la máquina. Era un trabajo bastante mecánico, pero tenía que hacerse con rapidez y exactitud, y era divertido juzgar si lo enviado había tenido éxito o no a través de los recortes alemanes que llegaban unos días más tarde. Pronto Kurt tuvo la suficiente confianza en mí para dejarme sola a cargo de la oficina, donde a menudo se producían pequeñas y excitantes emergencias que yo tenía que resolver, con la emoción de saber que veinte editores en Alemania dependían de que mi actuación fuera rápida y exacta. Todo esto me parecía mucho más importante y de más responsabilidad que escribir trivialidades de barrio en el *Clarion*, y me gustaba la autoridad de las instrucciones y las decisiones de Kurt en combinación con el aire constante de urgencia que acompaña el trabajo en una agencia de prensa.

Al cabo de un tiempo, Susan se casó y yo me mudé a un piso amueblado en Bloomsbury Square, en el mismo edificio de Kurt. No estaba segura de que eso fuera una buena idea, pero él era tan *korrekt* y nuestra relación tan *kameradschaftlich* — palabras que él siempre aplicaba a las situaciones sociales— que pensé que yo debía comportarme, al menos, con la misma sensatez. Fui muy tonta. Además del hecho de que probablemente Kurt malinterpretó que yo aceptara tan rápidamente su sugerencia de mudarme a su edificio, enseguida se volvió normal el paseo juntos, de vuelta a casa desde la oficina. Cada vez con mayor frecuencia cenábamos juntos y, más tarde, para ahorrar dinero, él empezó a traer su tocadiscos a mi casa mientras yo preparaba algo para los dos. Por supuesto, yo me daba cuenta del peligro y me inventé diversos amigos con los que debía pasar la velada, pero eso significaba sentarme sola en un cine después de una cena solitaria, con la molestia de los hombres que intentaban ligar conmigo. Además, Kurt siguió siendo tan *korrekt* y nuestra relación tan sincera

e incluso irreprochable que mis temores acabaron pareciéndome tontos y, cada vez más, empecé a aceptar aquel estilo de vida de camaradas que parecía no sólo totalmente respetable, sino también adulto en su sentido más moderno. Me sentí todavía más segura cuando, después de tres meses de aquella pacífica existencia, Kurt me contó, al volver de una visita a Alemania, que se había comprometido. Ella era una amiga de la infancia llamada Trude y, por lo que me relató, estaban hechos el uno para el otro. Era hija de un catedrático de filosofía de Heidelberg y, en las fotos que él me enseñó, tenía una mirada apacible, un pelo brillante y trenzado y llevaba un pulcro vestido tirolés. Parecía un anuncio viviente de *Kinder, Kirche, Küche*.

Kurt me involucró hasta el fondo en esta historia, traduciéndome las cartas de Trude, hablando del número de hijos que tendrían y pidiéndome consejos sobre la decoración del piso que habían pensado comprar en Hamburgo, cuando él hubiera terminado sus tres años de trabajo en Londres y ahorrado suficiente dinero para casarse. Yo me convertí en una especie de tía soltera para los dos, y me hubiera parecido ridículo si no hubiera sido todo tan normal y divertido; era como tener dos muñecas enormes para jugar a «papás y mamas». Kurt había planeado minuciosamente incluso su vida sexual, y los detalles que él insistía en compartir conmigo al principio me resultaban embarazosos, pero era tan objetivo al tratar el tema, que acabó pareciéndome muy educativo. En la luna de miel a Venecia (todos los alemanes van a Italia de luna de miel), evidentemente tendrían que hacerlo cada noche, porque, tal como decía Kurt, era muy importante que «el acto» fuera técnicamente perfecto, y para conseguirlo se necesitaba mucha práctica. Con este propósito, cenarían algo ligero, porque un estómago lleno no era lo adecuado, y se retirarían no más tarde de las once de la noche, porque era importante dormir al menos ocho horas «para recargar baterías». Trude, me dijo, carecía de experiencia y tendía a ser *kühl* en el terreno sexual, en tanto que él era de temperamento apasionado. Así que deberían llevar a cabo muchos juegos sexuales preliminares para elevar el nivel de la pasión de ella al de él. Eso requeriría un cierto autocontrol por parte de él, y en ese punto tenía que ser firme consigo mismo porque, tal como me dijo, era esencial para un matrimonio feliz que los dos miembros de la pareja llegaran al orgasmo al mismo tiempo. Sólo así, la emocionante culminación de *Ekstase* pertenecería a ambos en igual medida. Después de la luna de miel, dormirían juntos los miércoles y los sábados. Hacerlo más a menudo debilitaría las «baterías» de él y podría disminuir su eficiencia en el *Büro*. Kurt ilustraba toda esta explicación con una gran profusión de términos científicos de lo más explícito, e incluso con diagramas y dibujos hechos con un tenedor sobre el mantel.

Las conferencias, porque esto es lo que eran, me convencieron de que Kurt era un amante de una sutileza excepcional, y debo reconocer que me sentía fascinada y bastante envidiosa por las bien reguladas y totalmente higiénicas delicias que

esperaban a Trude. Había muchas noches en que deseaba que estas experiencias fueran para mí y que alguien me tocara como, así lo describía Kurt, «un gran violinista toca su instrumento». Fue inevitable, supongo, que en mis sueños fuera Kurt quien se me apareciera en ese papel: era tan seguro, tan amable, tan profundamente comprensivo con las necesidades físicas de una mujer...

Pasaron los meses y el tono y la frecuencia de las cartas de Trude empezaron a cambiar gradualmente. Yo fui la primera en notarlo, pero no dije nada. Cada vez eran más frecuentes e insistentes las quejas sobre la duración del período de espera, los pasajes más tiernos se volvieron más rutinarios, y los placeres de unas vacaciones de verano en Tegernssee, donde Trude había conocido a un «grupo muy alegre», después de una primera descripción eufórica —significativamente en mi opinión—, no volvieron a ser mencionados. Y entonces, después de tres semanas de silencio por parte de Trude, Kurt vino a mi piso una noche con el rostro pálido y las mejillas húmedas de lágrimas. Yo estaba tumbada en el sofá, leyendo, y él se arrodilló a mi lado y hundió la cabeza en mi pecho. Todo había terminado, me dijo entre sollozos. Ella había conocido a otro hombre, en Tegernssee por supuesto, un médico de Munich, un viudo, que le había propuesto matrimonio y ella había aceptado. Un flechazo. Kurt tenía que entender que una cosa como ésa sólo pasaba una vez en la vida de una chica. Debía perdonarla y olvidarla. Ella no era lo bastante buena para él. (¡Ah! ¡Esa frase tan gastada otra vez!) Tenían que seguir siendo amigos. La boda se celebraría el mes siguiente. Kurt debía hacer un esfuerzo y desearle suerte. Adiós, vil Trude.

Los brazos de Kurt me rodearon y me abrazaron con desesperación.

—Ahora sólo te tengo a ti —dijo entre sollozos—. Tienes que ser amable conmigo y consolarme.

Le acaricié el cabello tan maternalmente como pude mientras me preguntaba cómo zafarme de su abrazo, aunque, al mismo tiempo, la desesperación de aquel hombre tan fuerte y su dependencia de mí me ablandaban. Intenté imprimir un tono pragmático en mi voz.

—La verdad, si quieres saber mi opinión, has tenido suerte de librarte de ella. Una chica tan poco constante no habría sido una buena esposa para ti. Hay muchas más chicas y mejores en Alemania. Venga, Kurt —me esforcé en incorporarme—, saldremos a cenar y al cine. Así te olvidarás de todo esto. No sirve de nada llorar por lo que ya no tiene remedio. ¡Venga! —Con un gran esfuerzo, logré soltarme y ambos nos levantamos.

Kurt agachó la cabeza.

—Eres demasiado buena conmigo, Viv. Eres una verdadera amiga cuando hace falta: *eine echte Kameradin*. Y tienes razón: no debo ser débil. Te avergonzarías de mí y eso no podría soportarlo. —Me dedicó una sonrisa atormentada y se dirigió a la puerta para salir.

Sólo dos semanas más tarde, ya éramos amantes. De alguna manera, fue inevitable. Casi se puede decir que yo ya lo sabía y no hice nada para evitar mi destino. No estaba enamorada de él, pero habíamos intimado tanto en muchos otros aspectos, que necesariamente el siguiente paso tenía que ser acostarnos juntos. En realidad, los detalles fueron bastante aburridos. El esporádico beso de amistad en la mejilla, casi fraternal, se fue acercando cada vez más a mis labios y un día los alcanzó. Hubo una tregua durante la campaña en la que me acostumbé a recibir ese tipo de beso, después llegó el asalto sutil a mis pechos y luego a todo mi cuerpo, todo tan placentero, tan sosegado, tan desprovisto de dramatismo, y finalmente, una noche en mi salón, fue desnudando mi cuerpo poco a poco «porque tengo que ver lo bella que eres», la protesta débil, casi lánguida, y por fin el acto científico que estaba preparado para Trude. ¡Fue tan delicioso, tan reposado, y tan tranquilizadoras las precauciones!... ¡Y Kurt fue tan fuerte y a la vez tierno, y de todo lo que se puede ser haciendo el amor, tan divinamente educado!... Una flor después de cada vez, la habitación aseada después de cada éxtasis de pasión, una estudiada corrección en la oficina y delante de los demás, nunca una palabra altisonante ni una grosería. Era como una sucesión de operaciones exquisitas realizadas por un cirujano con los mejores modales en la cama. Por supuesto, también era todo bastante impersonal, pero eso me gustaba. Era sexo sin ningún compromiso o riesgo, el punto culminante de la rutina diaria que cada vez me dejaba lustrosa y radiante como un gato mimado.

Debería haberme dado cuenta, o haber adivinado, que, al menos para las aficionadas en oposición a las prostitutas, no existe el amor físico sin implicaciones emocionales, por lo menos a largo plazo. La intimidad física está a medio camino del amor, y la esclavitud constituye la otra mitad. Sin duda, mi mente y la mayoría de mis instintos no se implicaban en nuestra relación. Estaban adormecidos, felizmente adormecidos. Pero mis días y mis noches estaban tan llenos de ese hombre, dependía tanto de él en tantas cosas durante las veinticuatro horas del día, que habría sido casi inhumano si no me hubiera enamorado en cierta forma de él. Me repetía a mí misma que no tenía sentido del humor, que era impersonal, enemigo de la diversión, envarado y, además, increíblemente alemán, pero eso no cambiaba el hecho de que yo esperaba oír sus pasos en la escalera, adoraba la calidez y la autoridad de su cuerpo y era feliz a toda hora cocinando, cosiendo y trabajando para él.

Reconocía que me estaba convirtiendo en un vegetal, en una dócil *Hausfrau*, y que en mi mente siempre andaba seis pasos detrás de él por la calle, como una especie de porteador indígena, pero también tenía que admitir que me sentía feliz, satisfecha y despreocupada, y que en realidad no deseaba otro tipo de vida. Había momentos en que quería romper con aquel ciclo ordenado y apacible de los días, gritar y cantar y, en general, armar jaleo, pero me decía a mí misma que aquellos impulsos eran básicamente antisociales, poco femeninos, caóticos y psicológicamente

desequilibrados. Kurt me hacía entender estas cosas. Para él, la simetría, un *tempo* regular, el objeto correcto en el lugar preciso, la voz tranquila, las opiniones mesuradas, amor los miércoles y los sábados (¡después de una cena ligera!), eran el camino a la felicidad y nos alejaba de lo que él describía como «el síndrome anárquico», es decir, fumar y beber, el fenobarbital, el jazz, el sexo promiscuo, los coches rápidos, la delgadez, los negros y sus nuevas repúblicas, la homosexualidad, la abolición de la pena de muerte, y era una invitación para otro tipo de desviaciones de lo que él llamaba *Naturmenschlichkeit* o, para decirlo más largo pero no más claro, un modo de vida parecido al de las hormigas y las abejas. Pues a mí me parecía bien. Me educaron en un estilo de vida sencillo y me sentía muy feliz de volver a él después de mi breve incursión en los ruidosos circuitos de los pubs de Chelsea y el periodismo chapucero, sin olvidar mi dramática historia con Derek, y sin darme cuenta me enamoré de alguna forma de Kurt.

Y entonces, inevitablemente, ocurrió.

Poco después de empezar a hacer el amor regularmente, Kurt me había llevado a ver a una doctora de toda confianza que me dio una sencilla conferencia sobre anticonceptivos y me proveyó de lo necesario. Sin embargo, me advirtió que incluso estas precauciones podían fallar. Y así fue. Al principio, esperando que no fuera nada, no se lo conté a Kurt, pero después, por diversas razones —no quería guardar aquel secreto para mí sola, la débil esperanza de que se pusiera contento y me pidiera que me casara con él, y un miedo auténtico a mi situación—, se lo expliqué. No tenía ni idea de cuál sería su reacción, pero, desde luego, esperaba ternura, comprensión y, por lo menos, una muestra de amor. Estábamos los dos delante de la puerta de mi habitación, preparándonos para darnos las buenas noches. Yo no llevaba nada encima, mientras que él iba vestido de pies a cabeza. Cuando acabé de contárselo, se liberó sin decir nada de mis brazos que le rodeaban el cuello, miró mi cuerpo de arriba abajo con algo que sólo puedo definir como una mezcla de ira y desprecio, y se dirigió a la puerta. Con la mano en el tirador, me miró con frialdad a los ojos y dijo solamente en voz muy baja:

—¿Y...?

Salió de la habitación, cerrando la puerta sin hacer el menor ruido.

Yo me senté en la cama y me quedé mirando la pared. ¿Qué había hecho? ¿Había dicho algo malo? ¿Qué significaba el comportamiento de Kurt? Y, agotada por la inquietud, me acosté y lloré hasta dormirme.

Tenía razón al llorar. A la mañana siguiente, cuando fui a buscarle abajo para nuestro habitual paseo hasta la oficina, él ya se había ido. Al llegar a la oficina, la puerta que comunicaba su despacho con el mío estaba cerrada y cuando, pasado un cuarto de hora más o menos, abrió la puerta y dijo que teníamos que hablar, la expresión de su rostro era fría como el hielo. Entré en su despacho y me senté al otro

lado de su mesa: como una empleada cualquiera que es entrevistada por su jefe o, en mi caso, que acaba siendo despedida.

El mensaje de su discurso, recitado en un tono pragmático e impersonal, era el siguiente: en una relación de camaradería como la que nosotros habíamos tenido y que, por cierto, había sido extremadamente placentera, era esencial que todo funcionara sin problemas y de manera ordenada. Habíamos (sí, «habíamos») sido buenos amigos, pero seguro que yo estaría de acuerdo en que nunca se había hablado de matrimonio, ni de nada más permanente que un arreglo satisfactorio entre colegas (¡otra vez!). Sin duda había sido una relación de lo más agradable, pero ahora, por culpa de una de las partes (¡sólo mía, supongo!), había pasado aquello y debíamos encontrar una solución radical para un problema que contenía elementos embarazosos e incluso peligrosos para nuestros caminos en la vida. El matrimonio —aunque él tenía la más alta opinión sobre mis cualidades y, especialmente, sobre mi belleza física— estaba fuera de lugar. Además de otras consideraciones, él había heredado unas convicciones muy firmes sobre las parejas mixtas (¡*Heil* Hitler!) y, cuando se casara, sería con alguien de raza teutónica.

En consecuencia, y lamentándolo profundamente, había tomado algunas decisiones. La más importante era que yo debía someterme a una intervención inmediatamente. Tres meses ya era un retraso demasiado largo. Sería algo sencillo. Iría en avión a Zürich y me quedaría en uno de los hoteles cercanos al Hauptbahnhof. Cualquier taxista podría llevarme desde el aeropuerto. Preguntaría al recepcionista el nombre del médico del hotel —hay excelentes médicos en Zürich— y le consultaría el problema. Él entendería la situación; todos los médicos suizos la entendían. Él me sugeriría que mi tensión arterial era demasiado alta o demasiado baja, o que mis nervios no estaban en el estado adecuado para soportar la tensión de un embarazo. Hablaría con un ginecólogo —hay ginecólogos buenísimos en Zürich— al que yo iría a ver para que confirmara lo que había dicho el médico y firmara el papel a tal efecto. El mismo ginecólogo haría una reserva en una clínica y todo el asunto quedaría resuelto en una semana. La discreción sería total. Este procedimiento era absolutamente legal en Suiza y yo ni siquiera tendría que mostrar mi pasaporte. Podría dar el nombre que quisiera, un nombre de casada, naturalmente. Sin embargo, era algo caro, tal vez cien o incluso ciento cincuenta libras. Él también se había encargado de eso. Abrió un cajón de su escritorio, sacó un sobre y lo deslizó a través de la mesa. Era razonable, después de casi dos años de excelentes servicios, que yo recibiera un mes de sueldo en lugar de una nota de despido. Allí había ciento veinte libras. Se había tomado la libertad de añadir de su propio bolsillo cincuenta libras más para el billete de avión, en clase turista, y dejar algo para los imprevistos. La suma total estaba en marcos alemanes para evitar cualquier problema en el cambio de divisa.

Kurt sonrió con vacilación, esperando mi agradecimiento y mis felicitaciones por su eficiencia y generosidad. Debió de sentirse desconcertado por la expresión de horror que apareció en mi rostro porque se apresuró a seguir hablando. Sobre todo, yo no debía preocuparme. Estos desafortunados incidentes ocurren en la vida. Son dolorosos y nada agradables. Él mismo se sentía muy disgustado de que una relación tan satisfactoria, una de las más satisfactorias según su experiencia, llegara a su fin. Pero, claro, así debía ser. Finalmente, añadió que esperaba que yo lo comprendiera.

Asentí con la cabeza y me levanté. Cogí el sobre, eché una última mirada a aquel cabello dorado, a aquella boca que había amado, a sus fuertes espaldas y, al sentir que iba a echarme a llorar, salí rápidamente de la habitación y cerré la puerta detrás de mí sin hacer ruido.

Antes de conocer a Kurt, yo era un pájaro con el ala rota. Ahora me habían herido en la otra.

Capítulo 6

Vete al Oeste, muchacha

A finales de agosto, cuando ocurría todo esto, Zürich estaba todo lo animada que puede estar esta antipática ciudad. El agua clara y helada del lago resplandecía con sus botes y sus esquiadores acuáticos, las playas públicas estaba llenas de bañistas bronceados y la sombría Bahnhofplatz y la Bahnhofstrasse, que es el orgullo de la ciudad, vibraban con los jóvenes mochileros que tenían cuentas pendientes con las montañas. Aquel sano y organizado ambiente de feria me atacaba los nervios y llenaba de angustia el corazón herido. Aquella era la actitud de Kurt ante la vida: *Naturfreude*, la existencia sencilla de un simple animal. Él y yo habíamos compartido ese tipo de vida y, en apariencia, había ido bien. Pero el cabello rubio, los ojos claros y el bronceado sólo son una capa gruesa parecida al maquillaje en el rostro de una mujer, sólo otro tipo distinto de barniz. Un pensamiento bastante trillado, en efecto, pero es que tanto Derek el mundano como Kurt el casero me habían defraudado, así que estaba dispuesta a desconfiar de todos los hombres. No es que esperara que Kurt se casara conmigo, o Derek. Sólo había esperado de ellos amabilidad, que se comportaran como «caballeros» —¡qué palabra más estúpida!—, que fueran tiernos conmigo de la misma manera que yo, pensaba, lo había sido con ellos. Claro que éste había sido precisamente el problema. Había sido demasiado tierna, demasiado complaciente. Sentía el deseo de agradar (y de disfrutar, pero sólo como algo secundario) y eso me había convertido en una presa fácil, prescindible. Pues bien, ¡eso se había terminado! A partir de ahora tomaría y no daría. El mundo me había enseñado sus garras y ahora yo le mostraría las mías. Estaba muy verde, pero ya había madurado. Me erguí con orgullo como una buena canadiense (¡por lo menos como una canadiense bastante buena!) y, puesto que hasta entonces había tenido que tragar, decidí que, para variar, ahora sería yo la que repartiría.

El asunto de mi aborto, hablando claro, fue un buen entrenamiento para mi nuevo papel. El recepcionista del hotel me miró con aquellos ojos que lo han visto todo que tienen los recepcionistas y me dijo que el médico del hotel estaba de vacaciones, pero que tenían a otro que era igual de eficiente. (¿Lo sabía él? ¿Se lo imaginaba?) El doctor Süsskind me examinó y me preguntó si tenía suficiente dinero. Cuando le dije que sí, pareció decepcionado. El ginecólogo fue más explícito. Según parece, tenía un chalé y, puesto que los hoteles en Zürich eran tan caros, ¿tal vez me gustaría descansar unos días allí antes de la operación? Le miré con ojos inexpresivos y le dije que el cónsul británico, que era mi tío, me había invitado a pasar la recuperación con

su familia y que me gustaría poder ingresar en la clínica sin demora. El propio doctor Süsskind me lo había recomendado y, sin duda, el *Herr Doktor* Braunschweig conocía al cónsul, ¿verdad?

El truco funcionó. Había actuado con mi nuevo estilo decidido y había planeado la táctica con anterioridad. Sus gafas reflejaron sorpresa. Conseguí todo tipo de fervientes explicaciones y una rápida llamada a la clínica. Sí, desde luego, mañana por la tarde. Sólo tenía que llevar los enseres necesarios para una noche.

Fue tan angustioso mentalmente, pero tan indoloro físicamente como yo esperaba, y tres días más tarde estaba de vuelta en el hotel. Había tomado una decisión. Volví a Inglaterra y me alojé en el nuevo Hotel Ariel, cercano al aeropuerto de Londres, hasta que me hube librado de mis pocas e insignificantes pertenencias y pagado mis facturas. Entonces concerté una cita con el concesionario de Vespa más próximo y fui a visitarlo.

Mi plan consistía en marcharme sola, por lo menos durante un año, y ver la otra mitad del mundo. Había visto Londres. La vida allí me había golpeado con fuerza en las dos mejillas y me había dejado tocada, pero de pie. Decidí que aquél no era un lugar para mí. No entendía el mundo sofisticado de Derek y no sabía cómo llevar el «amor» moderno, objetivo y frío que Kurt me había ofrecido. Ninguno de estos dos hombres había querido mi corazón, sólo querían mi cuerpo. El hecho de que recurriera a este antiguo argumento de mujer abandonada para explicar mi fracaso para conservar a aquellos dos hombres era, decidí más tarde, una clave más importante para descubrir la razón de mi fracaso que el tema del «corazón». En verdad, yo era demasiado simple para sobrevivir en aquella jungla de asfalto. Resultaba una presa fácil para los depredadores. Todavía era demasiado rematadamente «canadiense» para competir con Europa. ¡Pues muy bien! Si yo era simple, volvería a tierras más simples, pero no a sentarme, deprimirme y vegetar; iría allí a explorar, a buscar aventuras. Pasaría el otoño viajando por Norteamérica, pagándome el viaje con un trabajo de camarera, canguro o recepcionista, hasta que llegara a Florida, donde trabajaría como periodista y me tumbaría al sol hasta la primavera. Y entonces volvería a pensar.

Una vez decidida, los detalles de mi plan absorbieron mi atención y me alejaron de mi desdicha, o por lo menos la mantuvieron a raya, y anestesiaron mis sentimientos de pecado, vergüenza y fracaso. Fui a la Asociación Americana del Automóvil en el Pall Mall, me agencí los mapas que necesitaba y me informé sobre el transporte. Los precios de los coches de segunda mano en Norteamérica eran demasiado elevados, así como los gastos de mantenimiento, y de repente me enamoré de la idea de viajar en una escúter. De entrada, la idea de ir por las inmensas autopistas transcontinentales con un trasto tan pequeño parecía ridícula, pero la ilusión de estar al aire libre, de hacer cien kilómetros con cinco litros de gasolina, de

no tener que preocuparme por garajes, de viajar ligera y, admitámoslo, de causar más o menos sensación dondequiera que fuera, acabó de decidirme y el vendedor de Hammersmith hizo el resto.

Sabía algo de motores, todo niño norteamericano crece sabiendo algo sobre motores, y sopesé los atractivos del pequeño modelo de 125 cc y del 150 cc Gran Sport, más sólido y rápido. Obviamente, me decanté por el modelo deportivo con su maravillosa aceleración y una velocidad máxima de sesenta. Con cinco litros de gasolina, sólo podría recorrer unos ochenta kilómetros, mientras que con la pequeña podía llegar a cien, pero me dije que la gasolina era barata en Norteamérica y que necesitaba velocidad si no quería tardar meses en llegar al sur. El vendedor estaba entusiasmado. Me hizo notar que si hacía mal tiempo o me cansaba, sólo tenía que meter la moto en el tren. Podía conseguir una reducción de unas treinta libras en el impuesto sobre la venta de las ciento noventa que costaba si la entregaba directamente en un barco que zarpaba hacia Canadá diez días después. Con eso tendría dinero extra para gastar en accesorios de lujo y recambios. No necesitaba que me insistiera. Di un par de vueltas por el cinturón con el vendedor sentado detrás y me pareció que la Vespa era ligera como un pájaro y tan fácil de llevar como una bicicleta. Así que me la quedé, compré una funda de piel de leopardo para el asiento y la rueda de recambio, protectores para las ruedas de lujo, como los de los coches de carreras, un retrovisor, un portaequipajes, unas bolsas blancas a modo de alforjas que hacían juego con el acabado plateado de la carrocería, un parabrisas deportivo de plexiglás y un casco protector blanco que me hacía sentir como Pat Moss. El vendedor me dio algunas buenas ideas sobre ropa y me fui a una tienda y compré un mono blanco lleno de cremalleras, gafas protectoras con los bordes forrados de suave piel y un par de guantes de moto forrados de cabritilla negra muy elegantes. Después me senté en el hotel rodeada de mapas y planifiqué la primera etapa del viaje desde Quebec. Hice una reserva en el vuelo más barato de TransCanada a Montreal, envié un cable a la tía Florence y, en la soleada mañana del día 1 de septiembre, me marché.

Fue extraño y bonito volver después de seis años. Mi tía me dijo que casi no me reconocía y yo me sentí verdaderamente sorprendida por Quebec. Cuando me fui, la fortaleza me había parecido inmensa y majestuosa. Ahora la veía como una casa de juguete grande como las de Disneylandia. Lo que antes para mí era impresionante, ahora me parecía, con cierta irreverencia, hecho de cartón piedra. Y las titánicas batallas entre los credos, que una vez pensé que estaban a punto de aplastarme, y los profundos cismas entre los *canadiennes* y el resto, quedaban ahora reducidos, desde mi nueva perspectiva, a peleas pueblerinas. Medio avergonzada, empecé a sentir desprecio por el provincianismo chillón de la ciudad, por los palurdos que vivían en ella y por el ambiente eternamente impregnado de esnobismo y mentalidad

pequeñoburguesa. No era de extrañar que siendo producto de todo aquello, estuviera tan mal preparada para el ancho mundo que había fuera de allí. El milagro era que hubiera sobrevivido a él.

Me cuidé de ocultar estos pensamientos a mi tía, aunque sospecho que ella estaba igual de sorprendida e incluso asustada, ante la pátina que mi «acabado» en Europa me había dado. Debió de encontrarme demasiado urbana, por mucho que yo me sintiera simple y desgarbada por dentro, porque me sometió a un interrogatorio para descubrir hasta qué punto era sólida la pátina, hasta qué punto la vida ajetreada que seguramente había llevado me había estropeado. Si hubiera sabido la verdad, se habría desmayado y tuve la precaución de decirle que, aunque había habido algún coqueteo, volvía incólume y con el corazón entero de las impúdicas ciudades del otro lado del océano. Pude decirle sin faltar a la verdad que ningún lord, ni siquiera ningún plebeyo, se me había declarado y que no había dejado ningún novio allí. Me parece que no me creyó. Elogió mucho mi aspecto; me había convertido en *une belle filie*. Según parece, había adquirido *beaucoup de tempérament* —un eufemismo francés para *sex appeal*— o, por lo menos, tenía esa apariencia, y le parecía increíble que a los veintitrés años no hubiera un hombre en mi vida. Mis planes la horrorizaron y me pintó un lúgubre panorama de los peligros que me esperaban en la carretera. América estaba llena de delincuentes. Acabaría tirada en cualquier carretera y *ravagé*. Además, no era propio de una dama viajar en una escúter. Esperaba que al menos viajara montada a sentadillas. Le expliqué que mi Vespa era una máquina de lo más respetable, y cuando fui a Montreal y, entusiasmada por cada kilómetro del recorrido, volví a la casa vestida con toda la parafernalia, mi tía se sintió más tranquila y comentó, vacilante, que conseguiría *faire sensation*.

El 15 de septiembre saqué mil dólares en cheques de viaje American Express de mi reducida cuenta bancaria, llené mis alforjas de manera científica con lo que pensé que era un vestuario mínimo, me despedí de tía Florence con un beso y salí hacia St. Lawrence por la carretera 2.

La carretera 2, que bajaba desde Quebec hacia Montreal, podría ser una de las rutas más bellas del mundo si no fuera por los montones de chalés y casetas de baño que han proliferado a lo largo de ella desde la guerra. Bordea exactamente el gran río, siguiendo la orilla norte, y yo la conocía muy bien gracias a las excursiones que hacía para ir a bañarme cuando era niña. Sin embargo, desde entonces habían abierto el Canal de St. Lawrence, y ahora el flujo constante de grandes barcos con motores ruidosos y silbatos y sirenas penetrantes añadían un nuevo aliciente.

La Vespa avanzaba ronroneando a unos sesenta por hora. Yo había decidido mantenerme en una media diaria de entre doscientos y doscientos cincuenta kilómetros, unas seis horas de moto, pero no tenía la intención de estar atada a un plan fijo. Quería verlo todo. Si había alguna carretera secundaria que me llamara la

atención, la seguiría, y si llegaba a algún lugar bonito o interesante, me pararía y le echaría un vistazo.

Un buen invento del Canadá y de la parte norte de Estados Unidos es el merendero: un claro en un bosque o al lado de un lago o de un río con muchos bancos y mesas de madera de aspecto rústico, aislados y escondidos entre árboles para disfrutar de más intimidad. Yo me proponía usarlos para mi almuerzo diario cuando no lloviera y no comprar comida cara en las tiendas, sino prepararme bocadillos de huevos y bacon antes de marcharme del motel donde pasara la noche. Esto, junto con fruta y un termo de café, sería mi almuerzo y me recuperaría por la noche con una buena cena. Había previsto un gasto diario de quince dólares. En la mayoría de moteles, la habitación individual cuesta ocho dólares, pero a eso hay que añadir los impuestos estatales; así que aumenté el presupuesto a nueve dólares, más café y un bollo para desayunar. La gasolina no me costaría más de un dólar al día, así que me quedarían cinco para almorzar y cenar, alguna bebida de vez en cuando y los pocos cigarrillos que fumaba. Quería intentar ceñirme a este presupuesto. El mapa de carreteras Esso y las guías AAA que tenía incluían innumerables sitios para visitar, una vez cruzada la frontera —podía cruzar el territorio indio de Fenimore Cooper y después los escenarios de las grandes batallas de la Revolución Americana, por ejemplo—, cuya entrada costaba más o menos un dólar. Sin embargo, pensé que ya me las apañaría y que, si algún día no lo conseguía, otros días comería menos.

La Vespa era mucho más estable de lo que esperaba y extremadamente fácil de conducir. A medida que mejoraba mi dominio del cambio de marchas manual, empecé a conducir de verdad aquel aparato en lugar de ir montada en él. La aceleración, hasta sesenta en veinte segundos, era suficientemente buena para dar un susto al típico utilitario americano y subía por los puertos como un pájaro, mientras el tubo de escape ronroneaba plácidamente bajo mi trasero. Por supuesto, tuve que aguantar muchos silbidos de admiración por parte de los jóvenes y sonrisas y saludos con la mano por parte de los viejos, pero me temo que en el fondo disfruté de la sensación que causaba, tal como mi tía había pronosticado, y sonreía con más o menos dulzura a todos sin excepción. Los arcenes de la mayoría de las carreteras de Norteamérica son bastante malos y yo había temido que los coches empujaran a un lado mi pequeño escúter y que tuviera que lidiar constantemente con los baches, pero supongo que parecía tan pequeña y frágil, que los demás conductores se mantenían a distancia y, habitualmente, tenía todo el carril de la derecha de la autopista para mí sola.

Las cosas me fueron tan bien aquel primer día que logré pasar Montreal antes del anochecer y recorrer veinte kilómetros más por la carretera 9 que, a la mañana siguiente, me llevaría a la frontera con el estado de Nueva York. Me alojé en un lugar llamado Motel Sendero Sur, donde me trataron como si yo fuera Amelia Earhart o

Amy Mollison —una práctica muy agradable a la que acabé acostumbrándome—, y después de una comida muy satisfactoria en la cafetería y de aceptar tímidamente la invitación a una copa del propietario, me fui a la cama sintiéndome ilusionada y feliz. Había sido un día largo y maravilloso. La Vespa era como un sueño y mi plan iba sobre ruedas.

Había tardado un día en hacer los primeros doscientos kilómetros y empleé casi dos semanas en recorrer los siguientes doscientos cincuenta. La explicación es muy sencilla. Una vez en la frontera, empecé a dar vueltas por los Adirondacks como si disfrutara de unas vacaciones de verano tardías. No entraré en detalles porque esto no es un documental sobre viajes, pero casi no hubo fuerte antiguo, museo, cascada, cueva o montaña que yo no visitara, sin mencionar las «Tierras de cuento», las «Ciudades de Aventuras» y las falsas «Reservas indias» que ingresaron el dólar de mi entrada. Se puede decir que me dediqué a una vorágine de recorridos turísticos debido en parte a una curiosidad verdadera, pero, sobre todo, para retrasar el día en que tendría que alejarme de aquellos lagos, ríos y bosques y salir volando hacia el sur, hacia el cruel El Dorado de las superautopistas, los puestos de perritos calientes y las luces de neón.

Fue al final de estas dos semanas cuando fui a parar al lago George, el espantoso centro turístico de los Adirondacks que había logrado convertir la historia, los bosques y la fauna salvaje en una especie de garito. A excepción del impresionante fuerte vallado y los inofensivos barcos de vapor que hacen el recorrido de ida y vuelta a Fort Ticonderoga, el resto es una pesadilla chapucera de Bambis, setas venenosas y gnomos de hormigón, puestos de comida de mala muerte que venden «Hamburguesas Gran Jefe» y «Algodón de azúcar Minnehaha» y «Atracciones» como la «Tierra de animales» («Los visitantes pueden coger y fotografiar a los chimpancés disfrazados»), el «Pueblo con lámparas de gas» («Auténticas lámparas de gas de 1890») y la «Ciudad histórica de Estados Unidos», una espantosa pesadilla en miniatura que no es necesario que describa. En este punto, me alejé de la horrible y abarrotada ruta en que se había convertido la carretera 9 y cogí una polvorienta carretera secundaria a través del bosque que me llevaría al Motel Pinos Soñadores y al sillón en que estaba sentada recordando exactamente cómo había llegado hasta allí.

Segunda parte

Ellos

Capítulo 7

Pasen, pasen

La lluvia seguía cayendo con igual fuerza y su regular tamborileo servía de fondo al gorgoteo de los torrentes que descendían de los canalones situados en las cuatro esquinas del edificio. Yo tenía muchas ganas de acostarme. ¡Qué bien iba a dormir entre las sábanas de la immaculada cabaña!; aquellas sábanas de percal que aparecían en la publicidad del motel. ¡Cuánto lujo en la camas Elliott Frey, las alfombras especialmente diseñadas por Magee, el aire acondicionado y la televisión Philco, las neveras Icemagic, las mantas acrílicas y los muebles de Simmons Vivant («Nuestros cajones y superficies con un laminado feólico son inmunes a las quemaduras de cigarrillos y a las manchas de bebidas alcohólicas»)! De hecho, todos estos refinamientos, incluidas las cabinas de ducha Acrylite, tazas de inodoro Olsonite Pearlescent y el «papel de baño» Delsey, es decir, papel higiénico («en colores modernos que armonizan con la decoración actual»), serían míos, ¡completamente míos, aquella noche!

A pesar de todos estos deliciosos accesorios, además del maravilloso paisaje, parecía que Pinos Soñadores iba mal, y transcurridas dos semanas desde mi llegada, sólo había dos huéspedes de una sola noche en todo el motel y ni una reserva para los últimos quince días de la temporada.

Aquella tarde, la señora Phancey, una mujer de cabello gris, de mirada amargada y recelosa y una grieta adusta a modo de boca, estaba en el mostrador cuando entré. Me miró con dureza, a mí, una chica sola, con mis pequeñas alforjas, y cuando empujé la Vespa hasta el número 9, me siguió con mi ficha en la mano para asegurarse de que no había escrito un número de matrícula falso. Su marido, Jed, era más afable, pero enseguida comprendí por qué cuando, más tarde, en la cafetería, me rozó el pecho con el dorso de la mano al servirme el café. Al parecer, hacía las veces de manitas y de cocinero de comida rápida, y mientras sus ojos marrones recorrían mi cuerpo como babosas, se quejó en tono plañidero de la cantidad de cosas que había por hacer en el motel a fin de disponerlo todo para el cierre de la temporada, mientras, al mismo tiempo, lo llamaban constantemente y tenía que dejar lo que estaba haciendo para freír huevos para los grupos que estaban de paso. Por lo visto, eran los encargados del propietario, quien vivía en Troy. Un tal señor Sanguinetti.

—Un pez gordo. Tiene muchas propiedades en la carretera de Cohoes, a orillas del río, y El Caballo de Troya, una taberna en la carretera 9, a las afueras de Albany. ¿Tal vez conoce usted ese garito? —Cuando le dije que no, el señor Phancey adoptó

una expresión de astucia—. Si algún día tiene ganas de divertirse, vaya al Caballo. Claro que será mejor que no vaya sola. Una chavala guapa como usted podría tener problemas. Después del día 15, cuando cerremos esto, podría llamarme. Mi apellido es Phancey y estoy en la guía. Estaría encantado de acompañarla, y pasar un buen rato.

Le di las gracias, pero le manifesté que sólo estaba de paso, de camino hacia el sur. ¿Podía servirme un par de huevos fritos, sólo por un lado, y bacon?

Pero el señor Phancey no quería dejarme en paz. Mientras yo comía, se sentó a mi mesa y me contó algunas de sus aburridas batallitas, y entre historia e historia, deslizaba preguntas sobre mí y sobre mis planes: quiénes eran mis padres, si no me importaba estar tan lejos de mi casa, si tenía amigos en Estados Unidos, preguntas inocuas, fruto, o eso me pareció, de una curiosidad normal. Después de todo, él tenía unos cuarenta y cinco años, era lo bastante mayor para ser mi padre y, aunque obviamente era un viejo verde, como él había muchos; por otra parte, la señora Phancey no nos quitaba los ojos de encima desde el mostrador, situado en el otro extremo de la estancia.

Por fin, el señor Phancey me dejó sola y se acercó a su mujer. Mientras me fumaba un cigarrillo y terminaba mi segunda taza de café («Invita la casa, señorita, con los saludos de Pinos Soñadores»), los oí hablar en voz baja de algo que, a juzgar por las risitas que soltaban, les parecía muy divertido. Finalmente, la señora Phancey se acercó a mí, chasqueando la lengua con expresión maternal a causa de mis aventureros planes («¡Señor, Señor! ¡Qué cosas hacen las jóvenes de hoy día!»), se sentó a mi lado y, con la expresión más encantadora que pudo adoptar, me sugirió que por qué no me quedaba allí unos días para descansar y ganarme unos cuantos dólares a la vez. Al parecer, su recepcionista se había largado veinticuatro horas antes y, con todo el trabajo de limpiar y ordenar que tenían antes de cerrar la temporada, no podrían ocuparse de la recepción. Tal vez a mí me gustaría trabajar como recepcionista durante las últimas dos semanas, a pensión completa y treinta dólares a la semana.

La verdad es que aquellos sesenta dólares, el alojamiento y la comida gratis me vendrían muy bien. Ya había gastado cincuenta dólares de más en mi vorágine turística y eso ayudaría a equilibrar mis cuentas. Los Phancey no me gustaban especialmente, pero me dije que no eran peores que el tipo de gente que esperaba encontrar en mis viajes. Por otro lado, era el primer trabajo que me ofrecían y tenía curiosidad por ver cómo me las arreglaría. Tal vez, además, me darían referencias al final de las dos semanas que podrían serme de ayuda para conseguir otros trabajos en moteles de camino hacia el sur. Así que, después de preguntar educadamente algunas cosas, les dije que era una buena idea. Los Phancey parecieron muy contentos y Millicent, tal como me dijo que la llamara, me enseñó el sistema de registro, me dijo

que vigilara a la gente con poco equipaje y grandes coches familiares y me llevó a dar una vuelta rápida por el establecimiento.

El asunto de los coches familiares me abrió los ojos al aspecto más sórdido del negocio de los moteles. Por lo visto, había gente, especialmente parejas jóvenes y recién casados, que estaba montándose una casa, que se registraba en un motel solitario llevando, como mínimo, una maletita a modo de «pasaporte». De hecho, dentro de la maleta sólo había un equipo completo de herramientas de precisión, junto con matrículas falsas para su espacioso coche familiar, aparcado en el cobertizo situado junto a la puerta de su cabaña. Después de encerrarse por dentro y esperar a que se apagaran las luces de las oficinas, la pareja se dedicaba discretamente a tareas como aflojar los tornillos de los sanitarios, comprobar si el aparato de televisión estaba fijo, etc. Cuando la dirección del motel se retiraba para acostarse, la pareja ponía manos a la obra y apilaba ordenadamente sobre la cama las toallas y las cortinas de la ducha, desmontaba las luces, las cabeceras de la cama, las tapas del inodoro e incluso el mismo inodoro, caso de tener conocimientos de fontanería. Por supuesto, los muy pillos trabajaban a oscuras, con pequeñas linternas, y, cuando lo tenían todo listo, hacia las dos de la madrugada, lo llevaban todo al cobertizo sin hacer ruido y lo cargaban en el coche. Por último, enrollaban las alfombras y las usaban a modo de lona, puestas del revés, para cubrir el contenido del coche. Después cambiaban la matrícula y se alejaban silenciosamente con su nuevo dormitorio, preparado para ser montado en su piso sin amueblar, a muchas millas de allí, en otro estado.

Con dos o tres viajes como ése también podían amueblar el salón y el dormitorio de invitados, y ya tenían la casa definitivamente montada. Si contaban con jardín o un porche, unas cuantas incursiones a medianoche en las ricas mansiones con piscina de las afueras les proporcionaban los muebles del jardín, los columpios para los niños, y tal vez incluso el cortacésped y los aspersores.

La señora Phancey dijo que los moteles no tenían manera de defenderse de este tipo de ataques. Todo lo que se podía atornillar estaba atornillado y marcado con el nombre del motel. Su única esperanza era detectar a los merodeadores cuando se registraban y o bien echarlos o quedarse levantados toda la noche con una escopeta. En las ciudades, los moteles tenían otros problemas: prostitutas que montaban allí su chiringuito, asesinos que dejaban cadáveres en las duchas y, de vez en cuando, atracos para conseguir el dinero de la caja. Pero yo no debía preocuparme. Si me olía algo, sólo tenía que llamar a Jed, que podía ser muy duro y que además poseía una escopeta. Y, con este frío consuelo, me dejaron pensando en la cara oscura del negocio hotelero.

Por supuesto, todo fue perfectamente bien y el trabajo no entrañaba dificultad alguna. De hecho, tenía tan pocas cosas que hacer que a menudo me preguntaba por

qué los Phancey se habían molestado en contratarme. Pero ambos eran muy gandules y el dinero que me pagaban no era suyo, así que me imaginé que en parte había sido porque Jed pensó que lo tenía fácil para darse un buen revolcón conmigo. Pero tampoco eso era un problema. Sólo tenía que esquivar sus manos y frenarlo con frialdad una vez al día, y asegurar la puerta con una silla bajo el tirador, cuando me iba a la cama, para derrotar a la llave maestra que intentó utilizar en mi segunda noche allí.

Tuvimos algunos huéspedes de paso la primera semana y me encontré con que se esperaba de mí que echara una mano en las tareas domésticas, pero eso tampoco me importaba y, además, el número de clientes empezó a flojear hasta que, ya después del 10 de octubre, no quedó ninguno.

Por lo visto, el 15 de octubre es una especie de fecha mágica en aquel particular mundo del ocio. Todos cierran ese día, a excepción de los locales situados a lo largo de las autopistas. Se supone que ha empezado el invierno y se acerca la temporada de caza. Sin embargo, los cazadores ricos tienen sus propios campamentos y clubes de caza en las montañas, y los pobres llevan los coches a algún merendero y suben a los bosques antes del amanecer para cazar ciervos. En cualquier caso, alrededor del 15 de octubre los turistas desaparecen de la escena y ya no se puede hacer más dinero fácil en los Adirondacks.

A medida que se acercaba el día de cierre, hubo muchas conversaciones telefónicas entre los Phancey y el señor Sanguinetti de Troy, y el día 11, la señora Phancey me dijo, como quien no quiere la cosa, que ella y Jed se irían a Troy el día 13 y que si me importaría quedarme al cargo aquella noche y entregarle las llaves al señor Sanguinetti, quien vendría a cerrar el establecimiento el 14, hacia el mediodía.

Me pareció un arreglo poco claro, eso de dejar a una desconocida a cargo de una propiedad tan valiosa, pero me explicaron que los Phancey se llevarían el dinero en efectivo, el libro de registros y lo que quedara de comida y bebida, y que todo lo que tenía que hacer yo era desconectar la luz y cerrar todo con llave antes de acostarme. Después podría seguir mi camino. Así que les dije que sí, que estaba de acuerdo, y la señora Phancey sonrió abiertamente y comentó que yo era una buena chica; sin embargo, cuando le pedí si podía darme referencias, se mostró muy reservada y dijo que tendría que tratar el asunto con el señor Sanguinetti, pero que ella le comentaría lo servicial que me había mostrado.

Pasaron el último día empaquetando cosas y metiéndolas en el coche hasta que las tiendas y la cafetería estuvieron vacías, a excepción de una buena cantidad de bacon, huevos, café y pan, que dejaron para mí y para los camioneros que pasaran por allí a comer algo.

Aquel último día esperaba que los Phancey fueran amables conmigo. Al fin y al cabo, nos habíamos llevado bastante bien y yo me había desviado de mi camino para

serles útil en todo. Pero, curiosamente, se comportaron de manera totalmente opuesta. La señora Phancey me daba órdenes como si yo fuera su asistente y la lujuria de Jed se volvió más brutal y malintencionada: soltaba groserías incluso cuando su mujer podía oírle e intentaba toquetearme sin disimulo cada vez que se acercaba. No podía entender aquel cambio. Parecía como si ya hubieran logrado lo que querían de mí y ahora pudieran desecharme con desdén e incluso, o eso me parecía, con odio. Me puse tan furiosa que al final le dije a la señora Phancey que me marchaba y que si podía darme mi dinero. Pero ella sólo se echó a reír y dijo «¡Oh, no!», que el señor Sanguinetti me lo daría. No podían arriesgarse a que faltaran cubiertos cuando él viniera a contarlos. Después de esto, y para no tener que verles las caras a la hora de cenar, me preparé unos bocadillos de jamón, me encerré en mi cabaña y recé para que llegara la mañana, para que se fueran. Y, tal como ya he contado, finalmente llegaron las seis de la mañana y vi a aquellos monstruos por última vez.

Ahora tenía ante mí mi última noche en Pinos Soñadores y a la mañana siguiente me iría. Había sido una pequeña experiencia de la vida, no completamente desagradable a pesar de los Phancey, que me había enseñado los detalles de un trabajo que podía servirme de mucho en el futuro. Miré el reloj. Eran las nueve en punto y ahí estaba la agorera WOKO desde Albany con su boletín sobre la tormenta. Los Adirondacks estarían despejados hacia medianoche. Así que, con un poco de suerte, las carreteras estarían secas por la mañana. Fui detrás del mostrador de la cafetería, encendí la cocina eléctrica y preparé tres huevos y seis rebanadas de bacon ahumado con leña de nogal. Tenía mucha hambre.

Y entonces resonaron unos fuertes golpes en la puerta.

Capítulo 8

Dinamita de la Tierra de las Pesadillas

El corazón me dio un vuelco. ¿Quién podía ser? Y entonces me acordé. ¡El cartel de « Habitaciones libres »! Lo había encendido cuando cayó el rayo y me había olvidado de apagar aquel maldito chisme. ¡Qué estúpida! Volvieron a oírse golpes en la puerta. Bueno, tendría que enfrentarme a la situación, disculparme y enviar a aquella gente al lago George. Me dirigí a la puerta, di la vuelta a la llave y la abrí, dejando la cadena puesta.

No había porche. El cartel de « Habitaciones libres » de neón creaba un halo rojo en la cortina de agua que caía y reflejaba sus tonos rojizos en los brillantes chubasqueros negros con capucha de aquellos dos hombres. Detrás de ellos había una berlina negra.

—¿La señorita Michel? —preguntó educadamente el que parecía el jefe.

—Sí, soy yo. Pero me temo que el cartel está encendido por error. El motel está cerrado.

—Claro, claro. Venimos de parte del señor Sanguinetti, de su compañía de seguros. Hemos de hacer un inventario rápido antes de que se lleven las cosas mañana. Llueve mucho, ¿podemos entrar, señorita? Le enseñaremos nuestras credenciales dentro. Hace una noche horrible.

Los miré indecisa, pero la verdad es que casi no podía verles las caras bajo la capucha de los chubasqueros. Lo que decían tenía sentido, aunque no me gustaba.

—Pero los Phancey, los encargados, no me dijeron que vendrían ustedes —dije con nerviosismo.

—Pues deberían haberlo hecho, señorita. Tendré que informar de esto al señor Sanguinetti. —Se volvió hacia el hombre situado detrás de él—. ¿De acuerdo, señor Jones?

El otro hombre reprimió una risita. ¿Por qué se reía?

—Claro, de acuerdo, señor Thomson —volvió a reír.

—Entonces de acuerdo, señorita. ¿Podemos entrar, por favor? Aquí fuera hay una humedad de narices.

—No sé. Me dijeron que no dejara entrar a nadie, pero si vienen de parte del señor Sanguinetti... —Algo nerviosa, quité la cadena y abrí la puerta.

Ellos se colaron dentro, empujándome sin contemplaciones y, uno al lado del otro, contemplaron la habitación. El hombre que había recibido el nombre de «señor Thomson» aspiró fuerte por la nariz. Unos ojos negros pertenecientes a un rostro frío

y gris me contemplaron.

—¿Fuma?

—Sí, un poco. ¿Por qué?

—Pensé que estaba usted acompañada.

Apartó mi mano del tirador, cerró la puerta de golpe, le dio la vuelta a la llave y puso la cadena. Los dos hombres se quitaron sus chorreantes chubasqueros y los tiraron de cualquier manera al suelo. Ahora que podía verlos bien, sentí que estaba en peligro.

El «señor Thomson», obviamente el jefe, era alto y delgado, casi esquelético, y su piel tenía ese aspecto gris y opaco del que no sale mucho al exterior. Sus negros ojos se movían lentamente, indiferentes, y sus labios eran finos y morados como una herida sin curar. Cuando hablaba, se veía un reflejo gris metálico en los dientes delanteros, así que pensé que le habían puesto un empaste barato de acero, tal como había oído que hacían en Rusia y en Japón. Tenía las orejas muy planas y pegadas a su cabeza huesuda y cuadrada y a su cabello negro con canas, tan corto que dejaba entrever pedazos de la piel blanquecina de su cráneo. Llevaba una chaqueta negra sin cruzar con hombreras cuadradas, unos pantalones tan ceñidos que se le marcaban los huesos de las rodillas a través de la tela y una camisa gris sin corbata y abotonada hasta arriba. Sus zapatos eran puntiagudos, al estilo italiano, y de ante gris. Tanto los zapatos como la ropa parecían nuevos. Más que un hombre semejaba un temible lagarto, y me daba tanto miedo que se me puso la piel de gallina.

Mientras que este hombre resultaba espeluznante, el otro sólo era desagradable; bajito, de cara redonda, ojos húmedos de un azul muy pálido y labios gruesos. Mostraba una acentuada palidez en la piel y había contraído aquella terrible enfermedad que hace desaparecer el pelo: no tenía cejas, ni pestañas, y la cabeza estaba tan pelada como una bola de billar. Si no hubiera estado tan asustada, incluso me habría dado pena, porque además parecía tener un fuerte resfriado y empezó a sonarse la nariz tan pronto como se quitó el chubasquero. Debajo llevaba una cazadora de cuero negro, unos pantalones mugrientos y un par de aquellas botas mejicanas de piel con correas que llevan en Texas. Parecía un monstruito, de aquellos que les arrancan las alas a las moscas. Deseé con desesperación no haberme vestido con aquella ropa que me daba una terrible apariencia de desnudez.

Por fin, acabó de sonarse y pareció reparar en mí por primera vez. Me miró de arriba abajo, sonriendo con satisfacción. Después dio una vuelta a mi alrededor, regresó a su sitio y soltó un silbido largo y grave.

—¡Vaya chavala! ¡Échale un ojo a esas tetas! ¡Y con el culo a juego! ¡Ahí es nada, el bombón!

—Ahora no, Bala. Más tarde. En marcha, vete a ver las cabañas. Mientras tanto, la señorita va a prepararnos algo para matar el gusanillo. ¿Cómo quieres los huevos?

El hombre llamado Bala me dirigió una sonrisa torcida.

—Revueltos, nena. Y de secos nada. Como los hacía mi madre, porque si no mi padre la zurraba. En toda la cara, como yo haré contigo. ¡Sí, sí, sí!

Empezó a dar unos pasos de boxeo hacia mí y yo pegué la espalda a la puerta. Simulé estar más asustada de lo que en realidad estaba; cuando se puso a mi alcance, le abofeteé en la cara con todas mis fuerzas y, antes de que pudiera recuperarse de la sorpresa, salí corriendo hacia una mesa y cogí una de las sillas metálicas y la sostuve con las patas apuntando hacia él.

El hombre delgado soltó una breve risotada.

—Ya está bien, Bala. He dicho que más tarde. Deja en paz a la gatita, tenemos toda la noche para eso. En marcha de una vez.

Los ojos del de la cara redonda y pálida se pusieron rojos de furia. Se frotó la mejilla y su boca esbozó lentamente una sonrisa.

—¿Sabes, nena? Te has ganado una noche de jarana. Y será larga y lenta, una y otra vez. ¿Lo coges?

Los miré a los dos desde detrás de la silla. Por dentro estaba temblando. Aquellos hombres eran dinamita salida de la Tierra de las Pesadillas. De algún modo, conseguí que la voz no me flaqueara.

—¿Quiénes sois? ¿De qué va todo esto? Enseñadme vuestras credenciales. Cuando pase el próximo coche, romperé el cristal y pediré ayuda. Soy canadiense. Hacedme algo y mañana estaréis en un aprieto.

Bala se rió.

—Mañana será otro día. Lo que debe preocuparte es esta noche, nena. —Se dirigió al hombre delgado—. Será mejor que la pongas al tanto, Horror. Así conseguiremos un poco de cooperación.

Horror me miró. Su expresión era fría, indiferente.

—No está bien atizar a Bala, muñeca. Es un chico duro y no le gustan las nenas que no le hacen caso. Piensa que es por culpa de su careto. Está así desde que pasó una temporadita en San Quintín. Una enfermedad nerviosa. ¿Cómo la llaman los matasanos, Bala?

Bala parecía orgulloso. Pronunció con cuidado las palabras en latín.

—*Alopecia totalis*. Quiere decir sin pelo, ¿sabes? Ni uno. —Señaló su cuerpo—. Ni aquí, ni ahí, ni allí. ¿Qué te parece, gatita?

—Así que Bala se enfada fácil —continuó Horror—. Cree que la sociedad no ha sido justa con él. Si tuvieras su careto, tú también estarías igual. Él es lo que en Troy llamamos un matón. Hay tipos que le pagan para obligar a otros a hacer lo que quieren, ¿lo pillas? Trabaja para el señor Sanguinetti, quien pensó que sería una buena idea que él y yo nos pasáramos por su garito antes de que lleguen los camiones. Al señor Sanguinetti le preocupaba dejar a una muchachita como tú aquí

sola por la noche. Así que nos mandó para hacerte compañía. ¿Verdad tú, Bala?

—Claro, ni más ni menos. —Soltó una risita—. Sólo para hacerte compañía, gatita. Para que no se acerquen los lobos. Con unas medidas como las tuyas, seguro que hay veces que necesitas protección y mucha, ¿verdad?

Bajé la silla para apoyarla sobre la mesa.

—Vale, ¿cómo os llamáis? ¿Y qué pasa con las credenciales?

Sólo había una lata de café Maxwell House en el estante, detrás de la barra. De improviso, Bala dio media vuelta y su mano derecha —yo ni siquiera le vi sacar la pistola— disparó. Se oyó el estrépito de un tiro. La lata saltó a un lado y cayó del estante. A media caída, Bala le volvió a dar y provocó una explosión marrón de café. Le siguió un silencio impresionante, roto por el tintineo del último trozo de latón que cayó al suelo. Bala se volvió a mirarme. Tenía las manos vacías. La pistola había desaparecido. Su mirada reflejaba su satisfacción por su puntería.

—¿Qué te parecen nuestras credenciales, nena? —dijo suavemente.

La nubecilla de humo azulado me envolvió y con ella el olor a cordita. Me temblaban las piernas.

—Qué manera de malgastar el café —dije con ironía, creo—. ¿Y qué pasa con los nombres?

—La señorita tiene razón —dijo el hombre delgado—. ¿Por qué te cargas el café, Bala?... Por eso es por lo que le llaman Bala, porque es muy rápido con las armas. Bala Morant. Yo soy Sol Horowitz y me llaman Horror. Vete a saber por qué. ¿Tú lo sabes, Bala?

Bala soltó una risita.

—A lo mejor es porque un día le diste un susto a algún tipo, Horror. O a lo mejor a toda una panda. Al menos eso me han contado.

Horror no hizo ningún comentario.

—De acuerdo, ¡vámonos! Bala, ya te he dicho que vayas a las cabañas. Reina, tú prepáranos algo para matar el hambre. No metas la nariz, coopera y no te pasará nada. ¿Vale?

Bala me miró con avidez.

—O casi nada, ¿eh, gatita?

Se acercó al tablero de llaves que había detrás del mostrador, las cogió todas y salió por la puerta de atrás. Dejé la silla en el suelo y, con toda la indiferencia que pude reunir pero terriblemente consciente de mis pantalones ceñidos, crucé la habitación y me metí detrás de la barra.

El hombre llamado Horror se acercó con tranquilidad y parsimonia a la mesa de la cafetería más alejada de mí. Separó una de las sillas, le dio la vuelta con una mano y la deslizó entre sus piernas. Se sentó con los brazos cruzados sobre el respaldo, apoyó la barbilla sobre ellos y me observó con una mirada fija e indiferente.

—Yo también los tomaré revueltos, señorita —dijo bajito, tan bajito que casi no le oí—. Y mucho bacon crujiente. Tostadas con mantequilla. ¿Y qué tal un poco de café?

—Miraré cuánto queda.

Me puse a gatas detrás de la barra. La lata tenía cuatro agujeros que la atravesaban. Quedaban unos dedos de café y una gran cantidad esparcida por el suelo. Puse la lata a un lado y recogí todo lo que pude del suelo y lo puse en un plato, sin importarme cuánto polvo recogía. Guardaría el café limpio que quedaba en la lata para mí.

Estuve unos cinco minutos en esa postura, tomándomelo con calma e intentando desesperadamente pensar, planear. Aquellos hombres eran delincuentes y trabajaban para el señor Sanguinetti. Eso era seguro porque o él o los Phancey les habían dado mi nombre. El resto de la historia era mentira. Los habían enviado allí, a pesar de la tormenta, con un propósito. ¿Cuál? Sabían que yo era canadiense, extranjera, y que podía ir tranquilamente a la policía a la mañana siguiente y causarles muchos problemas. El hombre llamado Bala había estado en San Quintín. ¿Y el otro? ¡Pues claro! ¡Por eso tenía un aspecto tan gris y medio muerto! Seguramente él también acababa de salir de la cárcel. En cierto modo, todavía olía a cárcel. Yo podía causarles muchos problemas, decirle a la policía que era periodista, que iba a escribir lo que les pasaba a las chicas que iban solas a Estados Unidos. Pero ¿me creerían? ¡El dichoso letrero! Estaba sola en aquel lugar y, a pesar de eso, lo había dejado encendido. ¿No sería porque buscaba compañía? ¿Por qué me había vestido de una manera tan despampanante si esperaba estar sola? Evité seguir pensando en el tema. No te vayas por las ramas. ¿Qué querían aquellos dos hombres? Tenían un utilitario normal. Si quisieran desvalijar el establecimiento, habrían traído un camión. Tal vez era verdad que los habían mandado para vigilar el lugar y me trataban de aquella manera sólo porque los delincuentes se comportan así. Pero ¿hasta qué punto se pondrían duros? ¿Qué iba a pasarme aquella noche?

Me levanté y empecé a cocinar. Era mejor darles lo que pedían. No debía provocarles para que se metieran conmigo.

El delantal de Jed estaba hecho un ovillo y tirado en un rincón. Lo recogí y me lo até a la cintura. ¿Un arma? Había un punzón de hielo en el cajón de la cubertería y un cuchillo de trinchar grande y afilado. Cogí el punzón y me lo metí bajo la cinturilla del pantalón, por debajo del delantal. El cuchillo lo escondí bajo un trapo, al lado del fregadero. Dejé el cajón de la cubertería abierto y alineé a su lado unos cuantos vasos y copas para lanzarlos. ¿Un poco infantil? Era todo lo que tenía.

De vez en cuando echaba una ojeada al otro lado de la habitación. El hombre delgado no apartaba los ojos de mí, unos ojos avezados al crimen y a sus consecuencias, conscientes de lo que yo pensaba, de las defensas que estaba

preparando. Lo intuí, pero seguí con mis pequeños preparativos pensando, tal como había hecho en el colegio inglés: «Cuando quieran hacerme daño, y sé que lo harán, yo también tengo que hacerles daño. Cuando me ataquen, me violen, me maten, no debo ponérselo fácil».

¿Violarme? ¿Matarme? ¿Qué es lo que de verdad pensaba que iba a pasarme? Lo ignoraba. Sólo sabía que tenía problemas serios. Las expresiones en los rostros de aquellos hombres así lo indicaban: una expresión indiferente y la otra ávida. Los dos la tenían tomada conmigo. ¿Por qué? No lo sabía. Pero estaba absolutamente segura de que así era.

Ya había cascado ocho huevos en un bol y los había batido suavemente con un tenedor. La gran porción de mantequilla ya se había derretido en el cazo. A su lado, en la sartén, el bacon empezaba a chisporrotear. Vertí los huevos en el cazo y empecé a removerlos. Mientras mis manos se concentraban, mi mente estaba ocupada buscando maneras de escapar. Todo dependía de si el tal Bala, cuando volviera de su inspección, se acordaba de cerrar con llave la puerta trasera. Si no lo hacía, yo podría salir corriendo por allí. Estaba claro que no podría usar la Vespa. No la había puesto en marcha desde hacía una semana. Perdería demasiado tiempo dándole al acelerador y al pedal de arranque tres veces para que arrancara con aquel frío. Tendría que dejar allí todas mis cosas, mi preciado dinero, y huir como una liebre hacia la izquierda o hacia la derecha, rodear las cabañas más apartadas y meterme entre los árboles. No correría hacia la derecha. Detrás de las cabañas estaba el lago y eso cortaría mi huida. Correría hacia la izquierda. Allí no había nada, sólo kilómetros de árboles. A sólo unos metros de la puerta, ya estaría calada hasta los huesos y muerta de frío para el resto de la noche. Mis pies, calzados con aquellas estúpidas sandalias, acabarían hechos trizas. Y además podía perderme. Pero tendría que arreglármelas a pesar de esos problemas. Lo que contaba era huir de aquellos hombres. Era lo más importante.

Los huevos ya estaban hechos; los saqué, todavía blandos, y los puse en un plato con el bacon al lado. Saqué las tostadas del tostador y las amontoné encima de un plato, junto a una pastilla de mantequilla, todavía envuelta en el papel, y lo coloqué todo en una bandeja. Me encantó ver la nube de polvo que se levantaba al verter el agua hirviendo en el café y deseé que se les atragantara. Salí de detrás de la barra con la bandeja en las manos y, sintiéndome más respetable gracias al delantal, la llevé a la mesa donde estaba sentado el hombre delgado.

Mientras la dejaba allí encima, oí abrirse la puerta trasera y después un portazo. No había oído el chasquido de la llave. Le eché una ojeada rápida. Bala tenía las manos vacías. Mi corazón empezó a palpar desenfrenadamente. Bala se acercó a la mesa mientras yo vaciaba la bandeja. Le echó un vistazo a la comida y, con un movimiento rápido, se pegó a mi espalda cogiéndome por la cintura y arrimando su horrible rostro a mi cuello.

—Igual como los hacía mi madre, nena. ¿Qué tal si nos arrejuntamos? Si jodes igual que cocinas, eres la chica de mis sueños. ¿Qué me dices, gatita? ¿Hay trato?

Yo tenía la cafetera en la mano, pero, justo cuando iba a derramar su hirviente contenido por encima de mi hombro, Horror se dio cuenta de mis intenciones.

—Déjala en paz, Bala —dijo con brusquedad—. He dicho que más tarde. —Sus palabras resonaron como un latigazo e, inmediatamente, Bala me soltó. El hombre delgado añadió—: Por poco no te chamusca los huevos. Tendrás que vigilar a esta tía. Deja de hacer el imbécil y siéntate. Tenemos trabajo.

La expresión de Bala adoptó un aire bravucón, pero también obediente.

—¡Ten piedad, colega! Quiero catar a esta gatita. ¡Y ya! —Pero cogió una silla y se sentó, mientras yo me alejaba rápidamente.

El voluminoso transistor estaba encima de un pedestal, cerca de la puerta. Había estado radiando música todo el tiempo, aunque no me había dado cuenta de ello. Me acerqué al aparato, jugueteé con el sintonizador y subí el volumen. Los dos hombres estaban hablando entre ellos en voz baja y se oía el ruido de los cubiertos. ¡Ahora o nunca! Calculé la distancia hasta la puerta y salí disparada hacia la izquierda.

Capítulo 9

Y entonces empecé a gritar

Oí una bala chocar contra el marco metálico de la puerta y entonces, con la mano en el punzón de hielo para no clavármelo, me puse a correr como una loca por la húmeda hierba. Afortunadamente, la lluvia había cesado, pero el césped estaba tan empapado y resbaladizo bajo mis inútiles suelas planas que enseguida me di cuenta que no corría lo bastante deprisa. Oí como abrían la puerta de golpe detrás de mí y la voz de Bala gritando:

—¡Quieta ahí o te liquido!

Empecé a correr en zigzag y, en ese momento, empezaron a silbar las balas, calculadamente, a intervalos regulares, como abejas que pasaban zumbando para estrellarse en el suelo. Diez metros más y llegaría al rincón más alejado de las cabañas, donde ya no había luz. Corrí escabulléndome y zigzagueando mientras mi piel se erizaba a la espera de la próxima bala. El cristal de la ventana de la última cabaña tintineó al romperse, pero conseguí doblar la esquina. Mientras penetraba en el bosque empapado, oí cómo ponían en marcha el coche. ¿Para qué lo querían?

Era muy difícil avanzar. Los pinos goteaban y estaban muy juntos, sus ramas se superponían y me desgarraban la piel de los brazos, que tenía cruzados delante de la cara. Estaba oscuro como la boca del lobo y no podía ver ni a un metro delante de mí. Y entonces, de improviso, se hizo la luz y no pude evitar sollozar cuando vi para qué querían el coche, al ver que sus deslumbrantes faros me iluminaban desde el exterior del bosque. Intenté esquivar aquellas inquisitivas luces, mientras oía el ruido del motor en marcha, hasta que finalmente los focos consiguieron localizarme. No tenía espacio para moverme, sólo podía avanzar por donde me permitían los árboles. ¿Cuándo volverían a disparar? Sólo habían penetrado unos treinta metros en el interior del bosque. ¡En cualquier momento volverían a disparar! Mi aliento surgía sollozante de mi garganta. Mi ropa había empezado a desgarrarse y tenía los pies llenos de heridas. Sabía que no podría aguantar mucho más. Tenía que encontrar un árbol grueso e intentar esquivar las luces escondiéndome tras él. Pero ¿por qué no disparaban? Me dirigí con torpeza hacia la derecha y, amparada por un breve momento de oscuridad, caí de rodillas entre las empapadas agujas de los pinos. Había un árbol, exactamente igual que los demás, cuyas chorreantes ramas rozaban el suelo. Me arrastré debajo de ellas, me apoyé en el tronco y esperé a que mi chirriante respiración se calmara.

Entonces oí a uno de ellos que se acercaba en mi busca, no con suavidad, porque

eso era imposible, pero sí con firmeza, parándose de vez en cuando para escuchar. El hombre, fuera quien fuera, ya debía de haberse dado cuenta, a causa del silencio, de que yo me había escondido. Si sabía algo sobre rastreo, enseguida vería en qué punto dejaba de haber ramas rotas y tierra pisada. Entonces sólo sería una cuestión de tiempo. Me retorcí hasta situarme detrás del árbol, ocultándome de él, y observé como las luces iluminaban implacables las brillantes y húmedas ramas situadas encima de mi cabeza.

Las pisadas y el chasquido de las ramitas cada vez estaban más cerca. Incluso podía oír la pesada respiración del hombre.

—Sal de ahí, nena —dijo suavemente la voz de Bala desde muy cerca—, o papi te dará una buena zurra. Se acabó jugar al corre-que-te-pillo. Es hora de volver a casa con papi.

El estrecho haz de una linterna empezó a indagar bajo los árboles, con meticulosidad, árbol por árbol. Él sabía que yo estaba sólo a unos metros. De repente, el haz de luz se detuvo y apuntó directamente bajo mi árbol.

—¿Uhu, nena? —dijo Bala suavemente y con complacencia—. ¡Papi te ha encontrado!

¿De veras? Me quedé muy quieta, casi sin respirar.

Se oyó el seco estampido de un único disparo y la bala chocó contra el tronco del árbol, detrás de mí.

—Eso ha sido sólo un aviso, nena. La próxima vez te arranco el piececito.

¡Así que era eso lo que me había delatado!

—De acuerdo —dije, agotada por el pánico—. Saldré. ¡Pero no dispaes! —Y me puse torpemente a gatas, mientras pensaba con desesperación: «Buena manera de ir a tu ejecución, Viv».

El hombre estaba allí, con su pálido rostro surcado por una luz amarilla y sombras negras. Su pistola apuntaba a mi estómago. La sacudió hacia un lado.

—Vale. Delante de mí. Y no te pares, o te saldrán raíces en ese precioso culito tuyo.

Humillada, avancé a trompicones entre los árboles hacia los deslumbrantes y lejanos faros del coche. La desesperación y el dolor de la autocompasión me invadieron. ¿Qué había hecho yo para merecerme esto? ¿Por qué Dios me había escogido a mí como víctima de aquellos dos desconocidos? Ahora sí que estarían enfadados. Me harían daño y, más tarde, sin duda me matarían. ¡Pero la policía extraería las balas de mi cuerpo! ¿Qué horrible delito planeaban para que les resultara indiferente dejar pruebas en mi cadáver? Fuera lo que fuera, debían de estar muy seguros de que no habría pruebas. ¡Porque no quedaría nada de mí! ¡Me enterrarían o tirarían mi cuerpo al lago con una piedra atada al cuello!

Salí de entre los árboles. El hombre delgado sacó la cabeza del coche y llamó a

Bala.

—Bien. Llévala para allá. Y no seas bruto, eso déjame a mí. —Puso la marcha atrás.

Bala se acercó a mí y con su mano libre me acarició con lujuria.

—No —apenas pude decir yo. Ya no me quedaban fuerzas para resistirme.

—Tienes problemas, gatita —dijo él suavemente—. Horror es malo de verdad. Te hará mucho daño. Sólo tienes que decirme «Sí» esta noche y te prometo que seré muy dulce y, a lo mejor, así no te calientan. ¿Qué te parece, nena?

Conseguí hacer acopio de la pizca de espíritu de lucha que me quedaba.

—Prefiero morir a dejar que me toques.

—Vale, corazón. Lo que tú no me des, lo cogeré yo. Me parece que te has ganado una buena noche. ¿Lo pillas? —Me pellizcó con tal saña que me hizo gritar. Rió complacido—. Eso es, nena. ¡Canta! Está bien que empieces a practicar.

La puerta trasera del edificio de recepción estaba abierta; me empujó al interior y después cerró la puerta con llave. La habitación parecía la misma de siempre: las luces resplandecían, la radio emitía una alegre canción para bailar, todo parecía brillante y pulido bajo aquella luz. Pensé en lo feliz que me había sentido en aquella habitación hacía sólo unas pocas horas, en los recuerdos que había rememorado sentada en el sillón, algunos dulces y otros tristes. ¡Qué insignificantes me parecían ahora mis infantiles problemas! Era ridículo hablar de corazones rotos y juventudes perdidas cuando, a la vuelta de la esquina de mi vida, aquellos hombres venían a por mí surgidos de la nada. ¿El cine de Windsor? Era un breve acto de aquella obra, más bien de aquella farsa. ¿Zürich? Era un paraíso. La selva de verdad de la vida y sus monstruos reales raramente aparecen en la vida de un hombre o una mujer cualquiera. Pero siempre están ahí. Das un paso en falso, juegas con la carta equivocada en la partida del Destino, y de repente ahí estás, perdida, perdida en un mundo que no habías llegado a imaginar que existiera, contra el que no tienes armas ni conocimiento alguno. Tampoco brújula.

El hombre llamado Horror se quedó de pie en medio de la habitación, sin hacer nada, relajado, con las manos en los costados. Me miró con ojos indiferentes, alzó la mano derecha y dobló un dedo. Mis pies fríos y doloridos se acercaron a él. Cuando sólo estaba a unos pasos de él, salí del trance. De golpe recordé y mi mano se dirigió a la cinturilla de mis empapados pantalones y palpó el punzón de hielo que llevaba bajo el delantal. Me detuve delante de él. Sin dejar de mirarme a los ojos, su mano derecha se alzó como una serpiente al ataque y me golpeó con el puño a ambos lados de la cara. Mis ojos se llenaron de lágrimas, pero todavía me acordaba de lo que llevaba escondido bajo el pantalón y me encogí como si quisiera evitar el siguiente golpe. Al mismo tiempo, oculta por mi movimiento, mi mano derecha se introdujo en mis pantalones y, cuando me enderecé, me lancé con ímpetu sobre él con intención de

darle en la cabeza. El punzón le tocó, pero sólo de refilón y, de repente, alguien me agarró los brazos por detrás y me apartó.

Su rostro grisáceo tenía una herida en la sien y de ella manaba un hilo de sangre que descendió hacia la barbilla mientras yo lo observaba. Su rostro permaneció impasible. No demostraba dolor, sólo una intensa y terrible resolución y un reflejo rojizo en sus ojos oscuros. El hombre delgado se acercó a mí. Mi mano se abrió y el punzón cayó al suelo. Fue un acto reflejo; como el de un niño que suelta el arma. ¡Me rindo! ¡Me rindo!

Y entonces, muy lentamente, casi como si me acariciara, empezó a golpearme, unas veces con la palma de la mano, otras con el puño, eligiendo siempre el blanco con una crueldad refinada y sensual. Al principio, yo me retorcí, me encogía y soltaba patadas. Después empecé a gritar, mientras las negras cavidades de sus ojos, en aquel rostro gris surcado por la sangre, me observaban y sus manos y puños golpeaban una y otra vez.

Recobré el conocimiento en la ducha de mi cabaña. Yacía desnuda sobre las baldosas y con los restos andrajosos y mugrientos de mi preciosa ropa junto a mí. Bala tenía una cerilla de madera en la boca y estaba apoyado en la pared, con la mano en el grifo de agua fría. Sus ojos parecían ranuras brillantes. Cerró el grifo y, de algún modo, conseguí ponerme de rodillas. Noté que iba a vomitar, pero no me importaba. Era como un animal dócil y gimoteante listo para morir. Sentí náuseas.

Bala se echó a reír; luego se inclinó y me dio unas palmaditas en el trasero.

—Adelante, nena. Lo primero que hace todo el mundo después de una paliza es vomitar. Después te limpias bien, te pones un bonito conjunto y te vas para allá. Como tú has salido corriendo, los huevos se han echado a perder. ¡Sin trucos esta vez! Aunque supongo que ya no te quedan narices para nada. Yo estaré vigilando la cabaña desde la puerta trasera. No te disgustes. No hay sangre y casi ni una herida. Horror tiene buena mano para las tías. Has tenido suerte. Es un poco *hippy* el tío. Si hubiera estado cabreado de verdad, ahora estaríamos cavando un agujero para ti. Puedes darte con un canto en los dientes, nena. Hasta ahora.

Oí la puerta de la cabaña cerrarse de golpe y entonces mi cuerpo asumió el control.

Tardé una media hora en recuperarme más o menos, mientras, una y otra vez, lo único que deseaba era tumbarme en la cama y dejar que las lágrimas siguieran cayendo hasta que los dos hombres vinieran con sus pistolas a liquidarme. Pero las ganas de vivir volvieron a mí con los gestos familiares de peinarme y de conseguir que mi cuerpo, dolorido y débil a causa del recuerdo de un dolor aún mayor, hiciera lo que yo quería. Lentamente, en el fondo de mi mente surgió la idea de que quizá ya había pasado lo peor. Si no, ¿por qué estaba viva todavía? Por algún motivo, aquellos hombres me querían allí y no fuera de juego. Bala era tan bueno con su pistola que

sin duda podría haberme matado cuando intenté escapar. Sus balas se acercaron mucho, pero no sólo pretendían asustarme, ¿querían que me detuviera?

Me puse el mono blanco, Dios sabe que era lo bastante impersonal, y metí mi dinero en uno de los bolsillos, por si acaso. ¿Por si acaso qué? No habría más fugas. Dolorida y débil como un gatito, me arrastré como pude hacia la recepción.

Eran las once. Seguía sin llover y una luna casi llena cruzaba veloz las nubes, iluminando intermitentemente el bosque con su luz blanquecina. Bala estaba en la entrada, apoyado en la puerta y masticando su cerilla. Cuando me acercaba, salió a recibirme.

—¡Ésta es mi niña! Fresca como una lechuga. Un dolorcillo aquí y allí, quizá. Tendrás que dormir tumbada de espaldas después, ¿verdad? Pero es lo que nos vendrá mejor, ¿no, nena?

Al ver que yo no contestaba, me agarró del brazo.

—¡Eh, eh! ¿Dónde están tus modales, gatita? ¿También quieres que nos encarguemos del otro lado? Porque puedo arreglarlo. —Hizo un gesto amenazador con la mano que tenía libre.

—Lo siento. No era mi intención.

—Vale, vale. —Me soltó—. Ahora vuelve a entrar ahí y dedícate a las sartenes. Y no sigas calentándome, ni a mí ni a mi amigo Horror. Mira lo que le has hecho en su bonito careto.

El hombre delgado estaba sentado en la misma mesa que antes. El botiquín de primeros auxilios de la recepción estaba abierto delante de él, y tenía un gran trozo de esparadrapo pegado a la sien derecha. Le dirigí una mirada rápida y temerosa y me fui detrás de la barra. Bala se acercó a la mesa, se sentó y los dos empezaron a hablar en voz baja, mirándome de vez en cuando.

Preparar huevos y café hizo que me sintiera hambrienta. No lograba entenderlo. Desde la aparición de aquellos dos hombres, había estado tan tensa y asustada que no habría podido tragar ni una taza de café. Por supuesto, tenía el estómago vacío a causa de los vómitos, pero, curiosamente —y para mi vergüenza—, la paliza que había recibido consiguió relajarme de alguna manera misteriosa. El dolor, al ser mucho mayor que la tensión de esperar recibir una paliza, había aplacado mi nerviosismo y ahora sentía un curioso foco de calor y tranquilidad en mi cuerpo. Todavía estaba asustada, incluso aterrorizada, pero de una manera más dócil, más fatalista. Al mismo tiempo, mi cuerpo decía que tenía hambre, quería recuperar las fuerzas, quería vivir.

Así que también preparé huevos, café y tostadas con mantequilla para mí. Después de llevarles su comida, me senté detrás de la barra, fuera de su vista, y me comí la mía; cuando terminé, encendí un cigarrillo casi con toda tranquilidad. En el mismo momento de encenderlo supe que era una estupidez. Atraería su atención

hacia mí. Peor aún, les demostraría que ya me había recuperado, que era el momento de volver a atormentarme. Pero la comida y el simple acto de consumirla, de echar sal y pimienta a los huevos y azúcar al café, fue algo casi embriagador. Formaba parte de mi antigua vida, de la de antes de que llegaran aquellos hombres, hacía ya mil años. Cada bocado, de huevos, de bacon, de tostada con mantequilla, era un acto exquisito que se adueñaba de mis sentidos. Ahora ya sabía qué era tomar comida de extranjería en la cárcel, ser un prisionero de guerra y recibir un paquete de casa, encontrar agua en un desierto, que te dieran una bebida caliente después de ser rescatado del agua. El simple acto de vivir, ¡qué bello era! Si salía de ésta, nunca lo olvidaría. Estaría agradecida por cada nueva bocanada de aire al respirar, por cada comida que recibiera; cada noche sentiría el roce fresco de las sábanas, la tranquilidad de una cama detrás de una puerta cerrada con llave. ¿Por qué nunca me había dado cuenta antes? ¿Por qué mis padres, mi religión perdida, no me lo habían enseñado nunca? En cualquier caso, ahora lo sabía. Lo había averiguado yo sola. El amor por la vida nace de la constatación de la muerte, del terror que provoca. Nada le hace a uno sentirse tan agradecido a la vida como las oscuras alas de la muerte.

Aquellos pensamientos febriles surgieron de la embriaguez que provocó en mí la comida y el hecho de consumirla detrás de la barricada del mostrador. Durante unos momentos, volví a mi antigua vida. Por eso, para aferrarme a ese momento, encendí alegremente un cigarrillo.

Tal vez un minuto más tarde, el farfalleo de las voces cesó. Por encima de los *Cuentos de los bosques de Viena* que emitía la radio, oí que arrastraban una silla y sentí pánico. Apagué el cigarrillo en el poso de mi café, me levanté y empecé a abrir con rapidez los grifos y a hacer ruido con los platos en el fregadero. No miré, pero vi que Bala cruzaba la habitación. Se acercó al mostrador y se apoyó en él. Yo levanté la mirada como si estuviera sorprendida. Todavía tenía la cerilla entre los gruesos labios de su boca ovalada y se la pasaba de un lado a otro. Llevaba una caja de Kleenex que dejó encima de la barra. Agarró un puñado de pañuelos, se sonó la nariz con ellos y luego los tiró al suelo.

—Por tu culpa he pillado un catarro, gatita —dijo en tono amable—. Por haberme hecho correr por el bosque. Este problema mío, la alopecia esta que me deja sin pelo, ¿sabes qué hace? Pues me deja también sin los pelos de la nariz. Ni uno. ¿Y sabes qué pasa? Pues que mi nariz gotea mucho cuando me resfrío. Me has hecho pillar un resfriado, gatita, y eso quiere decir una caja de pañuelos cada veinticuatro horas. O quizá más. ¿A que no se te había ocurrido? ¿A que nunca piensas en la gente que no tiene pelos en la napa? ¡Aaah! —Su mirada sin pestañas adquirió una súbita expresión de enfado—. Todas las titis sois iguales. Sólo pensáis en vosotras mismas. ¡Y los tíos con problemas que se vayan al cuerno! Sólo os interesan los tíos buenos.

—Lamento que tengas problemas —dije en voz baja, amparada por el sonido de

la radio—. ¿Por qué no lamentas tú los míos? —Hablabla con rapidez y energía—. ¿Por qué habéis venido vosotros dos y me habéis zurrado? ¿Qué os he hecho? ¿Por qué no me dejáis marchar? Si lo hacéis, os prometo que no diré una palabra a nadie. Tengo poco dinero, pero podría daros una parte. Digamos unos doscientos dólares. No puedo daros más. Tengo que llegar hasta Florida con lo que me quede. Por favor, ¿por qué no me dejáis marchar?

Bala soltó una risotada. Se volvió y llamó al hombre delgado.

—¡Eh! Tráete el paño de lágrimas, Horror. Esta tía dice que nos dará un par de cientos si dejamos que se largue.

El hombre delgado se encogió levemente de hombros, pero no hizo ningún comentario. Bala se volvió otra vez para mirarme. Su mirada era dura y despiadada.

—A ver si espabilas, gatita —dijo—. Tú estás en esta función y, además, tienes un papel estelar. Deberías estar encantada de despertar tanto interés en dos tipos importantes y ocupados como Horror y yo, y también en un pez gordo como el señor Sanguinetti.

—¿Qué función? ¿Para qué me queréis?

—Ya espabilarás por la mañana —cortó Bala con indiferencia—. Mientras, ¿por qué no cierras el pico un rato? Tanta cháchara me está matando. Quiero algo de acción. Mira qué musiquita tocan. ¿Qué te parece si nos marcamos un baile? Le ofreceremos a Horror un buen espectáculo. Después podemos irnos al catre y darle alegría al cuerpo. Venga, pollita.

Tendió los brazos hacia mí, chasqueando los dedos al ritmo de la música y esbozando unos rápidos pasos de baile.

—Lo siento. Estoy cansada.

Bala volvió a acercarse a la barra.

—¡Vaya morro! ¡A mí no me vengas con esas chorradas, putita! —dijo con furia—. Yo sí que te daré motivos para estar cansada.

De pronto, sacó una pequeña porra de piel negra y dio un golpe sordo sobre la barra, que dejó una profunda abolladura en la fórmica. Empezó a aproximarse cautelosamente al extremo de la barra, canturreando y sin apartar su mirada de la mía. Retrocedí hasta el rincón más alejado. Aquél sería mi último movimiento. De algún modo, tenía que hacerle daño antes de caer. Mi mano buscó el cajón abierto de los cubiertos y, en un único y súbito gesto, se introdujo en él y arrojó su contenido. No pudo agacharse con suficiente rapidez y una lluvia plateada de cuchillos y tenedores se dirigió hacia su cabeza. Se protegió el rostro con la mano y retrocedió entre maldiciones. Arrojé algunos más y después otros, pero sólo conseguí que se estrellaran inofensivamente alrededor de su cabeza inclinada. El hombre delgado se había levantado y cruzaba con rapidez la habitación. Yo cogí el cuchillo de trinchar para clavárselo a Bala, pero él me vio venir y me esquivó detrás de una mesa. Sin

prisa, Horror se quitó la chaqueta y envolvió con ella su brazo izquierdo; entonces ambos cogieron sillas, y con las patas hacia mí como si fueran los cuernos de un toro, cargaron contra mí desde ambos lados. Yo intenté herir a uno de ellos en un brazo sin mucho éxito; el otro hizo caer el cuchillo de mi mano, y sólo pude retroceder para volver detrás de la barra.

Sin dejar la silla, Bala fue detrás de mí, y mientras me enfrentaba a él, con una bandeja en cada mano, el hombre delgado se inclinó con un rápido movimiento sobre la barra y me cogió del cabello. Lancé las bandejas hacia los lados, pero sólo conseguí que cayeran al suelo con gran estrépito. Horror me sujetó la cabeza inclinada sobre la superficie de la barra y Bala se acercó a mí.

—Vale, Horror. Suéltala y déjamela a mí.

Sentí que me rodeaba con sus fuertes brazos, estrujándome, y que pegaba su rostro al mío para besarme con brutalidad, mientras con la mano cogía la cremallera y la bajaba desde el cuello hasta la cintura.

Y entonces se oyó el agudo sonido de una bocina delante de la puerta principal y todos nos quedamos inmóviles.

Tercera parte

Él

Capítulo 10

¿Qué es eso?

—¡Mierda! ¿Qué es eso? —Bala retrocedió y metió la mano dentro de su chaqueta de piel.

Horror fue el primero en recuperarse. Su rostro adoptó una expresión de fría cólera.

—Detrás de la puerta, Bala. No dispires hasta que yo te lo diga. Tú —me habló como si me escupiera—, arréglate un poco. Darás la cara por nosotros. Si no lo haces bien, estás muerta. ¿Entiendes? Te pegaremos un tiro. Ahora ves a la puerta y averigua quién es. Cuéntale la misma historia que nos has contado a nosotros. ¿Lo pillas? Y borra esa estúpida expresión de tu cara. Nadie te hará daño si haces lo que te digo. ¡Súbete la cremallera de una puñetera vez! —Yo me estaba peleando con ella. Estaba encallada—. Vale, tápate como puedas y muévete. Yo estaré detrás de ti. Y no lo olvides: una palabra fuera de lugar y te achicharramos la espalda. Y al tipo también. Ahora ¡en marcha!

Mi corazón latía con fuerza. De algún modo, pasara lo que pasara, ¡yo iba a salvarme!

Alguien llamaba con fuerza a la puerta. Me acerqué lentamente, sosteniendo la mitad superior de mi mono contra el pecho. ¡Sabía lo primero que tenía que hacer!

Cuando llegué a la puerta, Bala se hizo a un lado y le dio la vuelta a la llave. Ahora todo dependía de la rapidez de mis manos. Cogí el tirador de la puerta con la mano izquierda y, mientras lo giraba, mi mano derecha soltó el mono y se lanzó sobre la cadena y la abrió. Alguien soltó una maldición detrás de mí y sentí el contacto de una pistola contra mi espalda, pero ya había abierto la puerta de par en par, aplastando a Bala contra la pared. Me había arriesgado, sin saber si tal vez se trataba de la policía o de una patrulla de carretera, pensando que no dispararían. Y no lo habían hecho. Ahora todo dependía de aquel hombre solitario de pie en el umbral.

A primera vista, gimoteé por dentro: «¡Dios mío, otro de ellos!» Estaba allí, tan silencioso e impassible y, en cierto modo, con un aire tan mortífero como ellos. Además, llevaba el uniforme que uno asocia con los gánsters por culpa de las películas: una gabardina azul marino con cinturón y un sombrero flexible negro, que llevaba muy calado. Tenía un atractivo siniestro, casi cruel, y una cicatriz blanquecina le cruzaba la mejilla izquierda. Me apresuré a tapar mi desnudez con las manos. Él sonrió y, de golpe, pensé que quizá no me pasaría nada al fin y al cabo.

Cuando hablé, mi corazón dio un brinco. ¡Era inglés!

—Lo siento. He tenido un pinchazo y he visto el cartel de « Habitaciones libres ». ¿Podría darme una habitación para pasar la noche? —Y me miró con curiosidad al darse cuenta de que algo iba mal.

¡No iba a ser fácil! Podían matarnos a los dos.

—Lo lamento —dije—, pero el motel está cerrado. El cartel estaba encendido por error. —Mientras decía esto, doblé el índice de la mano con la que me tapaba el pecho para indicarle que entrara. Pareció extrañado. Tenía que darle alguna pista—. ¿El pinchazo es tan grave como para no poder llegar al lago George?

—Imposible. Ya he hecho el último kilómetro sólo con la llanta. La cubierta ya debe de haber desaparecido.

Sacudí imperceptiblemente la cabeza hacia atrás, invitándole a entrar.

—Bueno, los de la compañía de seguros están aquí enviados por el propietario. Tendré que preguntárselo. Espere ahí.

Volví a hacerle una señal con el dedo. Después me di la vuelta y avancé unos pasos hacia el interior, sin alejarme mucho de la puerta para que ninguno de los dos pudiera cerrarla. Pero ambos habían retrocedido y, con las manos en los bolsillos, me asesinaban con la mirada. El hombre de la gabardina había entendido mis señales y también entró. Cuando vio a los dos hombres, su cara adoptó una expresión astuta, pero habló con despreocupación.

—Espero que lo hayan oído todo. ¿Tienen alguna objeción en que pase la noche aquí?

—¡Jo, un inglés! —dijo Bala en tono despectivo—. ¿Qué es esto? ¿Las Naciones Unidas?

—¡Ni hablar, amigo! —se opuso a su vez, con sequedad, el hombre delgado—. Ya ha oído a la señorita. El motel está cerrado. Le echamos una mano para cambiar la rueda y sigue usted su camino.

—Esta noche ya se ha hecho un poco tarde para eso —dijo el inglés tranquilamente—. Voy hacia el sur y dudo que haya nada más en la carretera a este lado de Glens Falls. Preferiría quedarme aquí. Al fin y al cabo, el cartel está encendido.

—Ya me ha oído, jefe. —La voz de Horror había adquirido cierta dureza. Se volvió a Bala—. Venga. Le echaremos una mano al hombre con el neumático.

Pero el inglés —«Dios lo bendiga», pensé— no se movió del sitio.

—Resulta que tengo amigos en Albany, amigos importantes. Estoy seguro de que no quieren perder el permiso para operar en la zona, ¿verdad? El cartel decía « Habitaciones libres » y había luz en el edificio. Estoy cansado y exijo una habitación. —Se dirigió a mí—. ¿A usted la molesta?

—¡Oh, no! —exclamé—. En absoluto. No tardaré ni un minuto en tener lista su habitación. Estoy segura de que al señor Sanguinetti no le gustaría perder su licencia.

Me volví hacia los dos matones con los ojos muy abiertos y expresión inocente. Parecía que estuvieran a punto de sacar sus pistolas de un momento a otro, pero el hombre delgado se apartó, Bala lo siguió y hablaron unos segundos en voz muy baja. Aproveché la oportunidad para hacerle un gesto con la cabeza al inglés, que quería expresar premura y súplica, y él me dirigió otra de sus tranquilizadoras sonrisas.

El hombre delgado se dio media vuelta.

—De acuerdo, inglés. Puede quedarse, aunque no nos venga con el rollo de sus amigos de Albany. Tal vez tenga razón con lo del cartel, pero no se pase. Nosotros estamos a cargo de todo esto y lo que decimos va a misa, ¿vale?

—Por mí no hay problema. Y gracias. Iré a buscar mi maleta —y se dirigió a la puerta.

—Le echaré una mano —dije rápidamente, y salí delante de él, luchando con furia con la cremallera y avergonzada por el aspecto que debía de tener. Por suerte, súbitamente cedió y pude subírmela hasta el cuello.

Él me alcanzó. Me dirigí a él sin casi mover los labios, segura de que uno de ellos nos vigilaba desde la puerta.

—¡Gracias! ¡Y Gracias a Dios que pasó usted por aquí! Iban a matarme. ¡Por el amor de Dios, no los mire! Son delincuentes. No sé qué quieren. Debe de ser algo malo. Me dispararon cuando intenté huir.

Llegamos al coche. Era un Thunderbird biplaza de color gris oscuro con un techo descapotable de color crema. Una preciosidad, y así se lo dije. Él me contestó que lo había alquilado.

—Dé la vuelta al coche. Haga como si estuviera admirándolo —dijo mientras se inclinaba para abrir la puerta y hurgaba en el interior—. ¿Están armados?

—Sí.

—¿Cuántas armas cada uno?

—No lo sé. El más bajo es un tirador de primera, incluso a unos veinte metros. El otro no sé.

Sacó una pequeña maleta negra, la dejó en el suelo, se agachó y la abrió. Extrajo algo de debajo de la ropa y se lo metió en el bolsillo interior. Tras hurgar en uno de los laterales de la maleta, cogió también unos pequeños objetos negros, que yo tomé por cargadores, y se los guardó. Después volvió a cerrar el maletín y dijo:

—¿Teléfono?

—Cortado.

—Deme una cabaña junto a la suya.

—Claro.

—De acuerdo. Vámonos y no se separe de mí, no importa lo que ellos puedan decir o hacer.

—Sí, y gracias.

Él se puso de nuevo en pie y me sonrió.

—Espere a que hayamos salido de ésta.

Regresamos juntos. Bala, que nos había estado vigilando desde la puerta, la cerró con llave detrás de nosotros. Como si se le hubiera ocurrido en ese momento, apagó el cartel de neón.

—Aquí tiene su llave, inglés —dijo, y la dejó caer sobre una mesa.

Yo la cogí y miré el número. Cuarenta, la última de la izquierda.

—El caballero dormirá en la 10, la que está junto a la mía —decidí con firmeza, y me dirigí al mostrador, olvidando que Bala tenía todas las demás llaves.

Bala me siguió y me sonrió.

—Ni hablar, nena. No sabemos nada sobre este tipo, así que Horror y yo dormiremos uno a cada lado de tu cabaña. Para asegurarnos de que nadie te moleste. Las demás llaves ya están guardadas para la mudanza. Sólo queda la 40 y se acabó. —Se volvió hacia el inglés—. ¡Eh, inglés! ¿Cómo se llama?

—Bond. James Bond.

—Un nombre bastante tonto. De Inglaterra, ¿no?

—Exacto. ¿Dónde está el registro? Se lo deletrearé.

—Un listillo, ¿eh? ¿A qué se dedica?

—Policía.

Bala se quedó con la boca abierta. Su lengua recorrió los labios. Dio media vuelta y llamó a Horror, que estaba sentado a la misma mesa de antes.

—¡Eh, Horror! ¿A que no te lo imaginas? ¡Aquí el inglés es un poli! ¿Qué te parece? ¡Un sabueso!

—Me lo figuraba —asintió Horror—. ¿Y qué? No hemos hecho nada malo.

—Claro —dijo Bala apresuradamente—, también es verdad. —Se volvió hacia Bond—. No vaya usted a hacer caso de los rollos de esta putita. Somos de la compañía de seguros. Una especie de asesores. Trabajamos para el señor Sanguinetti. Es un pez gordo de Troy. Este garito es suyo. Los encargados se han quejado de que les había desaparecido dinero y también otras cosas. Así que nos venimos para hacer una especie de investigación, y cuando nos ponemos a preguntarle a esta chiflada, va ella y le atiza a mi amigo con un punzón de hielo en todo el careto. Mírelo usted mismo. —Señaló en dirección a Horror—. ¿Qué le parece? Cuando usted llegó estábamos intentando controlarla. —Se volvió—. ¿Verdad, Horror?

—De verdad de la buena. Tal como él ha dicho.

—¡Vaya sarta de mentiras! —dije yo encolerizada. Me fui hasta la puerta trasera y señalé el marco abollado y el agujero de la bala—. ¿Y cómo ha llegado este agujero de bala hasta aquí?

Bala se rió con ganas.

—A mí que me registren, nena. —Se dirigió a Horror—. ¿Has visto alguna bala

volando por aquí?

—No, qué va. —La voz de Horror sonaba aburrida. Señaló con gesto lánguido el suelo alrededor de la barra de la cafetería—. Pero he visto cantidad de cubiertos lanzados a mi colega por esta señorita. —Sus ojos me miraron—. ¿Verdad, señorita? Y también hay un cuchillo de trinchar por algún sitio. Me dan ganas de denunciarla por agresión mañana por la mañana.

—¡Adelante! —salté, hecha una furia—. ¡Verás lo que te pasa! Sabes perfectamente que intentaba defenderme. Y en cuanto a la historia del dinero, es la primera vez que la oigo. Y tú lo sabes.

El inglés interrumpió tranquilamente.

—Al parecer, he llegado en el momento apropiado para restablecer la paz. A ver, ¿dónde está el registro para que pueda firmarlo?

—Lo tiene el jefe —dijo Bala bruscamente—. No vale la pena que firme nada porque no va a pagar. Este garito está cerrado. La casa invita.

—Muchas gracias. Es usted muy amable. —Bond se volvió hacia mí—. ¿Podría tomar huevos con bacon? Tanta charla me ha dado hambre. Puedo prepararlos yo mismo si tiene con qué.

—¡Oh, no! —Casi me lancé detrás del mostrador—. Me encantará prepararlos.

—Muchas gracias.

Bond le dio la espalda a Bala, se acercó tranquilamente a la barra y se instaló en un taburete, dejando su maletín en el de al lado.

Por el rabillo del ojo vi que Bala daba media vuelta y se alejaba rápidamente en dirección al hombre delgado, se sentaba a su lado en la mesa y los dos empezaban a hablar con premura.

Bond les lanzó una mirada por encima del hombro, bajó del taburete, se quitó la gabardina y el sombrero y los puso encima de su maletín para después volver a sentarse. Contempló en silencio a los dos hombres a través del gran espejo que había detrás de la barra, mientras yo me afanaba en la cocina y lo observaba mediante rápidas miradas.

Medía un metro ochenta aproximadamente, era delgado y parecía estar en forma. Su rostro, enjuto, estaba ligeramente bronceado, y sus ojos, de un azul grisáceo muy claro, mientras observaban a aquellos dos hombres tenían una expresión fría y atenta. Aquellos ojos vigilantes y entrecerrados daban a su atractivo la apariencia peligrosa y casi cruel que me había asustado la primera vez que lo vi; pero ahora que sabía que también podía sonreír, pensé que su rostro era realmente excitante, con una clase de excitación que ningún otro hombre antes había provocado en mí. Llevaba una camisa blanca de suave seda, con una corbata estrecha de punto y negra que no llevaba sujeta con ningún alfiler, y su traje recto estaba hecho de una tela ligera de color azul marino que bien podría ser alpaca. Sus manos, fuertes y atractivas, descansaban

tranquilamente sobre sus brazos, cruzados sobre la barra, hasta que, con una de ellas, sacó del bolsillo inferior una pitillera de color bronce y la abrió.

—¿Quiere uno? —me invitó—. Sénior Service. Supongo que tendré que llenarla de Chesterfields a partir de ahora. —Sus labios se curvaron ligeramente al sonreír.

—No, gracias —rehusé—. Ahora no. Cuando termine de cocinar.

—A propósito, ¿cómo se llama? Es usted canadiense, ¿verdad?

—Sí, de Quebec. Pero he estado en Inglaterra durante los últimos cinco años, más o menos. Me llamo Vivienne Michel, pero mis amigos me llaman Viv.

—¿Cómo diablos se ha metido usted en este lío? Esos dos son los matones más peligrosos que he visto en años. Y Troy no es una ciudad recomendable, es una especie de suburbio para delincuentes de Albany. Apuesto lo que sea a que el más delgado acaba de cumplir una larga condena en la cárcel. El otro tiene aspecto de psicópata de la peor calaña. ¿Cómo ha sido?

Le conté brevemente lo más esencial mientras cocinaba. Él me escuchó en silencio y sin hacer comentarios. En la radio todavía sonaba la música, pero los dos delincuentes estaban sentados en silencio, observándonos, así que hablé en voz baja. Cuando terminé, le pregunté:

—¿Es verdad que es usted policía?

—No exactamente, pero me dedico a este tipo de asuntos.

—¿Quiere decir que es detective?

—Bueno, una especie de detective.

—¡Lo sabía!

—¿Cómo? —dijo riendo.

—Oh, no lo sé. Pero parece usted un poco, un poco peligroso. Y también por el arma y las municiones que sacó del maletín. ¿Tiene usted —me sentía violenta, pero tenía que saberlo—, tiene usted un cargo oficial? Quiero decir, si es usted del Gobierno.

Sonrió tranquilizadamente.

—Oh, sí. No se preocupe por eso. Y además me conocen en Washington. Si salimos bien de ésta, no me olvidaré de esos dos. —Su mirada volvía a ser fría—. Me encargaré de que los encierren por lo que le han hecho.

—¿Me cree usted?

—Por supuesto. Palabra por palabra. Pero no consigo imaginarme qué se traen entre manos. Por lo visto, actúan como si supieran que no les pasará nada, hagan lo que hagan con usted. Y ahora parece que no les preocupe que yo haya entrado en escena. No me gusta nada. ¿Han bebido algo? ¿Fuman?

—No. Ninguno de los dos.

—Tampoco me gusta eso. Sólo los profesionales no lo hacen.

Terminé de prepararle la cena y se la serví en la barra. Comió como si de verdad

estuviera hambriento. Le pregunté si estaba todo bien y él me respondió que estaba buenísimo, y yo sentí una cierta calidez en mi interior. ¡Qué suerte había tenido de que aquel hombre, precisamente él, surgiera de la nada! Me hizo sentirme humilde, como si se tratara de un milagro. Me juré a mí misma que aquella noche rezaría mis plegarias por primera vez en muchos años. Revoloteé a su alrededor con actitud servil, ofreciéndole más café y un poco de jamón para terminarse las tostadas. Finalmente, se rió amablemente de mí.

—Me está usted mimando. Lo siento, me olvidé. Es hora de que se fume un cigarrillo. Se ha ganado usted el paquete entero.

Lo encendió con un Ronson de color bronce, como la pitillera. Cuando mi mano tocó la suya, sentí que una pequeña corriente sacudía mi cuerpo. De repente me di cuenta de que estaba temblando. Rápidamente, recogí los platos y me puse a lavarlos.

—No me he ganado nada —dije—. Es tan maravilloso que esté usted aquí... Es un verdadero milagro.

Mi voz se entrecortó y me sentí como una estúpida cuando vi que me iba a echar a llorar. Me sequé los ojos con el dorso de la mano. Estoy segura de que él se dio cuenta, pero fingió no haberlo visto.

—Sí —dijo él con animación—. Ha sido un golpe de suerte. Al menos eso espero. Todavía no podemos cantar victoria. Le diré lo que haremos. Tenemos que seguir aguantando a ese par de pistoleros. Esperaremos a que hagan algún movimiento, irse a la cama, o lo que sea. ¿Quiere usted oír cómo he venido a parar aquí esta noche? La historia saldrá en los periódicos dentro de un día o dos, sólo que a mí no me mencionarán. Así que tiene usted que prometerme que olvidará mi intervención en el asunto. En realidad, es una tontería. Todas esas normas... Pero cuando trabajo tengo que seguirlas.

¿De acuerdo? Hará que se olvide de sus problemas, que, por lo que veo, han sido bastante graves.

—Sí, por favor, cuéntemelo —le pedí, agradecida—. Y se lo prometo.

Capítulo 11

Cuento antes de acostarse

Me apoyé en el borde seco del fregadero, justo a su lado, para que pudiera hablarme en voz baja... y para estar cerca de él. Rechacé un segundo cigarrillo, él encendió uno y observó durante un rato a los dos criminales a través del espejo. Yo también los miré. Los dos hombres se limitaron a devolvernos la mirada con una hostilidad pasiva, indiferente, que se esparció por la estancia como un gas venenoso. Aquella indiferencia suya y el hecho de que nos vigilaran me dio mala espina. Parecían tan poderosos, tan implacables, como si la suerte estuviera de su lado y tuvieran todo el tiempo del mundo. Pero el tal James Bond no parecía preocupado. Sólo los calibraba, como un jugador de ajedrez. Había en sus ojos una certidumbre sobre su propio poder y superioridad que me inquietó. No había visto a aquellos hombres en acción. Era imposible que supiera de lo que eran capaces; en cualquier momento podían disparar a diestro y siniestro, volarnos la cabeza como si fuera un coco en una barraca de feria, y después tirar nuestros cuerpos al lago con piedras atadas al cuello para que no flotaran. Pero, entonces, James Bond empezó a hablar y yo olvidé mis pesadillas y lo miré a la cara para escucharlo.

—En Inglaterra —dijo—, cuando un hombre, o a veces una mujer, deserta desde otro lado, del lado ruso, con información importante, existe un procedimiento rutinario. Imaginemos que es en Berlín, por ejemplo, una de las rutas que más utilizan los desertores. Para empezar, los llevan al cuartel del Servicio Secreto y los tratan con muchísimo recelo. Lo hacen para comprometer y descubrir a los agentes dobles: gente que finge desertar y que, una vez ha conseguido el visto bueno, empieza a espiarnos desde dentro, por así decirlo, y pasarle todo el material a los rusos. También hay agentes triples: gente que hace lo mismo que los agentes dobles, pero que cambia de opinión y, bajo nuestra supervisión, pasa material secreto falso a los rusos. ¿Comprende? En realidad, sólo es un juego muy complicado. Pero, claro, también lo son la política internacional, la diplomacia y todos los atributos del nacionalismo y el complejo del poder que hay entre los distintos países. Nadie quiere dejar de jugar. Es como un instinto de caza.

—Sí, ya veo. Todo esto le parece muy estúpido a mi generación. Como si jugaran al Stratego. Necesitamos más Jacks Kennedy. Todo esto es asunto de gente vieja. Deberíamos entregar el mundo a los más jóvenes, que no tienen la idea de la guerra metida en el subconsciente. Como si fuera la única solución. Es como pegar a un niño, es muy parecido. Ya no se hace, es algo de la Edad de Piedra.

Él sonrió.

—De hecho, yo estoy de acuerdo, pero no divulgue mis ideas por todas partes o me quedaré sin trabajo. En cualquier caso, una vez el desertor ha pasado por el colador de Berlín, lo meten en un avión hacia Inglaterra y se cierra el trato: tú nos dices todo lo que sabes sobre los emplazamientos de los cohetes rusos y, a cambio, te daremos un nuevo nombre, un pasaporte británico y un escondrijo donde los rusos nunca te encontrarán. Eso es lo que más los asusta, claro, que los rusos vayan a por ellos y los maten. Si están de acuerdo, pueden escoger entre Canadá, Australia, Nueva Zelanda o África. Así que, cuando ya nos han contado todo lo que saben, los enviamos al país que han elegido, y allí un comité de bienvenida a cargo de la policía local, de manera supersecreta, por supuesto, se encarga de ellos y gradualmente se les facilita un trabajo y su integración en la comunidad, como si se tratara de auténticos emigrantes. Normalmente todo va bien. Al principio echan de menos su país y les cuesta instalarse, pero siempre tienen a algún miembro del comité de bienvenida a mano para proporcionarles la ayuda que necesiten.

Bond se detuvo unos segundos para encender otro cigarrillo.

—No le estoy contando nada que los rusos no sepan. El único aspecto secreto de la operación es la dirección de estas personas. Hay un hombre, al que llamaré Boris, que se ha instalado en Canadá, en Toronto. Con él nos tocó la lotería, el gordo de la lotería. Era un importante constructor naval en Kronstadt, de alto nivel en su organización de submarinos nucleares. Huyó a Finlandia y de ahí a Estocolmo. Nosotros lo fuimos a buscar y lo llevamos a Inglaterra. Los rusos casi nunca dicen nada sobre sus desertores; sólo los maldicen y los dejan en paz. Si son importantes, reúnen a su familia y la envían a Siberia... para asustar a los indecisos. Pero con Boris fue distinto. Hicieron un llamamiento general a sus servicios secretos para que lo eliminaran. El azar quiso que una organización llamada SPECTRA se enterara del asunto.

Bond dirigió una dura mirada a los dos hombres sentados en el otro extremo de la estancia. No se habían movido. Seguían sentados allí, observando y esperando. ¿Qué? Bond se volvió de nuevo hacia mí.

—¿No la estoy aburriendo?

—¡Oh, no! Claro que no. Es emocionante. Esta gente de SPECTRA. ¿Es posible que haya leído algo sobre ellos? ¿En los periódicos?

—Seguro que sí. Hace menos de un año hubo aquel asunto de las bombas nucleares robadas. Se llamó «Operación Trueno». ¿Se acuerda? —Me pareció que su mirada se alejaba—. Fue en las Bahamas.

—¡Ah, sí! Claro que me acuerdo. Salió en todos los periódicos. Casi no podía creerlo. Parecía sacado de una novela de intriga. ¿Por qué? ¿Estuvo usted metido en eso?

Bond sonrió.

—De refilón. Pero el hecho es que nunca eliminamos del todo a SPECTRA. El jefe huyó. Era una especie de red de espionaje independiente; se llamaban a sí mismos «La Ejecutiva Especial para el Contraespionaje, Terrorismo, Venganza y Extorsión». Pues bien, aparecían una y otra vez y, como ya le he dicho, se enteraron de que los rusos querían a Boris muerto y, de algún modo, averiguaron su paradero. No me pregunte cómo. Esa gente está demasiado bien enterada para estar tranquilos. Así que se pusieron en contacto con el residente del KGB en París, el jefe local del Servicio Secreto ruso, y se ofrecieron para hacer el trabajo por cien mil libras. Es de suponer que Moscú aceptó, porque poco después Ottawa (ya sabe, la famosa Policía Montada) se puso en contacto con nosotros. Tienen un Departamento Especial con el que trabajamos bastante estrechamente en este tipo de temas, y nos informaron que había un hombre de la ex Gestapo en Toronto, un tipo llamado Horst Uhlmann, que se dedicaba a contactar con las bandas de allí, y nos preguntaron si sabíamos algo sobre él. Al parecer, quería cargarse a un extranjero sin identificar y ofrecía cincuenta mil dólares por el trabajo. Atamos cabos y alguno de los tipos brillantes de nuestro bando tuvo la corazonada de que los rusos intentaban atentar contra Boris. Así que — los labios de Bond se curvaron hacia abajo—, me mandaron a mí para que echara un vistazo.

Me sonrió.

—¿Seguro que no prefiere poner la televisión?

—¡Oh, no! Siga, por favor.

—Bueno. Ya sabe que en Toronto han tenido muchos problemas. Siempre ha sido una ciudad dura, pero ahora ha estallado una guerra a lo grande entre bandas y, probablemente, también ha leído que la Policía Montada llegó a recurrir a dos sabuesos de alto nivel del CID, el departamento de investigación criminal de la policía escocesa, para que les echaran una mano. Uno de estos tipos del CID había conseguido infiltrar a un espabilado joven canadiense en Los Mecánicos, que es el nombre de una de las bandas más salvajes de Toronto, con contactos más allá de la frontera con Chicago y Detroit. Fue este joven el que dio el soplo sobre Uhlmann y sobre lo que pretendía. Pues bien, mis colegas de la Montada y yo nos pusimos a trabajar y, para no extenderme, averiguamos que efectivamente Boris *era* el objetivo y que Los Mecánicos aceptaron hacer el trabajo el jueves pasado, es decir, hace justo una semana. Uhlmann había desaparecido y le perdimos el rastro. Todo lo que pudimos descubrir mediante nuestro hombre en Los Mecánicos fue que había aceptado encabezar el pelotón de ejecución, que consistiría en tres tiradores de alto nivel de la banda. Iba a ser un ataque frontal al piso donde vivía Boris. Nada de florituras. Se limitarían a reventar la puerta a golpe de metralleta, acribillarlo a balazos y salir corriendo. Iba a ser por la noche, justo antes de medianoche, y Los

Mecánicos vigilarían el edificio de Boris permanentemente para controlar que él llegaba a casa del trabajo y no volvía a salir.

»Pues bien, además de proteger a Boris, mi trabajo consistía principalmente en atrapar al tal Horst Uhlmann, porque ya sabíamos casi a ciencia cierta que era un hombre de SPECTRA, y una de mis misiones es ir detrás de esta gente. Por supuesto, no podíamos dejar que Boris corriera peligro, pero si lo llevábamos a un lugar seguro, no habría atentado contra su vida y tampoco Uhlmann. Así que me vi obligado a hacer una sugerencia de lo más desagradable, por lo menos para mí. —Bond sonrió con tristeza—. Viendo sus fotografías, había notado que había un parecido superficial entre Boris y yo: era más o menos de mi edad, altura, moreno y sin barba. Así que lo estuve observando desde un coche patrulla camuflado, y me fijé en cómo andaba y en la ropa que llevaba. Después sugerí que nos lleváramos a Boris el día antes del atentado y yo ocuparía su lugar en el camino de vuelta a su casa.

—No hubiera debido arriesgarse tanto —no pude evitar decir con ansiedad—. Imagínese que llegan a cambiar de plan, que deciden hacerlo cuando usted bajaba por la calle o con una bomba de relojería o algo así.

Él se encogió de hombros.

—Ya pensamos en eso. Era un riesgo calculado y para eso me pagan —sonrió—. En cualquier caso, aquí estoy. Pero el paseo por aquella calle no fue nada agradable y me alegré de poder entrar en el edificio. Los de la Montada se habían apostado en el piso situado delante del de Boris y yo sabía que no me pasaría nada, que sólo tenía que hacer de cebo mientras los demás pescaban al pez. Podría haberme quedado fuera del piso, escondido en cualquier lugar del edificio hasta que todo hubiera terminado, pero tenía la corazonada de que el cebo había de ser auténtico, y acerté, porque a las once sonó el teléfono y una voz de hombre preguntó: «¿Está el señor Boris?», usando su nombre falso. Yo respondí: «Sí, ¿quién es?», intentando poner acento extranjero, y el hombre dijo: «Gracias. Le llamo de la Guía Telefónica. Estamos comprobando los números de su distrito. Buenas noches». Le di también las buenas noches y agradecí a mi buena estrella haber estado allí para coger aquella llamada falsa, cuyo único fin era saber si Boris estaba en casa.

»La última hora fue de gran tensión. Iba a haber muchos tiros y, probablemente, muchos muertos, y a nadie le gusta esa perspectiva aunque no crea que le van a dar a él. Yo tenía un par de armas de las que dejan seco a cualquiera, y a las doce menos diez ocupé mi posición a la derecha de la puerta y me preparé para el caso de que Uhlmann o alguno de sus secuaces consiguieran abrirse paso hasta allí, a pesar de los de la Montada. A decir verdad, a medida que pasaban los minutos y me imaginaba acercándose por la calle el coche de los asesinos, a aquellos hombres saliendo en tropel del automóvil y subiendo las escaleras sin hacer ruido, deseé haber aceptado el ofrecimiento de la Montada de que uno de sus hombres compartiera conmigo aquella

vigilia, como ellos lo llamaban. Pero es que habría sido un *tête-à-tête* de cinco horas y, además de no saber de qué hablaríamos durante tanto tiempo, siempre he preferido trabajar solo. Yo soy así. Bueno, los minutos y los segundos fueron pasando y, justo a la hora convenida, a las doce menos cinco, oí las pisadas presurosas de unas suelas de goma y, entonces, se armó la gorda.

Bond hizo una pausa. Se pasó la mano por la cara. Con ese gesto parecía como si quisiera aclararse las ideas o borrar algún recuerdo de su mente. Después encendió otro cigarrillo y siguió hablando.

—Oí que el teniente a cargo del grupo de la policía gritaba: «¡Policía! ¡Atrapadlos!» Y luego se oyó una mezcla de disparos y ráfagas de sulfatadora —sonrió—, perdón, de metralleta, y alguien gritó. Entonces el teniente exclamó: «¡Cogedlo!» y, a continuación, la cerradura voló por los aires junto a mí y un hombre entró en tromba. Sostenía una metralleta humeante contra la cadera, que es la manera correcta de sujetarla, y se volvió a izquierda y derecha buscando a Boris. Yo sabía que era Uhlmann, el antiguo miembro de la Gestapo. En este tipo de trabajo, uno debe aprender a reconocer a un alemán, o a un ruso, y a éste lo tenía a tiro. Disparé apuntando a su arma, que le cayó de las manos. Pero él fue muy rápido. Saltó detrás de la puerta abierta. Aquella puerta sólo era una delgada lámina de madera. No iba a arriesgarme, porque él podía tener otra arma y disparar primero; así que disparé en zigzag a través de la puerta con las rodillas ligeramente dobladas. Y menos mal que lo hice así, porque él a su vez disparó una ráfaga que casi me peina con raya cuando mis rodillas estaban a punto de tocar el suelo. Dos de mis disparos le habían alcanzado, en el hombro y la cadera derechos; cayó detrás de la puerta y se quedó quieto.

»Los restos de la batalla que tenía lugar en el exterior se habían desplazado escaleras abajo a la caza de los pistoleros, pero un policía herido apareció súbitamente a gatas en la entrada de la habitación para ayudarme. Preguntó: “¿Le echo una mano, amigo?”, y Uhlmann disparó a aquella voz a través de la puerta y, bueno, mató a aquel hombre. Pero eso me permitió saber a qué altura estaba el arma de Uhlmann y disparé casi al mismo tiempo que él; después salí corriendo hacia el centro de la habitación para rematarlo si era necesario. Pero no lo fue. Todavía estaba vivo; y cuando los restantes policías volvieron a subir, lo llevamos abajo, lo metimos en una ambulancia e intentamos conseguir que hablara en el hospital. Pero no lo hizo (el entrenamiento de la Gestapo y SPECTRA es muy bueno), y murió a la mañana siguiente.

Bond me miró a los ojos, pero sin verme.

—Nosotros perdimos a dos hombres y otro fue herido —dijo—. Ellos tuvieron dos bajas: el alemán y uno de su pandilla; el resto no durará mucho. El campo de batalla no era un panorama agradable y, bueno —su rostro adquirió una expresión de

cansancio—, ya he visto cosas así demasiadas veces. Una vez hechas las distintas autopsias, yo sólo quería largarme. Mis superiores, y la Policía Montada los apoyó, querían que informara de todo el asunto a Washington, a nuestros homólogos estadounidenses, para que nos ayudaran a eliminar la rama americana de la banda de Los Mecánicos. Los Mecánicos habían sufrido un serio revés y el Departamento Especial de la Montada creyó que sería una buena idea seguirles la pista antes de que tuvieran tiempo de recuperarse. Dije que de acuerdo, pero que me gustaría ir en coche y no que me metieran en un avión o en un tren. Me lo permitieron con la condición de que no tardara más de tres días. Así que alquilé ese coche y salí esta mañana al amanecer. Todo iba bien y avanzaba a una buena velocidad cuando me vi rodeado por una puñetera tempestad, supongo que los restos de la que sufrió usted. Quería llegar al lago George para pasar la noche allí, pero parecía un sitio tan horrible que, cuando vi un cartel en una carretera secundaria con un anuncio de este motel, decidí arriesgarme. —Me sonrió y pareció que volvía a animarse—. Tal vez algo me dijo que usted estaba al final del camino y que tenía problemas. En cualquier caso, tuve un reventón a un kilómetro de distancia y aquí estoy. —Volvió a sonreír y puso su mano sobre la mía—. ¡Es curioso cómo ocurren estas cosas!

—Pero debe de estar usted absolutamente agotado después de conducir tanto.

—Tengo algo para estos casos. Sea una buena chica y prepáreme otra taza de café.

Mientras yo preparaba la cafetera, él abrió su maletín y sacó un frasquito de pastillas blancas. Se metió dos en la boca y, cuando yo le serví el café, se las tragó.

—Benzedrina. Esto me mantendrá despierto toda la noche. Ya dormiré mañana. —Su mirada se dirigió al espejo—. Vaya, aquí vienen. —Me dirigió una sonrisa para darme valor—. No se preocupe y váyase a dormir. Me encargaré de que no tenga problemas.

La música de la radio se fue apagando y la señal horaria dio las doce de la noche.

Capítulo 12

¡Dormir, tal vez morir!

Mientras Bala se dirigía a la puerta de atrás y salía al exterior, el hombre delgado se acercó lentamente a nosotros y se apoyó en el borde de la barra.

—Bueno, muchachos. Dejadlo ya. Es medianoche y vamos a cortar la electricidad. Mi amigo ha ido a buscar lámparas de aceite de emergencia al almacén. No debemos malgastar la luz, son órdenes del señor Sanguinetti.

Sus palabras sonaban amistosas y razonables. ¿Habían decidido renunciar a sus planes, fueran los que fueran, a causa de Bond? Yo lo dudaba. Los pensamientos que la historia de Bond había conseguido hacerme olvidar volvieron a mí. Tendría que dormir con aquellos dos hombres en las cabañas de al lado. *Tenía* que conseguir que mi habitación fuera inexpugnable. ¡Pero ellos poseían la llave maestra! Debía conseguir que Bond me ayudara.

James Bond bostezó exageradamente.

—Bueno, la verdad es que necesito dormir un poco. Hoy he recorrido un largo camino y mañana me espera una dura jornada. Y ustedes también deben de tener ganas de acostarse, con todos los problemas que conlleva su profesión.

—¿Perdón? —La mirada del hombre delgado se aguzó.

—Tienen ustedes un trabajo de mucha responsabilidad.

—¿Qué trabajo?

—Eso de ser asesores en materia de seguros, y en una propiedad tan valiosa como ésta. Debe de valer medio millón de dólares, diría yo. A propósito, ¿tienen ustedes alguna prima?

—No. El señor Sanguinetti no necesita dar primas a la gente que trabaja para él.

—Pues tiene mucho mérito. Debe de contar con un personal muy bueno y por eso confía tanto en él. Por cierto, ¿cómo se llama su compañía de seguros?

—Metro Accident & Home. —El hombre delgado seguía apoyado en la barra, pero su grisáceo rostro estaba tenso—. ¿Por qué? ¿A usted qué le importa, jefe? ¿Por qué no se deja de tanta cháchara y habla claro?

—La señorita Michel me estaba diciendo que el motel no iba bien —dijo Bond despreocupadamente—. Supongo que el establecimiento no ha entrado en la Asociación o Agrupación de Moteles. Es difícil hacer negocios sin pertenecer a esos organismos. Y, además, tomarse tantas molestias en enviarlos aquí para contar los cubiertos y apagar las luces y todo lo demás —dijo Bond con expresión comprensiva—. Se me ha ocurrido que tal vez el negocio estaba con el agua al cuello. ¡Qué pena!

La ubicación es muy buena y las instalaciones también.

El tono rojizo que, por desgracia, yo ya había visto antes apareció en los ojos del hombre delgado.

—¿Qué tal si deja de rajar, jefe? Ya no aguanto más su rollo de inglés, ¿lo pilla? ¿Quiere decir que hay algo ilegal? ¿Que nos dedicamos a los chanchullos?

—No se cabree, señor Horowitz, y no se haga el llorón. —Bond sonrió ampliamente—. Yo también sé hablar como usted. —Su sonrisa desapareció bruscamente—. Y también sé qué tipo de gente habla así. ¿Lo pilla usted?

Supongo que se refería a que sólo los delincuentes, la carne de prisión, usan ese lenguaje. Desde luego, el hombre delgado sí lo pensó porque pareció sorprendido, pero enseguida superó su cólera y sólo dijo:

—Vale, listillo. Ya me he quedado con la película. Todos los polis sois iguales: buscando mierda donde no la hay. ¿Dónde coño está mi colega? Venga, a planchar la oreja.

Cuando salíamos todos por la puerta de atrás, las luces se apagaron. James Bond y yo nos detuvimos, pero el hombre delgado siguió andando por el porche como si pudiera ver en la oscuridad. Bala apareció por la esquina del edificio llevando dos lámparas de aceite y nos dio una a cada uno. En su cara imberbe, amarillenta bajo aquella luz, se dibujó una mueca de sonrisa.

—¡Felices sueños, amigos!

Bond me acompañó hasta mi cabaña, entró conmigo y cerró la puerta.

—No tengo ni la más puñetera idea de lo que se traen entre manos, pero lo primero que haré es asegurarme de que usted duerma con todo bien cerrado. Veamos.

Recorrió la habitación, examinando los pestillos de la ventana, inspeccionando las bisagras de la puerta y calculando las dimensiones de las rejillas de ventilación. Pareció satisfecho.

—Sólo hay esta puerta —dijo—. Según me ha contado, ellos tienen la llave maestra. Pondremos cuñas en la puerta y, cuando yo me vaya, coloque la mesa delante para apuntalar más la puerta.

Entró en el baño, arrancó unas tiras de papel higiénico, las mojó y las modeló en forma de cuñas sólidas. Embutió unas cuantas bajo la puerta, hizo girar el pomo y tiró. Las cuñas aguantaron, pero si alguien golpeaba la puerta con fuerza, seguramente cederían. Volvió a sacar las cuñas y me las dio. Después acercó su mano al cinturón de sus pantalones y sacó un pequeño revólver chato.

—¿Alguna vez ha disparado con esto?

—Cuando era joven —dije—, disparé contra conejos con una pistola de tiro de cañón largo del 22.

—Vale. Ésta es una Smith and Wesson de precisión de las que usa la policía. Recuerde que debe apuntar bajo. Sujete el arma con los brazos estirados así. —Me

mostró cómo—. Y procure apretar suavemente el gatillo, no darle con brusquedad. Aunque en realidad no importa, porque yo lo oiré y vendré corriendo. Recuérdelo. Está totalmente protegida. Las ventanas son sólidas y no hay manera de atravesar los paneles de cristal, ni de romperlos. —Sonrió—. Confíe en los diseñadores de moteles. Saben todo lo que hay que saber sobre cómo impedir que entren los ladrones. Esos matones no dispararán contra usted a través de ellas en la oscuridad, pero, por si acaso, deje la cama donde está y hágase una con unos cuantos cojines y sábanas en el suelo, en la esquina más alejada. Ponga la pistola bajo la almohada. Coloque la mesa delante de la puerta y sitúe el televisor en el borde, de manera que, si alguien intenta abrir la puerta, éste caiga. Eso la despertará, y entonces dispara un solo tiro a través de la puerta, cerca del tirador, donde estará el hombre, y espere a oír su grito. ¿Comprende?

Yo asentí, aparentando toda la animación de la que era capaz, y deseé que se quedara en la habitación conmigo. Pero no me sentía con fuerzas para pedírselo y, en cualquier caso, él parecía tener sus propios planes.

Él se acercó y me besó suavemente en los labios. Yo me quedé tan sorprendida que permanecí allí de pie sin decir nada.

—Lo siento, Viv, pero eres una chica muy linda. Con ese mono, pareces el mecánico más guapo que he visto nunca. Y ahora no te preocupes. Duerme un poco. Yo velaré por ti.

Le rodeé el cuello con los brazos y le devolví el beso, con fuerza, en la boca.

—Eres el hombre más maravilloso que he conocido en mi vida. Gracias por estar aquí. Y por favor, James, ¡ve con cuidado! No has visto lo que yo. Son realmente peligrosos. Por favor, no dejes que te hagan daño.

Él volvió a besarme, pero sólo ligeramente, y yo le solté.

—No te preocupes. Ya he visto antes tipos de esa calaña. Ahora haz lo que te he dicho y duerme un poco. Buenas noches, Viv.

Y se fue.

Me quedé contemplando la puerta unos instantes y, después, fui a cepillarme los dientes y a prepararme para dormir. Me miré en el espejo. Tenía una pinta horrible: pálida, sin maquillaje y con profundas ojeras bajo los ojos. ¡Vaya día! ¡Y ahora esto! ¡No podía perderlo! ¡No podía dejarlo marchar! Pero en el fondo sabía que tendría que hacerlo. Él seguiría su camino solo y yo también. Ninguna mujer había podido atar a aquel hombre. Y ninguna lo conseguiría jamás. Era un solitario, un hombre que caminaba solo y no entregaba su corazón a nadie. Odiaba comprometerse. Suspiré. De acuerdo. Lo haría a su manera. Dejaría que se marchara. No lloraría cuando lo hiciera. Ni tampoco después. ¿Acaso yo no era la chica que había decidido vivir sin corazón?

¡Muchacha estúpida! ¡Muchacha estúpida y caprichosa! ¡Vaya momento para

divagar como una chiquilla en una revista femenina! Sacudí la cabeza enfadada, fui al dormitorio y me puse a llevar a cabo lo que tenía que hacer.

El viento todavía soplaba con fuerza y las agujas de los pinos chocaban violentamente contra la ventana de atrás. La luna, que se filtraba a través de las veloces nubes, iluminaba los dos cuadros superiores de cristal a cada extremo de la habitación y brillaba de manera siniestra a través de las finas cortinas rojas. Cuando la luna se ocultó detrás de las nubes, el foco de luz rojiza se apagó y sólo quedó el amarillo y débil reflejo de la lámpara de aceite. Sin la iluminación eléctrica, aquella habitación rectangular parecía el decorado de una película de miedo. Los rincones estaban a oscuras y parecía como si la habitación estuviera esperando a que el director llamara a los actores para que salieran de la sombras y decirles lo que tenían que hacer.

Intenté no ponerme nerviosa, pegué el oído a las paredes de la izquierda y de la derecha, pero, con la separación del cobertizo para los coches, no podía oír nada. Antes de montar la barricada, abrí la puerta silenciosamente y salí para mirar a mi alrededor. Una luz brillaba tenuemente en la cabaña 8, la 10 y en la 40 de James Bond, en la distancia hacia la izquierda. Todo estaba tranquilo, silencioso. Después eché un último vistazo a mi alrededor desde el centro de la habitación. Había hecho todo lo que me había dicho. Recordé las plegarias que debía rezar y me arrodillé allí mismo, y luego en la alfombra, y las recité. Di las gracias, pero también supliqué. Finalmente, me tomé dos aspirinas, apagué la lámpara de aceite soplando sobre la llama y me tumbé en mi cama preparada en el suelo, en un rincón. Después de bajarme la cremallera delantera del mono y de desatarme los cordones de los zapatos, pero sin quitármelos, me acurruqué bajo las mantas.

Nunca tomo aspirinas ni ninguna clase de pastillas. Las que acababa de tomar, después de leer atentamente las instrucciones, las había sacado de un pequeño botiquín de primeros auxilios que mi pragmática mentalidad me aconsejó incluir en mi exiguo equipaje. Estaba agotada, muerta de cansancio, y las pastillas, para mí tan fuertes como la morfina, consiguieron que no tardara en entrar en un delicioso estado de semivigilia en el que no existía peligro alguno, sólo un rostro sombrío y excitante y el reciente descubrimiento de que ese tipo de hombres realmente existía. Todavía me puse más sentimental y rememoré el primer roce de sus manos cuando me dio fuego con su mechero, pensé en cada uno de los besos por separado y luego, pero sólo después de recordar vagamente el arma y de deslizar la mano bajo la almohada para asegurarme de que estaba allí, me dormí profundamente.

Lo siguiente que permanece en mi memoria es que desperté. Me quedé tumbada unos instantes, intentando recordar dónde estaba. El viento había cesado y todo estaba en silencio. Vi que estaba tumbada boca arriba. ¡Por eso me había despertado! Me quedé un momento mirando la habitación y el retazo rojo que colgaba en la pared

de enfrente. La luna había vuelto a aparecer. ¡Qué mortalmente silencioso estaba todo! El silencio era cálido y consolador después de tantas horas de tormenta. Empecé a sentirme soñolienta de nuevo y me giré de lado, de cara a la habitación. Cerré los ojos, pero, cuando el sueño estaba a punto de apoderarse de mí, mi mente notó algo raro. Mis ojos, antes de cerrarlos, habían notado algo inusual en la habitación. Sin muchas ganas, volví a abrirlos. Tardé unos minutos en reconocer lo que había visto. Unos débiles rayos de luz se filtraban entre las rendijas de las puertas del armario ropero en la pared de enfrente.

¡Qué tonta! No había cerrado bien las puertas y la luz automática interior no se había apagado. Un tanto reacia, me levanté de la cama. ¡Qué fastidio! Y, cuando apenas había dado dos pasos en dirección al armario, me acordé de repente. ¡Pero si no había luz en el interior del armario! ¡Habían cortado la electricidad!

Me quedé allí quieta unos segundos, con la mano en la boca, y cuando iba a lanzarme a coger la pistola, las puertas del armario se abrieron de golpe y de él surgió la figura agazapada de Bala que, con una linterna en una mano y algo que colgaba en la otra, se abalanzó sobre mí.

Creo que solté un grito agudo, pero quizá sólo lo hice por dentro. Seguidamente, algo chocó contra mi cabeza y me dejé caer al suelo. Todo se oscureció a mi alrededor.

Mis primeras sensaciones al recobrar el conocimiento fueron de un calor terrible y de que alguien me arrastraba por el suelo. Después noté el olor a quemado, vi las llamas e intenté gritar. Me di cuenta que de mi garganta sólo surgía el gimoteo de un animal y empecé a sacudir las piernas. Pero aquellas manos me sujetaban los tobillos con firmeza; noté unos golpes dolorosos que se añadieron al fuerte dolor de cabeza y que alguien me arrastraba hacia los árboles por la hierba húmeda. De improviso, mis piernas quedaron libres; el hombre se arrodilló a mi lado y me puso una mano firme sobre la boca. Una voz junto al oído, la voz de James Bond, susurró con premura:

—¡No digas nada! ¡Quédate quieta! Todo va bien, soy yo.

Alargué una mano y le toqué el hombro. Estaba desnudo. Se lo apreté para tranquilizarlo y él quitó su mano de mi boca.

—¡Espera ahí! ¡No te muevas! Volveré enseguida. —Y se alejó silenciosamente.

¿Silenciosamente? No hubiera importado que hiciera ruido. Se oía un tremendo estruendo y las llamas crepitaban detrás de mí, mientras un reflejo anaranjado se reflejaba en los árboles. Me puse de rodillas con cuidado y, con gran dolor, volví la cabeza. Una enorme muralla de fuego se extendía a mi derecha, a lo largo de las cabañas. ¡Dios mío! ¡De la que me había salvado! Me palpé el cuerpo y el cabello con las manos. Estaba intacta. Sólo sentía un dolor punzante en la parte posterior de la cabeza. Vi que podía ponerme de pie, me levanté e intenté pensar en lo que había pasado. Pero no podía recordar nada posterior al momento del golpe. Debían de haber

pegado fuego al motel y, de algún modo, James había conseguido llegar hasta mí a tiempo y me había arrastrado hasta los árboles de la parte trasera.

Oí un crujido entre los árboles y apareció él. No llevaba ni camisa ni chaqueta, pero sí una especie de correa que le cruzaba el pecho bronceado y sudoroso, brillante bajo la luz de las llamas, y un arma automática pesada colgaba, con la culata hacia abajo, bajo su axila izquierda. Sus ojos brillaban por la tensión y la excitación, y su rostro manchado de hollín y su cabello alborotado le conferían un aspecto de pirata, bastante amenazante.

Sonrió sombríamente y señaló las llamas con la cabeza.

—De eso iba el juego: quemar el garito y cobrar el seguro. Están organizándolo todo para que las llamas lleguen al edificio de recepción, esparciendo polvo de termita a lo largo del porche. Me importa un rábano. Si los detengo ahora, sólo estaría salvándole la propiedad al señor Sanguinetti. Con nosotros como testigos, ni siquiera llegará a ver el dinero del seguro y, además, irá a parar a la cárcel. Así que esperaremos un poco y dejaremos que se arruine del todo.

De repente me acordé de mis preciosas pertenencias.

—¿Podemos salvar la Vespa? —pregunté humildemente.

—Desde luego, sólo has perdido tu elegante ropa... si la dejaste en el baño. Cogí la pistola cuando fui a por ti y tiré tus bolsas fuera. Acabo de ir a rescatar tu Vespa. Parece que está en buen estado. Lo he escondido todo entre los árboles. Los cobertizos serán los últimos en quemarse. Las paredes de ambos lados son de obra. Han utilizado una bomba de termita para cada cabaña; es mejor un cóctel molotov. Abulta menos y no deja rastro alguno para los sabuesos del seguro.

—¡Pero podías haberte quemado!

Su blanca sonrisa brilló en la oscuridad.

—Por eso me quité la chaqueta. Debo parecer respetable en Washington.

A mí no me pareció divertido.

—¿Y tu camisa?

Se produjo un fuerte estrépito y una gran lluvia de chispas a lo largo de la fila de cabañas.

—Ahí está mi camisa —dijo Bond—. Con todo el techo encima de ella. —Hizo una pausa y se pasó la mano por su cara sucia y sudorosa, con lo que todavía se volvió más negra—. Tenía el presentimiento de que algo así iba a pasar. Tal vez hubiera debido estar mejor preparado. Por ejemplo, podría haber ido a cambiar la rueda de mi coche. Si lo hubiera hecho, ahora podríamos irnos. Podríamos haber rodeado las cabañas y salir corriendo. Llegar hasta el lago George o Glens Falls y llamar a la poli; pero pensé que si arreglaba lo del coche, nuestros amigos tendrían una excusa para decirme que me largara. Podía negarme, claro, o decir que no me iba sin ti, pero pensé que la cosa podría acabar a tiros. Necesitaría mucha suerte para

cargarme a esos dos, sobre todo si me disparaban primero a mí. Y conmigo fuera de juego, volverías a estar como al principio, y eso sí que sería malo. Tú eras una parte muy importante de su plan.

—Siempre me lo pareció, pero ignoraba por qué. Sabía, por la manera como me trataban, que yo no les importaba, que podían prescindir de mí. ¿Para qué me querían?

—Tú ibas a ser la causa del fuego. Sanguinetti sólo necesitaba las pruebas que le proporcionarían sus encargados, los Phancey, que por supuesto están metidos en esto hasta el cuello.

Me acordé de cómo cambió su actitud hacia mí el último día; el desprecio con el que me habían tratado, como si fuera basura, como algo que se podía tirar.

—Ellos dirían —prosiguió Bond— que te habían dicho que cortaras la electricidad, una orden razonable teniendo en cuenta que el establecimiento cerraba, y que usaras lámparas de aceite durante la última noche. Se encontrarían los restos de la lámpara de aceite. Tú te habrías ido a dormir con la luz encendida y ya está. Los edificios tienen mucha madera y el viento hizo el resto. Mi aparición fue un estorbo, pero sólo eso. También habrían encontrado mis restos o, en cualquier caso, mi coche, la correa del reloj y el metal de mi maleta. No sé qué habrían hecho con mi pistola y la que tenías bajo la almohada. Las dos podían incriminarlos. La policía habría comprobado el coche con Canadá y los números de las pistolas con Inglaterra, y con eso habrían podido identificarme. Así que, ¿por qué estaba mi otra pistola bajo tu almohada? Eso habría dado qué pensar a la policía. Si éramos, en fin, algo así como amantes, ¿por qué dormía yo tan lejos de ti? A lo mejor es que los dos habíamos sido muy púdicos y habíamos dormido lo más lejos posible el uno del otro, y yo había insistido en que te quedaras con una de mis pistolas como protección para una chica sola en medio de la noche. No sé cómo lo habrían arreglado. Pero creo que nuestros amigos, después de que yo les dijera que era policía, posiblemente pensaron en pistolas y en otras armas incriminatorias, que el fuego no destruiría, y decidieron que esperarían unas horas; después volverían a buscar entre las cenizas para deshacerse de estos objetos problemáticos. Tendrían que ser muy cuidadosos en su búsqueda y, desde luego, no dejar huellas en las cenizas. Pero esa gente son profesionales —su boca se curvó hacia abajo—, desde su punto de vista, claro.

—Pero ¿por qué no te mataron?

—Lo hicieron o, mejor dicho, pensaron que lo habían hecho. Cuando te dejé y me fui a mi cabaña, pensé que si querían hacerte algo, primero tendrían que deshacerse de mí. Así que puse una especie de muñeco en mi cama. Me salió bastante bien. Lo he hecho antes y ya lo tengo por la mano. No sólo debes disponer de algo que parezca un cuerpo en la cama, porque eso se puede hacer con almohadas, toallas y sábanas. También debes tener algo que pueda parecer cabello puesto encima de la almohada.

Esta vez lo hice con un puñado de agujas de pino, las suficientes para amañar una mata oscura en la almohada con las sábanas subidas hasta arriba. Todo muy artístico. Después colgué la camisa en el respaldo de una silla, junto a la cama; otro truco muy útil que da la idea de que el propietario de la camisa está dentro de la cama. Dejé la lámpara de aceite encendida, pero baja, para facilitarles la puntería, aunque sean muy hábiles. Puse unas cuantas cuñas chapuceras bajo la puerta y apuntalé una silla bajo el tirador de la puerta para darles la sensación de que había tomado precauciones. Luego llevé mi maletín a la parte de atrás y esperé escondido entre los árboles. —James Bond se rió con amargura—. Me dieron una hora y después se acercaron tan silenciosamente que no se oyó nada. Luego sí, oí como abrían la puerta a golpes y una sucesión de disparos apagados, pues usaban silenciador. Más tarde, todo el interior de la cabaña voló por los aires gracias a la termita. Pensé que había sido muy listo, pero resultó que no lo suficiente. Tardé casi cinco minutos en abrirme camino entre los árboles y llegar a tu cabaña. No estaba preocupado, porque pensé que ellos también tardarían lo mismo en poder entrar en ella, y si oía tu pistola, estaba dispuesto a salir a campo través. Pero en algún momento de la noche, seguramente cuando Bala realizaba la inspección de las cabañas de las que me hablaste, abrió un agujero en el tabique situado detrás de tu armario y lo tapó con una lona cubierta de yeso que pudiera cortar con un buen cuchillo. No sé si volvió a poner la piedra suelta en su sitio. En cualquier caso, no tenía por qué hacerlo. Ninguno de los dos tuvimos ocasión de entrar en el cobertizo de la número 8 y tampoco teníamos motivos para ello. Si hubieras estado sola, se habrían encargado de mantenerte alejada de allí. Sea como fuera, lo primero que vi fue la explosión en tu cabaña. Me eché a correr como un loco, cruzando por detrás de los cobertizos, mientras los oía alejarse por delante de la hilera de cabañas, abriendo puertas y tirando bombas en el interior y después cerrándolas para que todo estuviera en el lugar correcto.

Durante todo el relato, Bond había estado echando vistazos de vez en cuando a los tejados de las cabañas.

—Ya han terminado. Tengo que ir a por ellos. ¿Cómo te encuentras, Viv? ¿Te duele algo? ¿Y la cabeza?

—¡Oh, estoy bien! —dije, impaciente—. Pero, James, ¿por qué tienes que ir a por ellos? Deja que se vayan. ¿A quién le importa? Podrían hacerte daño.

—No, querida —dijo él con firmeza—. Casi nos matan a los dos. En cualquier momento pueden volver y advertir que la Vespa no está, y entonces habremos perdido la ventaja del efecto sorpresa. Además, no puedo permitir que se salgan con la suya. Son asesinos. Mañana podrían matar a otra persona —sonrió alegremente—. Además, ¡se han cargado mi camisa!

—De acuerdo, pero déjame que te ayude —le tendí la mano—. Y tendrás mucho cuidado, ¿verdad? No puedo apañarme sin ti. No quiero volver a estar sola.

Ignoró mi mano y dijo, casi con frialdad:

—No te apoyes en el brazo donde tengo el arma, sé buena chica. Esto es algo que tengo que hacer. Es sólo un trabajo. Y ahora —me dio la Smith and Wesson— ve por los árboles sin hacer ruido hasta el cobertizo número 3. Está oscuro y el viento empuja el fuego hacia el otro lado. Desde allí podrás ver sin que te vean. Si necesito ayuda, sabré donde encontrarte, así que no te muevas. Si te llamo, ven corriendo. Si me pasa algo, bordea el lago y aléjate lo más posible. Después del incendio, mañana habrá mucha policía por aquí y podrás volver y ponerte en contacto con ellos. Te creerán. Si discuten, les dices que llamen a la CIA en Washington y verás mucha acción. Sólo diles quién era yo. Mis atribuciones incluyen un número: una especie de número de identificación. Es el 007. Intenta no olvidarlo.

Capítulo 13

Llega el turno de las pistolas

«Quién *era*, diles quién *era*...»

¿Por qué tenía que decir algo así, darle esa idea a Dios, al Destino o quienquiera que estuviera al cargo esa noche? Uno nunca debería expresar sus pensamientos más negros. Éstos se expanden, como las ondas radiofónicas, y se unen a la corriente de conciencia colectiva en que nadamos todos. Si en aquel momento, Dios o el Destino están escuchando por casualidad en la misma longitud de onda, puede ser que ocurra. La insinuación de un pensamiento fúnebre puede ser malinterpretada. ¡Entendida como una petición!

Así que tampoco yo debo pensar en ese tipo de cosas o estaré añadiendo mi propio peso a las ondas oscuras del destino. ¡Qué tontería! Había aprendido este tipo de patrañas de Kurt. Él siempre hablaba de «reacciones cósmicas en cadena», «criptogramas de la fuerza vital» y demás tonterías germánicas que yo me tragué con avidez como si él fuera, tal como había insinuado a veces, el «Centro dinámico», o al menos parte de él, que controlaba todas esas fuerzas.

Por supuesto, James Bond había dicho eso sin darle importancia, como quien cruza los dedos, como los esquiadores que yo había conocido en Europa, que decían «*Hals und Beinbruch!*» a sus amigos antes de que iniciaran un eslálom o una prueba de descenso. Desearles «Que te rompas el cuello y la pierna» antes de empezar servía para evitar accidentes, para invocar lo contrario al mal de ojo. Bond sólo estaba siendo «británico» —eché mano del tópico para animarme—. Pues bien, a mí me habría gustado que no lo fuera tanto. Las luchas con pistolas, los delincuentes y los intentos de asesinato formaban parte de su trabajo, de su vida, pero no de la mía, y le culpé por no ser más sensible, más humano.

¿Dónde estaba ahora? ¿Abriéndose paso entre las sombras, con la sola ayuda de la luz de las llamas para cubrirlo, aguzando sus sentidos para presentir el peligro? ¿Y qué hacía el enemigo ahora, aquellos dos matones que él despreció con tanta rapidez? ¿Le estaban tendiendo una emboscada? ¿Oiría de repente el estruendo de los disparos y después los gritos?

Llegué al garaje de la cabaña número 3 y, palpando la tosca pared de piedra, me guié a través de la oscuridad. Recorrí los últimos metros con gran precaución y miré desde la esquina las oscilantes llamas y sombras de las otras cabañas y del edificio de recepción.

No se veía a nadie, sólo el movimiento de las llamas, que el viento agitaba

intermitentemente para avivar el incendio. El fuego prendió en algunos de los árboles que bordeaban el bosque y de sus ramas moribundas saltaban las chispas en dirección a la oscuridad. De no ser por la tormenta, habría estallado un incendio forestal, y ¡entonces sí que la chica maltratada habría dejado su huella en Estados Unidos de América! ¿Hasta dónde se habría extendido con la ayuda del viento? ¿Diez kilómetros? ¿Veinte? ¿Cuántos árboles, pájaros y animales habría destruido la muchachita muerta de Quebec?

El tejado de otra cabaña se derrumbó y volvió a producirse una gran lluvia de chispas anaranjadas. Le siguió el tejado de madera barata del edificio de recepción, que se curvó hacia dentro y se derrumbó como un suflé mal hecho. Una nueva lluvia de chispas se elevó alegremente y se consumió al ser arrastrada por el viento. Este nuevo estallido de llamas iluminó los dos coches aparcados al lado de la carretera, el Thunderbird gris y el reluciente utilitario negro. Pero no había rastro ni de los matones ni de James Bond.

De golpe me di cuenta de que no sabía qué hora era. Miré mi reloj. Eran las dos. ¡Sólo hacía cinco horas que había empezado todo aquello! Podrían haber sido semanas. Mi antigua vida parecía haber transcurrido hacía ya años. Incluso me resultaba difícil recordar aquella misma tarde, cuando había estado sentada pensando en esa vida. Todo se había borrado súbitamente. El miedo, el dolor y el peligro se habían apoderado de mí. Era como encontrarse en medio de un naufragio o de un choque aéreo o ferroviario, de un terremoto o un huracán. Cuando te pasan estas cosas, debes de sentirte igual. Las alas negras de una emergencia ocultan el cielo y no hay ni pasado ni futuro. Vives cada minuto, sobrevives a cada segundo, como si fuera el último. No existe otro tiempo ni otro lugar, sólo el aquí y ahora.

¡Y entonces vi a aquellos dos hombres! Se dirigían hacia mí a través de la hierba, llevando una gran caja cada uno. Eran televisores. Seguramente los salvaron para venderlos y sacarse un dinerito extra. Andaban uno al lado del otro; el hombre delgado y el bajito, y la luz de las cabañas en llamas iluminaba sus rostros sudorosos. Cuando llegaron a los carbonizados arcos del porche que conducía a la recepción, lo atravesaron corriendo, tras echar un breve vistazo al tejado, que todavía ardía, y asegurarse de que no se desplomaría sobre sus cabezas. ¿Dónde estaba James Bond? ¡Era el momento perfecto para cazarlos, cuando tenían las manos ocupadas!

Sólo estaban a veinte metros de mí y se dirigían hacia la derecha, hacia su coche. Me encogí en la oscuridad del cobertizo. Pero ¿dónde estaba James? ¿Debía perseguirlos y encargarme de ellos yo misma? ¡No seas imbécil! Si fallaba, y sin duda lo haría, sería mi final. Si se daban la vuelta, ¿me verían? ¿Y si mi mono blanco resplandecía en la oscuridad? Retrocedí un poco. Pasaron justo delante de la entrada cuadrada del garaje, al alejarse unos metros de la pared norte del edificio de recepción, que todavía se mantenía en pie gracias a que el viento alejaba las llamas de

él. Pronto desaparecerían por la esquina y se perdería una ocasión excelente.

Por fin se detuvieron y se quedaron inmóviles. Allí estaba James enfrentándose a ellos, con el arma apuntándolos implacable. Su voz resonó como un latigazo.

—¡Muy bien! ¡Se acabó! ¡Daos la vuelta! El primero que tire el televisor es hombre muerto.

Se volvieron lentamente hasta encararse con mi escondite. James me llamó.

—¡Ven, Viv! Necesito que me eches una mano.

Saqué el revólver de la cintura de mi mono y crucé corriendo el césped. Cuando estaba a unos diez metros de los dos hombres, James dijo:

—Párate ahí, Viv. Te diré lo que tienes que hacer.

Me detuve. Aquellos dos rostros malvados se contrajeron y sus ojos me miraron. El hombre delgado enseñaba los dientes en una especie de mueca tensa de sorpresa. Bala soltó una sarta de maldiciones. Yo apunté el revólver al televisor que le tapaba el estómago.

—Cállate o te mato.

—¿Tú, y quién más? —se rió Bala—. Tienes demasiado miedo para disparar.

—Cállate o te parto tu fea cabezota —dijo James—. Escucha, Viv, tenemos que quitarles las armas. Ponte detrás de Horror, apoya el arma contra su espalda y, con la mano libre, busca debajo de sus brazos. No es agradable, pero no hay más remedio. Dime si notas alguna pistola ahí y te diré lo que debes hacer a continuación. Lo haremos muy despacio. Yo apuntaré al otro, y si Horror se mueve, cárgatelo.

Hice lo que me dijo. Me situé detrás del hombre delgado y apreté el arma contra su espalda. Con la mano izquierda le palpé debajo del brazo derecho. Desprendía un olor desagradable, como a muerto, y el hecho de estar tan cerca de él y de tocarlo de manera tan íntima me dio asco.

Sé que me tembló la mano, y debió de ser eso lo que hizo que aprovechara la oportunidad. De improviso, con un movimiento rápido, soltó el televisor, se revolvió como una serpiente, me dio un golpe con la mano abierta, que hizo que soltara el revólver, y me agarró con fuerza.

Bond disparó su pistola y una bala pasó volando junto a mí. Empecé a debatirme como un demonio, pateando y arañando. Pero era como luchar con una estatua de bronce. Sólo conseguí que me apretara contra él con más fuerza.

—¿Y ahora qué, inglés? —oí que decía su voz con sequedad—. ¿Quieres que la señorita la palme?

Noté que una de sus manos dejaba de sujetarme con fuerza para ir a coger su pistola, y empecé a debatirme de nuevo.

—¡Viv, separa las piernas! —gritó súbitamente Bond.

De manera automática, hice lo que me decía y, de nuevo, disparó su pistola. El hombre delgado masculló una maldición y me soltó; pero, al mismo tiempo, se oyó

un tremendo estruendo detrás de mí y me volví. A la vez que Bond disparaba, Bala había lanzado el televisor por encima de su cabeza en dirección a James Bond y consiguió darle en la cara y hacerlo caer.

—¡Larguémonos, Horror! —gritó Bala.

Yo me tiré al suelo a coger mi revólver y, boca abajo en la hierba, le disparé con torpeza. Seguramente habría fallado de todas formas, pero él ya había echado a correr hacia las cabañas, regateando como un futbolista, con el hombre delgado siguiéndolo a la desesperada. Volví a disparar, pero el revólver se desvió hacia arriba. Consiguieron ponerse fuera de mi alcance y Bala desapareció en el interior de la cabaña número 1, hacia la derecha.

Me levanté y corrí hacia James. Estaba arrodillado en el césped con una mano en la frente. Cuando me acerqué, apartó la mano, la miró y soltó una maldición. Tenía un gran corte justo debajo de la línea de nacimiento del cabello. Yo no dije nada; fui corriendo hasta la ventana más próxima de la recepción y la rompí con la culata del arma. Noté una explosión de calor en mi rostro, pero sin llamas. Justo debajo, casi al alcance de la mano, estaba la mesa que los pistoleros habían utilizado y, encima de ella, entre los restos humeantes del tejado, vi mi botiquín de primeros auxilios. Bond gritó algo, pero yo ya estaba apoyada en el alféizar de la ventana. Retuve la respiración para no inhalar humo, cogí el botiquín y me incorporé de nuevo, con los ojos irritados por la humareda.

Limpié la herida como pude y le apliqué mercromina y una tirita grande. El corte no era profundo, pero no tardaría en tener mal aspecto.

—Lo siento, Viv —dijo él—. He disparado rematadamente mal.

Pensé que así era.

—¿Por qué no te limitaste a pegarles un balazo? Eran un blanco fácil con aquellos televisores en las manos.

—Nunca he podido hacerlo a sangre fría —dijo él con brusquedad—. Pero al menos tenía que haberle agujereado el pie. Sólo le he rozado y no lo he quitado de en medio.

—A mí me parece que has tenido mucha suerte de que no te hayan quitado de en medio a ti —dije con severidad—. ¿Por qué no te ha matado Bala?

—Sé lo mismo que tú. Parece como si tuvieran una especie de cuartel general en la cabaña 1. Quizá dejó el arma allí mientras pegaba fuego a la recepción. Tal vez no quería llevar balas encima estando tan cerca del fuego. En cualquier caso, esto es la guerra y tenemos mucho trabajo por delante. Lo principal es no perder de vista su coche. Deben de estar bastante desesperados por escapar, pero primero tienen que matarnos como sea. Están en un buen aprieto y lucharán como ratas atrapadas.

Acabé de curar el corte. James Bond había estado vigilando la cabaña 1.

—Será mejor que nos pongamos a cubierto —dijo—. Es posible que tengan

armas potentes allí dentro y ya habrán terminado de curar el pie de Horror. —Se levantó, tiró con fuerza de mi brazo y gritó—: ¡Rápido!

Casi al mismo tiempo, procedente de la derecha, oí el ruido de un cristal al romperse y una ráfaga ensordecedora de lo que supuse era una especie de metralleta. Las balas nos pisaron los talones y se estrellaron contra la pared lateral de la recepción.

—¡Lo siento de nuevo, Viv! —James sonrió—. Mis reacciones no parecen muy rápidas esta noche, pero mejoraré. —Hizo una pausa—. Y ahora, déjame pensar un minuto.

Fue un minuto muy largo. Yo sudaba a causa del calor intenso que desprendía la recepción en llamas. Sólo quedaba en pie la pared norte y el trozo detrás del cual nosotros estábamos refugiados. Lo demás era pasto de las llamas. Sin embargo, el viento seguía soplando hacia el sur y me pareció que aquel trocito todavía seguiría en pie un buen rato. Casi todas las cabañas estaban ya ardiendo hasta sus cimientos y, en aquel lado del claro, el resplandor y las chispas iban reduciéndose. Pensé que el incendio debía de ser visible a kilómetros de distancia, quizá desde el lago George o Glens Falls; sin embargo, nadie había acudido en nuestra ayuda. Seguramente, las patrullas de carretera y los bomberos tenían ya demasiado trabajo con los problemas provocados por la tormenta. Y en cuanto a sus queridos bosques, sacarían la conclusión de que ningún fuego podía extenderse excesivamente en aquel paisaje empapado.

—Haremos lo siguiente —propuso Bond—. En primer lugar, sitúate en algún punto desde el que puedas ayudar, pero donde yo no tenga que preocuparme de ti. De lo contrario, y conozco bien a esa clase de tipos, se concentrarán en ti, imaginándose que yo haré cualquier cosa, incluso dejarlos escapar, antes que permitir que te hagan daño.

—¿De verdad?

—No seas tonta. Cruza la carretera pegada a este trozo de pared y después vuelve, sin dejarte ver, y sitúate frente a su coche. Quédate quieta e, incluso si uno de ellos o los dos consigue llegar hasta el coche, no dispires hasta que yo te lo diga. ¿De acuerdo?

—Pero ¿dónde estarás tú?

—Tenemos lo que se llama líneas interiores de defensa, si consideramos a los coches como nuestro objetivo. Voy a quedarme por aquí y a dejar que vengan hacia mí. Son ellos los que quieren atraparnos y huir. Que lo intenten. El tiempo corre en su contra. —Miró su reloj—. Son casi las tres. ¿A qué hora amanece por aquí?

—Dentro de unas dos horas. Hacia las cinco. ¡Pero ellos son dos y tú sólo uno! Harán lo que se llama un «movimiento de pinza».

—Uno de los cangrejos ha perdido una pinza. En cualquier caso, es lo más

parecido a un plan maestro que puedo pensar ahora. Cruza de una vez la carretera antes de que hagan algo. Yo los mantendré ocupados.

Se dirigió a la esquina del edificio, la rodeó y disparó dos veces contra la cabaña de la derecha. Se oyó el tintineo lejano de un cristal al romperse y la ráfaga despiadada de una metralleta. Las balas rebotaron en la pared y se perdieron entre los árboles, al otro lado de la carretera. Bond retrocedió y me sonrió para darme ánimos.

—¡Ahora!

Me dirigí corriendo hacia la derecha y crucé la carretera, siempre con la recepción entre la cabaña y yo, y fui a parar entre los árboles. De nuevo, sentí sus arañazos y rasguños, pero esta vez llevaba el calzado adecuado y la tela de mi mono era mucho más resistente. Me interné en el bosque y después me desvié hacia la izquierda. Cuando pensé que ya me había alejado lo bastante, volví sigilosamente en dirección a la luz de las llamas. Fui a parar donde yo quería, justo detrás de la primera línea de árboles, con el coche negro a unos veinte metros de mí, al otro lado de la carretera, y con una vista bastante buena del brillante campo de batalla.

Durante todo ese tiempo, la luna había ido apareciendo y desapareciendo detrás de las nubes, iluminándolo todo con su brillante luz en ocasiones para, a continuación, apagarse y dejar sólo el resplandor vacilante procedente del fuego que devoraba la parte izquierda de la recepción. En aquel momento, la luna se dejó ver en todo su esplendor y me mostró una escena que casi me hizo gritar. El hombre delgado se arrastraba hacia la pared norte de la recepción y un rayo de luna hizo brillar el arma que llevaba en la mano.

James estaba donde yo lo había dejado, y para asegurarse de que no se movía de allí, Bala disparaba con regularidad cada pocos segundos contra la esquina de la pared hacia la que el hombre delgado se arrastraba. Tal vez James había adivinado la intención de aquellos disparos regulares. Debía de intuir que su intención era inmovilizarlo, porque empezó a moverse hacia la izquierda, hacia la mitad del edificio que seguía ardiendo. Se puso a correr agachado, cruzó el trozo de césped chamuscado y atravesó las columnas de humo y chispas hacia las brasas de los restos calcinados de la hilera de cabañas situada a la izquierda. Pude verlo unos instantes cuando se metió en uno de los cobertizos, hacia el número 15, y después desapareció entre los árboles situados a sus espaldas para poder avanzar y sorprender a Bala por detrás.

Observé al hombre delgado. Había llegado ya a la esquina del edificio. Los disparos cesaron. Entonces el hombre delgado alzó su arma, empuñándola con la mano izquierda, y disparó un cargador entero, a ciegas, hacia la pared detrás de la cual James y yo nos habíamos ocultado antes.

Al no obtener respuesta, asomó bruscamente la cabeza por la esquina y volvió a retroceder, como una serpiente, para luego levantarse e indicar con un amplio

movimiento de la mano que nos habíamos ido.

A continuación se oyeron dos disparos rápidos procedentes de la cabaña número 1, seguidos por un grito espeluznante que hizo que se me parara el corazón. Bala salió andando hacia atrás, con el arma apoyada en la cadera y disparando con la mano derecha mientras la izquierda colgaba inerte en su costado. Siguió corriendo hacia atrás, gritando de dolor, pero sin dejar de disparar ráfagas cortas con la metralleta. Entonces vi un atisbo de movimiento en uno de los cobertizos y se oyó la contundente respuesta de la automática. Pero Bala apuntó hacia otro punto y el arma de Bond quedó en silencio. Después, volvió a resonar desde otro lugar, y una de las balas debió de dar en la metralleta de Bala, porque éste la soltó de golpe y empezó a correr hacia el coche negro, detrás del cual el hombre delgado estaba agazapado y disparaba con dos pistolas para cubrir su retirada. La bala de James debió de alterar el mecanismo de la metralleta, porque ésta siguió disparando, girando sobre sí misma como una noria de fuego sobre la hierba y esparciendo balas por todas partes. El hombre delgado se instaló en el asiento del conductor; oí que ponía en marcha el motor, y una nube de humo surgió del tubo de escape. Abrió la puerta del copiloto, Bala se precipitó dentro y la puerta se cerró de golpe, al emprender el coche bruscamente la marcha.

No esperé a James. Salí corriendo a la carretera, empecé a disparar contra la parte trasera del coche y oí como algunos de mis disparos se estrellaban contra la plancha del vehículo. Entonces el percutor golpeó sobre vacío y yo me quedé allí de pie, soltando maldiciones al ver que huían. En ese momento, resonó el arma de James, que disparaba desde el extremo más alejado del césped, mientras la ventanilla delantera del coche escupía más balas como respuesta hasta que, de repente, pareció que el automóvil negro se volvía loco. Viró con brusquedad y se dirigió directamente hacia el lugar donde estaba James. Por un momento, los faros del coche iluminaron el pecho de James, resplandeciente de sudor, y él disparó de nuevo, en la postura clásica de un duelo, como si tirara contra un animal a la carga. Pensé que iba a arrollarlo y corrí por la hierba hacia él, pero entonces el coche se desvió y, con el motor rugiendo, se dirigió directamente hacia el lago.

Me quedé mirándolo fascinada. Más o menos en ese lugar, el césped daba paso a un pequeño precipicio, de unos siete metros, bajo el que había un estanque y algunas mesas y bancos rústicos que servían de merendero. El coche siguió avanzando sin freno y, aunque no golpeará contra ningún banco, su velocidad lo llevaba sin remedio hacia el lago. Mientras yo me tapaba la boca en un gesto de excitación y horror, saltó por el borde del precipicio y aterrizó sobre el agua con un fuerte chapoteo, balanceándose entre el tintineo de los cristales y la plancha. Entonces, muy lentamente, empezó a hundirse por el morro, entre un revoltijo de gases y burbujas, hasta que no quedó nada en la superficie, a excepción del maletero, una parte del

techo y el parabrisas trasero, que apuntaban hacia el cielo.

James Bond seguía allí, mirando hacia el lago, cuando me acerqué corriendo a él y me lancé a abrazarlo.

—¿Estás bien? ¿Estás herido?

Se volvió aturdido hacia mí, puso un brazo alrededor de mi cintura y me apretó con fuerza.

—No, estoy bien —dijo distraídamente, y volvió a mirar hacia el lago—. Debo de haberle dado al conductor, al hombre delgado. Lo he matado y su cuerpo ha pisado a fondo el acelerador. —Pareció recuperarse y sonrió nerviosamente—. Bueno, esto sin duda aclara la situación. No quedan cabos sueltos por atar. Muertos y enterrados de un solo golpe. No es que pueda decir que lo siento. Eran un par de pistoleros.

Me soltó y metió la pistola en su funda. Olía a pólvora y a sudor. Era delicioso. Me puse de puntillas y lo besé.

Dimos media vuelta y anduvimos lentamente por la hierba. Sólo quedaban algunos pequeños focos intermitentes de fuego y el campo de batalla estaba casi a oscuras. Mi reloj indicaba las tres y media. De repente, me sentí absoluta y extremadamente agotada.

—Todo esto ha borrado el efecto de la benzedrina —dijo James como si leyera mis pensamientos—. ¿Qué te parece si dormimos un poco? Todavía quedan cuatro o cinco cabañas en pie. ¿Qué tal la dos y la tres? ¿Son unas suites lo bastante acogedoras?

Sentí que me sonrojaba y dije con terquedad:

—Me da igual lo que pienses, James, pero esta noche no te voy a dejar solo. Puedes escoger la dos o la tres; yo dormiré en el suelo.

Él se echó a reír y me abrazó.

—Si tú duermes en el suelo, yo también lo haré. Pero me parece una manera muy tonta de desperdiciar una buena cama doble. ¿Qué te parece la tres? —Se detuvo y me miró, fingiendo buenos modales—. ¿O tal vez preferiría usted la número dos?

—No. La número tres me parece divina.

Capítulo 14

Gatita

El ambiente de la cabaña número 3 estaba muy cargado. Mientras James Bond iba a buscar nuestro «equipaje» entre los árboles, yo abrí las ventanas y levanté las sábanas de la cama de matrimonio. Debería haberme sentido algo violenta, pero no era así. Disfrutaba haciendo de ama de casa para él a la luz de la luna. Después probé la ducha y vi que milagrosamente todavía había presión, a pesar de que a cierta distancia de allí se habrían estropeado muchos tramos de tuberías. Las mejores cabañas estaban cerca de la principal. Me quité la ropa, la amontoné ordenadamente, me metí en la ducha, estrené una pastilla de Camay («Mime a sus huéspedes con Camay rosa, con el aroma de un perfume francés de lujo... combinado con una excelente crema de belleza»; recordaba lo que ponía en el paquete porque sonaba de lo más apetecible) y empecé a enjabonarme el cuerpo, con suavidad a causa de las contusiones.

Con el ruido de la ducha, no lo oí entrar en el baño; pero, súbitamente, había dos manos más frotándome, un cuerpo desnudo se apretaba contra el mío y pude sentir su olor a sudor y pólvora. Me di la vuelta y me reí de su cara tiznada; finalmente, me encontré en sus brazos y nuestros labios se juntaron en un beso que pareció interminable, mientras el agua resbalaba sobre nuestros rostros y nos obligaba a cerrar los ojos.

Cuando casi ya no me quedaba aliento, me apartó del chorro de la ducha y volvimos a besarnos, más lentamente, mientras sus manos recorrían mi cuerpo y el deseo me invadía como oleadas de vértigo. Sencillamente no podía soportarlo.

—¡Por favor, James! —dije—. ¡Por favor, no, o me desmayaré! Y sé tierno. Me haces daño.

En la penumbra del baño, con la única luz de la luna, sus ojos parecían dos surcos salvajes hasta que se relajaron para asumir una expresión tierna y divertida.

—Lo siento, Viv. No es culpa mía, son mis manos que no pueden apartarse de ti. Y deberían estar lavándome a *mí*. Estoy asqueroso. Tendrás que hacerlo tú porque a mí no me obedecen.

Yo me eché a reír y le empujé hacia la ducha.

—Vale, pero no esperes que sea muy delicada. La última vez que lavé a alguien fue a un pony cuando tenía unos doce años. Además, apenas puedo ver nada en esta penumbra. —Cogí el jabón—. Baja la cabeza. Haré lo que pueda para que no te entre en los ojos.

—Si me entra jabón, te...

Mis manos interrumpieron la frase y me dediqué a restregarle la cara y el cabello; después seguí con sus brazos y su torso, mientras él permanecía inclinado y se sujetaba a la tubería. Me detuve.

—El resto lo tendrás que hacer tú.

—Ni hablar. Y hazlo bien. Nunca se sabe. Puede que haya una guerra mundial y tengas que hacer de enfermera. Será mejor que aprendas a lavar a un hombre. Por cierto, ¿cómo se llama este jabón? Huelo igual que Cleopatra.

—Es muy bueno. Tiene el aroma de un perfume francés de lujo y hueles muy bien. Mucho mejor que cuando olías a pólvora.

—Vale, sigue, pero date prisa —rió.

Me incliné y seguí enjabonándolo; al poco, naturalmente, volvíamos a estar uno en brazos del otro bajo la ducha, nuestros cuerpos resbaladizos por el agua y el jabón. Él cerró la ducha, me alzó fuera de la cabina y empezó a secarme meticulosamente con la toalla, mientras yo me inclinaba hacia atrás, apoyada sobre su brazo libre, y le dejaba hacer. Después fui yo la que cogió la toalla para secarlo a él. Era absurdo esperar más. James cruzó la habitación llevándome en sus brazos, me depositó encima de la cama y yo, con los ojos entrecerrados, contemplé su pálida silueta mientras iba a correr las cortinas y a cerrar la puerta.

Luego se tendió a mi lado.

Sus manos y sus labios eran lentos y electrizantes, y entre mis brazos, su cuerpo desprendía fortaleza y ternura a la vez.

Más tarde, me dijo que cuando llegó el momento, grité. Yo no lo recordaba. Sólo sabía que ante mí se había abierto un abismo de una dulzura insoportable que me ahogó y que le clavé las uñas en las caderas para apretarlo contra mí. Después, medio dormido, me susurró palabras dulces, me dio un suave beso y su cuerpo se apartó de mí y se quedó quieto, mientras yo permanecía tumbada boca arriba, contemplando la oscuridad rojiza y escuchando su respiración.

Nunca antes había hecho el amor, el amor de verdad, no sólo con el cuerpo, sino también con el corazón. Con Derek resultó agradable, y frío y satisfactorio con Kurt. Pero esta vez había sido distinto. Por fin, me había dado cuenta de lo importante que podía ser en la vida de una persona.

Creo que sé por qué me abandoné tanto a ese hombre, cómo fui capaz de eso con alguien a quien conocía hacía sólo seis horas. Además de la excitación que me provocaba su apariencia, su autoridad, su masculinidad, había salido de la nada, como el príncipe de un cuento de hadas, y me había salvado del dragón. Si no hubiera sido por él, ahora estaría muerta, después de sufrir Dios sabe qué tormentos. Podría haber cambiado la rueda de su coche y haberse ido o, en el momento en que las cosas se pusieron peligrosas, salvar su propia piel. En vez de eso, luchó por mi vida como si

fuera la suya y después, cuando el dragón ya estaba muerto, me tomó como recompensa. Yo ya sabía que dentro de unas horas él se habría ido, sin declaraciones de amor, sin disculpas ni excusas, y todo habría terminado, acabado.

A todas las mujeres les gusta que las fuercen un poco. Les gusta que las tomen. Fue su dulce brutalidad sobre mi cuerpo magullado lo que había hecho de su amor algo tan intenso y maravilloso. Eso y el hecho de que coincidiera con el momento en que los nervios se relajaron completamente, al desaparecer la tensión y el peligro, la calidez de la gratitud y los sentimientos naturales en una mujer respecto a su héroe. No sentía remordimientos ni vergüenza. Quizá aquello tendría consecuencias para mí y, sin duda, una de ellas podía ser que a partir de entonces los demás hombres no me satisficieran. Pero cualesquiera que fueran mis problemas, él nunca se enteraría. No lo perseguiría ni intentaría que se repitiera lo que había pasado entre nosotros. Me mantendría alejada de él y le dejaría seguir su propio camino, en el que seguramente encontraría otras mujeres, innumerables mujeres, que le proporcionarían tanto placer físico como el que yo le había dado. No me importaría o, por lo menos, me dije que no me importaría, porque ninguna de ellas conseguiría jamás poseerlo, no lo poseería más de lo que yo lo poseía en ese momento. Y durante toda mi vida le estaría agradecida, por todo, y le recordaría para siempre como mi ideal de un hombre.

¿Hasta qué punto se puede ser estúpido? ¿Por qué le echaba tanto teatro a aquel cuerpo masculino desnudo que estaba junto a mí? Sólo era un agente profesional que había hecho su trabajo. Estaba entrenado para manejar armas, para matar personas. ¿Qué es lo que tenía de maravilloso? Valiente, fuerte y despiadado con las mujeres: éstas eran cualidades que requería su profesión, para eso le pagaban. Sólo era una especie de espía, un espía que me había amado. Ni siquiera amado, sólo se había acostado conmigo. ¿Por qué tenía que hacer de él un héroe, jurar que nunca lo olvidaría? De repente me entraron ganas de despertarlo y preguntarle: «¿Sabes ser agradable? ¿Sabes ser amable?»

Me tumbé de lado. Él estaba dormido, respirando pausadamente, con su cabeza apoyada sobre su brazo extendido y el brazo derecho arropado bajo la almohada. Fuera, la luna brillaba de nuevo. Una luz rojiza se filtraba a través de las cortinas, creando en las oscuras sombras de su cuerpo brillantes reflejos carmesíes. Me incliné sobre él, aspirando su masculinidad, deseando tocarlo, recorrer su espalda bronceada con mi mano hasta la línea en que el moreno se convertía bruscamente en blanco, en la parte que cubría su bañador.

Después de contemplarlo durante mucho rato, volví a tumbarme. No, él era tal como yo había pensado. Sí, era un hombre al que valía la pena amar.

Las cortinas rojas se agitaban al otro lado de la habitación. A través de mis soñolientos ojos me pregunté por qué. Fuera, el viento había dejado de soplar y no se oía ni un ruido. Alcé la vista perezosamente por encima de mí. Las cortinas de aquel

lado de la habitación, encima de nuestra cama, no se movían. Seguramente soplaba una leve brisa procedente del lago. ¡Venga! ¡Por el amor de Dios, duérmete!

De repente, oí el ruido de un desgarrón en el tabique de enfrente y vi que los jirones de la cortina se alzaban. ¡Un gran rostro brillante, en forma de nabo, pálido y resplandeciente a la luz de la luna, miraba a través de las tablillas de cristal!

Nunca había creído que los pelos pudieran ponerse de punta. Pensaba que era algo inventado por los escritores. Oí un arañazo en la almohada, junto a mis oídos, y sentí el aire fresco de la noche en mi cuero cabelludo. «Quería gritar, pero no podía.» «Me quedé helada.» «Tenía las manos y las piernas paralizadas.»... Creía que estas frases también pertenecían a la ficción. Pues no. Me quedé allí tumbada, mirando, consciente sólo de mis sensaciones físicas, incluso el hecho de que tenía los ojos tan abiertos que me dolían. Pero no podía mover ni un dedo. Estaba —otra frase hecha— muerta de miedo, absolutamente muerta de miedo.

Detrás del cristal de la ventana, aquel rostro esbozaba una sonrisa. Tal vez se esforzaba por enseñar los dientes, como un animal. La luna brillaba en los ojos, los dientes y la calva con tanta intensidad que éstos se borraban y conferían a aquel rostro la apariencia de un dibujo infantil.

El fantasmal rostro recorrió la habitación con la mirada. Vio la cama blanca con los dos borrones gemelos de nuestras cabezas sobre la almohada. Detuvo la mirada y, con gran lentitud, dolorosamente, una mano, con un reluciente objeto metálico en ella, apareció junto a la cabeza y rompió con torpeza el cristal de la ventana.

El ruido que se produjo fue el detonador que me liberó. Grité y di un golpe con la mano a James. Seguramente, no fue de gran ayuda, porque el ruido del cristal ya lo había despertado. Incluso podría haberle hecho fallar el tiro. Se oyó el doble rugido de las pistolas, el sólido embate de las balas en la pared, por encima de mi cabeza, un nuevo tintineo de cristales rotos y el rostro de nabo desapareció.

—¿Estás bien, Viv?

La voz de James era apremiante, desesperada.

Vio que yo seguía bien y no esperó la respuesta. La cama sufrió una sacudida y un gran haz de luz lunar entró por la puerta. James se movía tan silenciosamente que no oí sus pies en el suelo de hormigón del cobertizo, pero podía imaginármelo pegado a la pared y asomando la cabeza. Yo me limité a quedarme tumbada y a contemplar amedrentada —una palabra literaria, pero exacta— los restos quebrados de la ventana y recordé aquel rostro de nabo, horrible y brillante, que sin duda tenía que ser un fantasma.

James regresó. No dijo ni una palabra. Lo primero que hizo fue traerme un vaso de agua. Aquella acción tan prosaica, lo primero que hace un padre cuando su hijo tiene pesadillas, hizo que la habitación y sus formas habituales salieran de la cueva negra y roja de fantasmas y pistolas. Después fue a buscar una toalla de ducha, colocó

una silla bajo la ventana rota y se subió a ella para cubrir el hueco con la toalla.

De pronto fui consciente de los músculos que se contraían y relajaban en su cuerpo desnudo y me hizo gracia lo raro que está un hombre sin ropa cuando no está haciendo el amor, sino sólo yendo de un lado para otro realizando tareas domésticas. Pensé que tal vez deberíamos ser nudistas. Pero sólo si se tenían menos de cuarenta años.

—James —dije—, no engordes nunca.

Él ya había colgado la toalla a modo de cortina. Bajó de la silla y respondió distraídamente.

—No, claro, nunca deberíamos engordar.

Volvió a dejar pulcramente la silla en su lugar, junto a la mesa, y recuperó la pistola, que había dejado encima de la mesa, y la examinó. Se acercó al montón formado por su ropa, cogió un cargador nuevo y sustituyó el viejo, para después dirigirse a la cama y deslizar la pistola bajo su almohada.

Ahora ya sabía por qué dormía en aquella postura, con el brazo derecho doblado bajo la almohada. Imaginé que siempre dormía así, y pensé que su vida debía de ser parecida a la de un bombero, siempre alerta esperando una llamada de emergencia. También pensé lo extraño que debía de ser tener el peligro como profesión.

Se sentó junto a mí, al borde de la cama. Bajo los jirones de luz que se filtraban por la ventana, su rostro parecía cansado y un poco desencajado, como si hubiera sufrido un shock. Intentó sonreír, pero sus músculos estaban tan tensos que se lo impidieron y sólo consiguió esbozar una mueca a modo de sonrisa.

—Por poco nos matan a los dos; es el segundo intento —dijo—. Lo siento, Viv. Debo de estar perdiendo facultades. Si sigo así, acabaré teniendo problemas. ¿Te acuerdas que, cuando el coche fue a parar al lago, un trozo de techo y la luneta trasera quedaron fuera del agua? Pues, evidentemente, había aire suficiente en ese rincón. Fui un perfecto estúpido por no habérmelo imaginado. El tal Bala sólo tenía que romper la luneta trasera y nadar hasta la orilla, aunque estaba herido. Debió de costarle mucho hacerlo, pero consiguió llegar hasta nuestra cabaña. Ahora deberíamos estar muertos. No vayas a la parte trasera mañana. No es agradable de ver. —Me miró buscando tranquilidad—. Sea como sea, lo siento, Viv. Nunca debería haber pasado.

Salté de la cama y lo rodeé con mis brazos. Su cuerpo estaba frío. Lo apreté contra mí y lo besé.

—No seas tonto, James. Si no hubiera sido por mí, nunca te habrías metido en este lío. Y ¿dónde estaría yo si no hubiera sido por ti? No sólo estaría muerta, sino muerta y enterrada hace horas. Tu problema es que no has dormido lo suficiente. Y tienes frío. Ven a la cama conmigo. Yo te daré calor.

Me levanté e hice que él se levantara. Me atrajo hacia sí. Me rodeó con ambos

brazos y apretó mi cuerpo contra el suyo.

Me tuvo así un buen rato, completamente quieto, y sentí como su cuerpo ganaba en calidez gracias al mío. Después me tomó con fiereza, casi con crueldad, y de nuevo surgió aquel grito de la garganta de alguien que ya no era yo, y nos quedamos allí tendidos, uno junto al otro, mientras su corazón palpitaba con fuerza contra mi pecho y yo me di cuenta de que mi mano derecha cogía con firmeza su cabello.

Relajé mis dedos crispados y le cogí la mano.

—James, ¿qué es para ellos una gatita? —pregunté.

—¿Por qué?

—Te lo diré cuando me lo expliques.

Rió medio dormido.

—Algunos delincuentes llaman así a sus putas.

—Estaba segura de que sería algo parecido. No paraban de llamarme así. Supongo que debe de ser verdad.

—Vaya tontería.

—Prométeme que tú no piensas que soy una gatita.

—Te lo prometo. Sólo una chavala preciosa que me pone a cien.

—¿Qué quiere decir eso?

—Significa estar loco por una chica. Y ahora, basta de preguntas. Duérmete. —

Me besó tiernamente y se volvió de lado.

Yo me acurruqué contra él, encajando mi cuerpo con su espalda y sus muslos.

—Es una bonita manera de dormir, como dos cucharas. Buenas noches, James.

—Buenas noches, querida Viv.

Capítulo 15

La letra de mi corazón

Éstas fueron las últimas palabras que me dirigió. Cuando desperté a la mañana siguiente, él se había ido. Sólo quedaba la huella de su cuerpo en el colchón y su olor en la almohada. Para salir de dudas, salté fuera de la cama y fui a comprobar si el coche gris todavía seguía allí. No estaba.

Hacía un día muy bonito y una espesa capa de rocío cubría el suelo, y en él pude ver sus huellas alejándose para no volver, hacia el lugar donde había estado el coche. Un pájaro cruzó volando el claro y, desde algún lugar entre los árboles, se oyó el grito de muerte de una paloma torcaz.

Las ruinas del motel eran negras y horribles, y una fantasmal columna de humo se elevaba hacia el aire quieto de la mañana desde los restos del edificio de recepción. Volví a la cabaña, me duché y empecé a recoger mis cosas con rapidez y a meterlas en las bolsas. Fue entonces cuando vi la carta encima del tocador, la cogí y me senté en la cama para leerla.

Había usado el papel de carta del motel que había en el escritorio. La letra era muy clara y regular y había utilizado una pluma estilográfica, no un bolígrafo.

Querida Viv:

Es posible que tengas que enseñar esta carta a la policía, así que seré formal. Me dirijo a Glens Falls, donde informaré de todo lo sucedido a la policía, después de avisar a la patrulla de carretera para que vengan a buscarte inmediatamente. También me pondré en contacto con Washington y, sin duda, ellos pasarán a Albany el caso. Utilizaré todas mis influencias para que no te molesten demasiado y dejen que sigas tu camino, una vez te hayan tomado declaración. Glens Falls sabrá mi ruta y la matrícula de mi coche; así que podrán localizarme en caso de que necesites ayuda o quieran hacerme alguna pregunta más. Como me imagino que no podrás desayunar, me encargaré de que el coche patrulla te lleve un termo de café y bocadillos para que puedas sobrevivir. ¡Me encantaría quedarme contigo, aunque sólo fuera para ver al señor Sanguinetti! Pero dudo mucho que aparezca por ahí esta mañana. Supongo que, al no tener noticias de sus matones, se habrá escabullido hacia Albany, a coger el primer avión al sur para llegar cuanto antes a México. Comunicaré mi hipótesis a Washington y ellos podrán localizarlo si se dan prisa. Por esto le puede caer cadena perpetua. «Se

podrará en el talego», según el argot que hemos estado practicando. Y ahora escucha. Tú, y hasta cierto punto yo, hemos ahorrado a la compañía de seguros por lo menos medio millón de dólares, y habrá una buena recompensa. En cuanto a mí, las normas de mi trabajo no me permiten aceptar recompensas, o sea que no quiero discusiones, aunque no fuera verdad que fuiste tú la que cargaste con la peor parte del asunto y sólo tú eres la heroína. Así que voy a encargarme personalmente de eso y asegurarme de que la compañía de seguros cumpla con su deber. Y algo más: no me sorprendería que uno o incluso los dos matones estuvieran buscados por la policía y hubiera una recompensa por sus cabezas. También me encargaré de eso. En cuanto al futuro, conduce con cuidado el resto del camino. Y espero que no tengas pesadillas. Este tipo de cosas no pasan muy a menudo. Considéralo un accidente de carretera del que tuviste suerte de salir con vida. Y sigue siendo tan maravillosa como eres ahora. Si alguna vez quieres verme o necesitas mi ayuda, estés donde estés, puedes localizarme por correo o por cable, pero no por teléfono: el Ministerio de Defensa, Storey's Gate, Londres, SW/.

Hasta siempre,

J. B.

PD: La presión de tus neumáticos es demasiado alta para el Sur. No te olvides de bajarla.

PD2: ¡Prueba Fleurs des Alpes de Guerlain en lugar de Camay!

Oí el ruido de unas motos acercándose por la carretera. Cuando pararon, pude percibir el breve aullido de una sirena para anunciar quiénes eran. Metí la carta dentro del mono, me subí la cremallera y salí al encuentro de La Ley.

Eran dos motoristas de la Policía del Estado, elegantes, jóvenes y muy agradables. Casi había olvidado que existía gente así. Me saludaron como si fuera un miembro de la realeza.

—¿La señorita Vivienne Michel?

El oficial superior, un teniente, era quien me dirigía la palabra, mientras su segundo murmuraba quedamente por la radio para avisar de que ya habían llegado.

—Sí.

—Soy el teniente Morrow. Nos han informado de que ha tenido algunos problemas esta noche. —Señaló las ruinas con su mano enguantada—. Y por lo visto, tenían razón.

—Oh, eso no es nada —dije yo con desdén—. Hay un coche en el lago con un cadáver dentro y otro cuerpo detrás de la cabaña número 3.

—Sí, señorita.

Noté un leve tono de desaprobación por mi ligereza al expresarme. El teniente se volvió hacia su compañero, quien ya había colocado el micrófono en la radio situada detrás del asiento.

—O'Donnell, ¿por qué no vas a echar un vistazo por ahí?

—De acuerdo, teniente.

O'Donnell se alejó por el césped.

—Bueno, vamos a sentarnos en algún sitio, señorita Michel. —El teniente se inclinó previamente hacia uno de los compartimientos laterales de su moto y sacó un paquete cuidadosamente envuelto—. Le he traído algo de desayuno. Me temo que sólo es un poco de café y donuts. ¿Le gustan? —Me tendió el paquete.

Le dirigí una sonrisa más que radiante.

—Es usted muy amable. Estoy muerta de hambre. Hay algunos bancos junto al lago. Podemos sentarnos en uno desde el que no se vea el coche hundido.

Emprendí la marcha cruzando el césped y nos sentamos. El teniente se quitó la gorra y sacó un cuaderno, un bolígrafo y simuló releer sus notas como para darme tiempo de comerme un donut. Después alzó la vista y me sonrió por primera vez.

—No se preocupe por esto, señorita. No le estoy tomando declaración. El capitán se dirige hacia aquí para hacerlo personalmente; llegará de un momento a otro. Cuando recibí la llamada de urgencia, sólo me comunicaron los hechos a grandes rasgos, pero lo que me preocupa es que desde entonces la radio no me ha dejado en paz ni un momento. Desde la carretera 9 hasta aquí, tuve que reducir la velocidad para poder oír las instrucciones de la base: que Albany estaba interesado en el caso, que incluso los peces gordos de Washington están encima de nosotros. Nunca me había llegado tanto jaleo por radio. Señorita, ¿podría decirme cómo es que Washington se ha mezclado en todo esto y sólo dos horas después de que Glens Falls recibiera el primer informe?

No pude evitar sonreír ante su seriedad. Casi podía oírle hablar con O'Donnell cuando venían hacia aquí: «¡Mierda! ¡En cualquier momento tendremos a Jack Kennedy pisándonos los talones!»

—Bueno, un hombre llamado James Bond se vio envuelto en todo esto. Él me salvó y mató a los dos pistoleros. Es una especie de agente británico, del Servicio Secreto o algo así. Iba conduciendo de Toronto a Washington, para informar sobre un caso, cuando sufrió un pinchazo y fue a parar al motel. De no haber sido por eso, ahora estaría muerta. En cualquier caso, creo que debe de ser alguien bastante importante. Me dijo que quería asegurarse de que el señor Sanguinetti no escapara a México ni a ningún otro lugar. Pero eso es más o menos todo lo que sé sobre él, excepto que... excepto que parecía un hombre maravilloso.

El teniente me miró con ojos comprensivos.

—Claro, señorita. Si la sacó de este lío... Pero sin duda tiene algunos contactos en el FBI, porque no acostumbran a meterse en casos locales como éste, a no ser que los llamen, claro, o que el asunto tenga carácter federal.

Se oyó el lejano aullido de las sirenas en la carretera. El teniente Morrow se levantó y se puso la gorra.

—Bueno, gracias, señorita. Sólo era por curiosidad. El capitán se encargará de todo ahora. No se preocupe. Es un buen tipo.

O'Donnell se acercó.

—Si me perdona, señorita...

El teniente se alejó con O'Donnell para comentar el informe. Yo terminé mi café y los seguí lentamente, pensando que el Thunderbird gris ya estaría haciendo kilómetros en dirección al sur, con las bronceadas manos de James Bond al volante.

Una cabalgata digna de verse apareció por la carretera, entre los pinos: un coche patrulla con motoristas, una ambulancia, dos coches de policía más y un camión grúa, que cruzó el césped en dirección a mí y siguió su camino hacia el lago. Todos parecían tener órdenes que cumplir, y, al momento, un regimiento de figuras en movimiento, vestidas de verde oliva o de azul marino, cubrió toda la zona.

El hombre fornido que se presentó a mí, seguido por un oficial subalterno que resultó ser el taquígrafo, parecía el prototipo de capitán de policía de película: lento de movimientos, de expresión amable, decidida. Me tendió la mano.

—¿Señorita Michel? Soy el capitán Stonor, de Glens Falls. Vayamos a algún sitio donde podamos hablar, ¿de acuerdo? A una cabaña, o ¿mejor nos quedamos al aire libre?

—Si no le importa, ya estoy harta de las cabañas. Por qué no aquí... en mi mesa de desayuno. Por cierto, muchas gracias por su amabilidad. Estaba muerta de hambre.

—No me lo agradezca a mí, señorita Michel. —Los ojos del capitán brillaron con frialdad—. Fue su amigo inglés, el comandante Bond, quien nos lo sugirió —hizo una pausa—, entre otras cosas.

Así que era comandante, la única graduación cuyo nombre me gustaba. Y, sin duda, había puesto negro al capitán con su autoridad típicamente inglesa. ¡Y encima la CIA y el FBI! Nada podía irritar más a la policía local. Decidí ser exquisitamente diplomática.

Nos sentamos y, después de los típicos preliminares de la policía, me pidió que le contara toda la historia.

Tardé dos horas; y con las preguntas del capitán Stonor y sus hombres acercándose de vez en cuando a murmurarle cosas al oído con voz ronca, al final estaba agotada. Trajeron café y cigarrillos para mí («No cuando estoy de servicio; gracias, señorita Michel»); después todos nos relajamos y el taquígrafo se marchó. El capitán Stonor mandó llamar al teniente Morrow y lo llevó aparte para que

transmitiera un primer informe por radio a jefatura, mientras yo contemplaba cómo sacaban los restos del coche negro y los remolcaban por la hierba hasta la carretera. Hasta allí se acercó la ambulancia, y yo aparté la mirada mientras extraían un bulto húmedo y lo dejaban sobre la hierba. ¡Horror! Volví a recordar su mirada fría y teñida de rojo. Sentí sus manos sobre mí. ¿Había ocurrido de verdad?

—Y copias a Albany y Washington, ¿de acuerdo? —oí que decía el capitán, y volvió a sentarse junto a mí.

Me miró con amabilidad y me dirigió algunas palabras elogiosas. Yo adopté una expresión de agradecimiento y desestimé sus elogios. Le pregunté cuándo pensaba él que podría irme.

El capitán Stonor no me respondió de inmediato. En lugar de eso, se quitó la gorra con lentitud y la dejó encima de la mesa. Aquel gesto de armisticio, idéntico al del teniente, hizo que me sonriera por dentro. Después rebuscó con la mano en el bolsillo y sacó cigarrillos y un mechero. Me ofreció uno y él se encendió el suyo. Me sonrió con su primera sonrisa no oficial.

—Ahora ya no estoy de servicio, señorita Michel.

Se recostó cómodamente en su asiento y cruzó las piernas, apoyando el tobillo izquierdo sobre la rodilla derecha y sujetándose el tobillo con las manos. De pronto, adoptó el aspecto de un hombre de mediana edad con familia que se toma las cosas con calma. Dio una primera y profunda calada a su cigarrillo y contempló cómo se desvanecía el humo.

—Puede usted marcharse cuando quiera, señorita Michel —dijo—. Su amigo, el comandante Bond, deseaba que usted sufriera las menos molestias posibles y yo estoy encantado de complacerle... y a usted también. —Sonrió con una inesperada expresión irónica—. Y no necesitaba que Washington me manifestara los mismos deseos en este tema. Ha sido usted muy valiente. Se ha visto envuelta en un asunto feo y se ha portado como yo desearía que se portara una hija mía. Estos dos matones estaban en búsqueda y captura. Yo mismo daré su nombre para que reciba las recompensas. Y lo mismo con las compañías de seguros, que sin duda serán generosas. Hemos arrestado a los Phancey con una acusación preliminar de conspiración para el fraude, y el tal Sanguinetti ya ha huido, tal como sugirió que haría el comandante esta mañana. Nos pusimos en contacto con Troy, cosa que hubiéramos hecho de todas formas, y la maquinaria policiaca habitual ya se ha puesto en marcha para cazarlo. Cuando capturemos a Sanguinetti, tendrá que enfrentarse a la pena capital y seguramente la necesitaremos como testigo presencial. El Estado le pagará el viaje desde dondequiera que esté, el alojamiento y el retorno. Todo lo que ve —dijo el capitán Stonor, haciendo un gesto amplio con el cigarrillo—, son procedimientos rutinarios de la policía y se hacen solos. —Sus astutos ojos azules miraron con detenimiento los míos y luego se desviaron—. Esta manera de cerrar el

caso no me deja totalmente satisfecho. —Sonrió—. O sea, ahora que no estoy de servicio y que, por así decirlo, sólo estamos usted y yo...

Intenté parecer interesada e imperturbable, pero me preguntaba con qué me saldría ahora.

—¿El comandante Bond le dejó instrucciones o alguna carta? Me dijo que la había dejado dormida esta mañana muy temprano. Que se había marchado alrededor de las seis y que no quiso despertarla. Muy amable, por supuesto —el capitán Stonor examinó la punta de su cigarrillo—, pero su declaración y la del comandante reflejan que compartieron la misma cabaña. Algo natural en estas circunstancias. Seguro que usted no quiso quedarse sola anoche. Sin embargo, me parece una despedida un poco brusca... después de una noche tan emocionante. Espero que no tuviera problemas con él, ¿verdad? Él no..., en fin, no intentó tomarse libertades, usted ya me entiende, ¿verdad? —Había una disculpa en sus ojos, aunque, a la vez, sondearon los míos.

Yo me sonrojé intensamente.

—Claro que no, capitán —dije con brusquedad—. Sí, dejó una carta para mí, una carta muy personal. No la había mencionado porque no añade nada a lo que usted ya sabe.

Me bajé la cremallera delantera y saqué la carta, sonrojándome todavía con más intensidad. ¡Maldito policía!

Cogió la carta, la leyó con atención y me la devolvió.

—Una carta muy bonita, muy... formal. No he entendido nada de lo del jabón.

—Oh, sólo es una broma sobre el jabón del motel —dije yo rápidamente—. Él decía que tenía un aroma demasiado fuerte.

—Ya veo, claro. En fin, eso es todo, señorita Michel. —Sus ojos volvieron a adoptar una expresión amable—. Y ahora, ¿le importa si le digo algo personal? ¿Podría hablarle durante unos minutos como si fuera usted mi propia hija? Podría serlo, ¿sabe?... Casi podría ser mi nieta, si yo hubiera empezado cuando era más joven. —Soltó una risita afable.

—Claro, por supuesto, diga lo que quiera.

El capitán Stonor cogió otro cigarrillo y lo encendió.

—Pues mire, señorita Michel, el comandante tiene razón en lo que dice. Ha pasado usted por el equivalente a un accidente de carretera grave y seguro que no quiere tener pesadillas sobre él. Pero todavía hay más. Se ha visto usted metida de golpe, sin venir a cuento, como quien dice, y violentamente en la guerra subterránea de la delincuencia, una guerra que siempre está en marcha y de la que usted habrá leído algo o habrá visto en las películas. Y, como en las películas, el bueno ha salvado a la chica de los malos. —Se inclinó por encima de la mesa y me miró fijamente a los ojos—. No quiero que me malinterprete, señorita Michel, y si algo de lo que le dijo le parece fuera de lugar, olvídalo. Sería comprensible que usted hiciera del bueno que la

ha salvado un héroe; tal vez en su mente tenga la imagen de que ése es el tipo de hombre ideal que hay que buscar, incluso para casarse. —El capitán se arrellanó en el asiento y sonrió a modo de disculpa—. La razón por la que le hablo de todo esto es que un incidente violento como el que usted ha vivido deja cicatrices. Es un duro golpe para cualquiera... para cualquier ciudadano, pero todavía más para alguien tan joven como usted. Me parece que —su amable mirada se volvió menos amable— tengo buenas razones, a partir de los informes de mis agentes, para creer que ha tenido usted relaciones íntimas con el comandante Bond anoche. Me temo que una de nuestras obligaciones más desagradable es saber interpretar este tipo de indicios. —El capitán extendió la mano—. Mire, no voy a meterme en este tipo de temas privados, no son asunto mío; pero sería completamente normal, casi inevitable, que hubiera usted entregado su corazón, o por lo menos parte de él, a este joven inglés tan agradable que le salvó la vida. —Había una leve nota de ironía en su sonrisa paternal y comprensiva—. Eso es lo que ocurre en las novelas y en las películas cuando todo ha terminado, ¿no? Así que ¿por qué no en la vida real?

Yo me agité impaciente, deseando que terminara su estúpido discurso y me dejara marchar de una vez.

—Enseguida terminaré, señorita Michel, y sé que piensa que soy muy impertinente, pero, desde que alcancé la madurez en el cuerpo, me he sentido interesado en lo que yo llamo los «cuidados posparto» después de un caso como éste. Especialmente cuando el superviviente es joven y puede sufrir algún daño por la experiencia que ha vivido. Así que lo que quiero es que reflexione sobre lo que le voy a decir, si es posible, y después desearle mucha suerte y un buen viaje en su pequeña y absurda Vespa. Esto es lo que quiero decirle, señorita Michel.

Los ojos del capitán Stonor seguían mirando los míos, pero habían perdido intensidad. Yo sabía que iba a oír algo dicho con toda sinceridad, cosa rara entre generaciones diferentes, entre adultos y niños. Dejé de pensar en marcharme y presté atención.

—Esta guerra subterránea de la que le hablaba, la batalla de la delincuencia que siempre está en marcha, ya sea entre policías y ladrones o entre espías y contraespías, es una contienda privada entre dos ejércitos entrenados para ello: uno lucha de parte de la ley y de lo que su propio país cree que es lo correcto, y el otro pertenece a los enemigos de todos estos principios. —El capitán Stonor hablaba ahora para sí mismo. Pensé que estaba declarando algo, algo de lo que estaba muy convencido y que tal vez ya había incluido en discursos o en algún artículo para una publicación de la policía—. Pero en el más alto nivel de estas dos fuerzas, entre los profesionales más duros, hay una cualidad mortal común en ambos bandos, tanto en el bando amigo como en el enemigo. —El puño cerrado del capitán golpeó con suavidad la superficie de madera de la mesa para hacer hincapié en sus palabras y su mirada introspectiva

brilló con una cólera íntima y ferviente—. Los delincuentes de alto nivel, los agentes de alto rango del FBI, los espías y contraespías del más alto nivel son implacables, fríos, despiadados, duros, asesinos, señorita Michel. Sí, incluso los «amigos» tanto como los «enemigos». Tienen que serlo. No sobrevivirían si no fueran así. ¿Me entiende? —Los ojos del capitán Stonor recobraron su intensidad y se fijaron en los míos con una premura amistosa que me conmovió, pero que, me avergüenza decirlo, no me llegó al corazón—. El mensaje que quiero transmitirle, querida (y que conste que he hablado con Washington y me he enterado de cosas sobre el notable expediente del comandante Bond en este tipo de trabajo), es el siguiente: manténgase alejada de *todos* estos hombres. No son para usted, se llamen James Bond o Bala Morant. Tanto estos dos hombres, como otros como ellos, pertenecen a una jungla privada a la que usted ha ido a parar y de la que ha conseguido escapar. Así que no caiga en el error de tener dulces sueños sobre uno y pesadillas sobre el otro. No son personas como usted, pertenecen a otra especie. —El capitán Stonor sonrió—. Como halcones y palomas, si me permite la comparación. ¿Me comprende? —La expresión de mi cara no debió de parecerle muy receptiva porque su voz adquirió un tono brusco—. Bueno, vámonos.

El capitán Stonor se levantó y yo le seguí. No sabía qué decir. Recordé mi primera reacción cuando James Bond apareció en la puerta del motel: «¡Oh, no, otro de ellos!»

Pero también recordé su sonrisa, sus besos y sus brazos alrededor de mi cuerpo. Caminé dócilmente junto a aquel hombre alto y afable que me había transmitido sus reflexiones llenas de buenas intenciones, pero yo sólo podía pensar en que quería una buena comida y, después, un largo sueño reparador, por lo menos a cien kilómetros del Motel Pinos Soñadores.

Eran ya las doce del mediodía cuando me marché. El capitán Stonor me dijo que tendría muchos problemas con la prensa, pero que él intentaría contener a los periodistas tanto tiempo como le fuera posible. Podía contarles lo que quisiera sobre James Bond, excepto su profesión y su paradero. Sólo era un hombre que apareció por allí en el momento oportuno y después prosiguió su camino.

Yo había metido mis cosas en las bolsas y el joven policía, el teniente Morrow, lasató a la moto por mí y llevó mi Vespa hasta la carretera.

—Tenga cuidado con los baches que hay hasta llegar a Glens Falls, señorita —me dijo cuando cruzábamos el césped—. Algunos son tan profundos que será mejor que toque la bocina antes de meterse en ellos. Es posible que haya otras motos pequeñas como la suya en el fondo.

Yo me reí. Era joven, aseado y alegre y, a la vez, duro y aventurero, no sólo por su aspecto, sino también por su trabajo. ¡Tal vez éste era el tipo de hombre con el que me convenía más soñar!

Me despedí del capitán Stonor y le di las gracias. Luego, y con bastante miedo de hacer el ridículo, me puse el casco y me ajusté las llamativas gafas protectoras forradas de piel, me monté en la moto y le di al pedal de arranque. ¡Por suerte aquel pequeño motor arrancó a la primera! ¡Ahora verían quién era yo! La patilla de apoyo todavía estaba puesta. Giré el embrague con rapidez y le di un brusco empujón a la moto. La rueda trasera se posó en el suelo cubierto de gravilla cuando ya estaba rodando y levantó una nube de polvo y guijarros. Salí disparada como un cohete y, en diez segundos, cambié de marchas hasta ponerme a sesenta. La superficie de la carretera que tenía delante tenía buen aspecto, así que me arriesgué, miré atrás y alcé con descaro una mano en un gesto de despedida que obtuvo como respuesta un gesto parecido del grupito de policías situados delante de la chamuscada recepción. Después, me alejé por la larga y recta carretera que transcurría entre dos filas de vigilantes pinos y pensé que los árboles parecían apenados de dejarme marchar sin daño alguno.

¿Sin daño alguno? ¿Qué es lo que el capitán de policía había dicho sobre «cicatrices»? No lo creí. Las cicatrices provocadas por el terror se habían curado, borrado, gracias al extraño que dormía con una pistola bajo la almohada, aquel agente secreto al que sólo se le conocía por su número.

¿Un agente secreto? No me importaba lo que hiciera. ¿Un número? Ya lo había olvidado. Sabía exactamente quién era y lo que era. Y todo, hasta el menor detalle, quedaría grabado en mi corazón para siempre.



IAN FLEMING nació en Londres en 1908. Se educó en Eton y en la academia militar de Sandhurst. Cursó estudios universitarios en Munich y en Ginebra. Trabajó en la agencia de noticias Reuters y, al comenzar la segunda guerra mundial, se alistó en la Inteligencia Naval, donde sirvió con el grado de capitán de fragata. En 1945, al acabar la guerra, se hizo construir una casa, *Goldeneye*, en Jamaica, donde se instalaba todos los inviernos. Fue en ella donde creó a su agente secreto James Bond. *Casino Royale*, la primera novela en que aparece el personaje, fue terminada de escribir la víspera de su boda con Anne Rothermere en 1952 y publicada en 1953. Fleming escribió otras dos novelas, *Chitty Chitty Bang Bang* y *The Diamond Smugglers*, no ambientadas en el mundo de los servicios secretos.

La salud de Fleming comenzó a deteriorarse a finales de los años 50. Murió en 1964, a la edad de 56 años.